

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXI

Nº3

MARZO 2008



NUESTRA PORTADA:

Cristo crucificado

Estilo Románico, inicios siglo XIII. Madera policromada
Iglesia parroquial de San Salvador de Vilanova dos Infantes

Director: MANUEL E. RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción, administración y fotocomposición: OBISPADO DE OURENSE - Área Informática

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Beati Misericordes

Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXXI

Marzo 2008

Nº 3

SUMARIO

LA VOZ DEL PRELADO

Carta del Sr. Obispo con motivo de la Campaña del Domingo	379
Homilía del Sr. Obispo. Domingo de Ramos	381
Homilía del Sr. Obispo. Misa Crismal	385
Homilía del Sr. Obispo. Jueves Santo	391
Homilía del Sr. Obispo. Viernes Santo	396
Homilía del Sr. Obispo. Vigilia Pascual	399
Homilía del Sr. Obispo. Domingo de Pascua.....	403
Actividades del Sr. Obispo	407

IGLESIA DIOCESANA

Vicaría de Pastoral

Delegación de Misiones: bases para la presentación de canciones al XXXIX Festival Juvenil y XXX Festival Infantil de la Canción Misionera en el año 2008	413
---	-----

IGLESIA EN ESPAÑA

Conferencia Episcopal Española

Discurso de Mons. Manuel Monteiro de Castro, Nuncio Apostólico en España y Andorra, Arzobispo titular de Benevento en la XCI Asamblea Plenaria de la CEE.....	419
Discurso de apertura de Mons. Ricardo Blázquez, Obispo de Bilbao, Presidente de la Conferencia Episcopal	420
La CEE en el trienio 2008-2011	432
Nota de los Obispos de la Subcomisión Episcopal para la Familia y Defensa de la Vida con ocasión de la VII Jornada Nacional por la Vida	441
Informe de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis sobre el número de alumnos que reciben formación religiosa y moral católica en el curso 2007-2008.....	443

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Benedicto XVI

Ángelus	449
Audiencias Generales.....	452
Cartas.....	464
Discursos.....	469
Homilías	481
Mensajes	503

Santa Sede

Congregación para las Iglesias Orientales

Carta a la Jerarquía Católica con ocasión de la Colecta "Pro Terra Sancta". Cuaresma 2008 ..

Pontificio Consejo para el diálogo interreligioso

Declaración final de la reunión anual de la Comisión Mixta entre el Comité Permanente de Al-Azhar para el Diálogo entre las Religiones Monoteístas y el Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso (El Cairo, 25/26-2-2008)	516
--	-----

CRÓNICA DIOCESANA

Marzo.....	521
------------	-----



LA VOZ DEL PRELADO

MENSAJES

**Carta del Sr. Obispo
con motivo de la Campaña del Domingo**

Muy apreciados amigos:

Permitidme que entre en vuestro hogar y os hable de un tema que me preocupa como Obispo: la necesidad de “recuperar el sentido del domingo “ en nuestras comunidades parroquiales. Para ello celebraremos una campaña en toda la diócesis en los meses de marzo y abril.

Los primeros cristianos decían que “sin domingo no podemos vivir”. ¿Sabéis por qué lo decían? Lo entendéis perfectamente: cuando dejamos de ir a misa los domingos, no podemos rezar juntos con los demás hermanos; no escuchamos la Palabra de Dios ni participamos en la explicación y reflexión de la misma que nos hace el sacerdote; no ofrecemos, junto con el pan y el vino, nuestras vidas al Señor para que nos santifique y transforme como santifica y transforma el pan y el vino en su cuerpo y en su sangre; no podemos alimentarnos con el pan de la Eucaristía ni agradecer al Señor las múltiples gracias con que nos enriquece; y, además, no podemos volver a nuestra vida de cada día con la renovada ilusión de vivir la fe, siendo testigos del Evangelio. ¿Verdad que lo comprendéis?

Ésta es la razón por la que os invito a participar en esta campaña; esta es la

razón por la que os pido que os esforcéis en recuperar la costumbre de ir a misa cada domingo; y, si estáis un poco alejados de esta práctica, ésta es la razón por la que os sugiero que reflexionéis y toméis conciencia de la importancia de celebrar el domingo como día del Señor. Su importancia crece cuando en nuestra casa tenemos niños pequeños que queremos bautizar y preparar para que vayan creciendo en su formación cristiana hasta la primera comunión y la confirmación. Ustedes lo saben muy bien; la mejor manera de enseñar a valorar las verdades de nuestra fe a los más pequeños es con nuestro ejemplo; cuando nos ven a nosotros, ellos aprenden la importancia de cuanto le decimos y hacemos.

Esperando que sepáis darme un poco de vuestro tiempo para leer esta carta y para hacer un pequeño comentario de la misma, el saludo más afectuoso y mi cordial bendición.

Ourense, diez de marzo de 2008.

+ Luis Quinteiro Fiuza.
Obispo de Ourense

Carta do Sr. Bispo con motivo da Campaña do Domingo

Moi apreciados amigos:

Permitídemme que entre no voso fogar e vos fale dun tema que me preocupa como Bispo: a necesidade de “recuperar-lo sentido do domingo” nas nosas comunidades parroquiais. Para elo celebraremos unha campaña en toda a diocese nos meses de marzo e abril.

Os primeiros cristiáns dicían que “sen domingo non podemos vivir”. ¿Sabedes por que o dicían? Entendédelo perfectamente: cando deixamos de ir a misa os domingos, non podemos rezar xuntos cos demais irmáns; non escoitámo-la Palabra de Deus nin participamos na explicación e reflexión da mesma que nos fai o sacerdote; non ofrecemos, xunto co pan e o viño, as nosas vidas ó Señor para que nos santifique e transforme como santifica e transforma o pan e o viño no seu corpo e no seu sangue; non podemos alimentarnos co pan da Eucaristía nin agradecerlle ó Señor as múltiples grazas con que nos enriquece; e, ademais, non podemos volver á nosa vida de cada día coa renovada ilusión de vivi-la fe, sendo testemuñas do Evanxeo. ¿Verdade que o comprendedes?

Esta é a razón pola que vos convido a participar nesta campaña; esta é a razón pola que vos pido que vos esforcedes en recupera-lo costume de ir a misa cada domingo; e, se estades un pouco

afastados desta práctica, esta é a razón pola que vos suxiro que reflexionedes e tomedes conciencia da importancia de celebra-lo domingo como día do Señor. A súa importancia medra cando na nosa casa temos nenos pequenos que queremos bautizar e preparar para que vaian crescendo na súa formación cristiá ata a primeira comunión e a confirmación. Vostedes sábeno moi ben; a mellor maneira de ensinar a valora-las verdades da nosa fe ós máis pequenos é co noso exemplo; cando nos ven a nós, eles aprenden a importancia de canto lle dixemos e facemos.

Agardando que saibades darme un pouco do voso tempo para ler esta carta e para facer un pequeno comentario da mesma, o saúdo máis afectuoso e a miña cordial bendición.

Ourense, dez de marzo de 2008.

+ Luís Quinteiro Fiuza.
Bispo de Ourense

HOMILÍAS

Homilía del Sr. Obispo DOMINGO DE RAMOS

Hermanos y hermanas: la celebración del domingo de Ramos es la puerta de entrada en la Semana Santa. Para los cristianos es la “Semana mayor” de todo el año litúrgico. La santidad de esta Semana está marcada por los grandes misterios que celebramos y la respuesta que hemos de prestar todos, por gracia de Dios, pues “las cosas santas son para los santos” (Cf. *Didajé y Lit. Hispánica*).

En este momento, en la santa Iglesia Catedral, se cumplen las palabras de Jesucristo, pues si se callase la voz de los niños y la gente sencilla aclamando al Señor, gritarían las piedras (Cf. *Lc 19, 39*). Por voluntad de Juan Pablo II, desde hace más de veinte años, el domingo de Ramos es de modo particular el día de la juventud, el día que los jóvenes en todo el mundo van al encuentro de Cristo, deseando acompañarlo en sus ciudades y en sus pueblos para que esté en medio de nosotros y pueda instaurar su paz en el mundo. Lo acabamos de constatar también por las calles de nuestra ciudad.

Pero si hemos ido al encuentro de Cristo y deseamos “avanzar con él por su camino, debemos preguntarnos: ¿Por qué camino quiere guiarnos? ¿Qué esperamos de él? ¿Qué espera él de nosotros?” (Benedicto XVI, *Homilía del domingo de Ramos*, 2006).

Jesús entra en Jerusalén en un *asno prestado*, signo de pobreza y humildad. No lleva una carroza o un caballo como los grandes y poderosos de aquel momento. Ésta es la clave para entender esta página del Evangelio. Así cumplió lo que de él anunciaron los profetas y en concreto Zacarías (*Jn 12, 15; cf. Zac 9, 9*). Lo que el profeta anuncia en el pasaje citado sobre el Mesías, el Rey de Israel, se resume en tres actitudes: será un rey pobre, un rey de paz y un rey universal.

Jesús en esta solemnidad es el *Rey de los pobres*, pobre entre los pobres y para los pobres. La pobreza se entiende en la línea de los hombres humildes y pobres (*anawin*) que rodean a Jesús y en consonancia con la primera bienaventuranza. Jesús es Rey pobre, libre interiormente de la avidez de riqueza y afán de poder. Esta pobreza supone la purificación del corazón, la posesión de bienes como responsabilidad, como tarea frente a los demás, dejándose guiar por Cristo, que siendo rico se hizo pobre por nosotros (Cf. *2 Co 8, 9*).

Jesús se nos muestra como *Rey de paz*, como Aquél que rompe y destruye todas las armas de la guerra. Y lo hace por medio de la Cruz: signo de reconciliación, de perdón, de amor más fuerte que la muer-

te. Cada vez que hagamos el signo de la Cruz, hemos de recordar que no podemos responder a la injusticia con la injusticia, a la violencia con otra violencia, al mal con el mal. Hemos de hacer todo lo contrario: responder siempre con amor.

Jesús se presenta hoy como el *Rey universal*; es Rey de toda la tierra, del mundo entero. Es el Rey de todas las razas, culturas, de todas las comunidades eucarísticas del orbe, que constituyen el “reino de paz” hasta los confines del mundo. Hoy Jesucristo llega a todos los rincones del mundo, ha llegado a nuestra Catedral, la Iglesia madre y se une a todos los que oran formando con Él y entre ellos la única Iglesia orante. Nos alimenta convirtiéndose en pan y construyendo su reino en nosotros.

La celebración de hoy se caracteriza por una *aclamación peculiar* que explica la liturgia del domingo de Ramos. La multitud grita al paso de Jesús: “Hosanna, bendito el que viene en nombre del Señor”. Con el grito “Hosanna” saludaban al Mesías de Israel que venía en nombre del Señor. En Jesús reconocían a Aquél que viene verdaderamente en nombre del Señor y les trae la presencia de Dios. Hoy la Iglesia une esta aclamación a Jesucristo presente en la Eucaristía. Con la aclamación “Hosanna” saludamos a Jesucristo que, en carne y sangre, trajo la gloria de Dios a la tierra. Al que vino y, sin embargo, sigue siendo el que debe venir. Aclamamos a quien en la Eucaristía viene de nuevo a nosotros en nombre del Señor, uniendo en la paz de Dios los confines de la tierra.

Las *tres características* del reinado de Jesús-pobreza, paz y universalidad- se sintetizan en el signo de la Cruz. Hemos de contemplar la Cruz durante esta semana como el medio dichoso para el paso de Jesucristo (y el nuestro) de la pasión y la muerte a la resurrección. Este domingo se llama “de Ramos y en la pasión del Señor”: nos introduce de lleno en los padecimientos de Cristo que pasan por la Cruz, pero concluyen en la Pascua de Resurrección. Por eso, hemos proclamado la pasión según san Mateo. La Cruz no es sólo instrumento de tormento, es también el “árbol de la vida”, la prueba suprema de amor, el mayor “sí” de Dios a los hombres, el gran “sí” a la vida completa y sin restricciones, la prueba suprema del amor de Dios a los hombres, la gran prueba de que la vida se encuentra dándola.

Celebremos con gozo y fe profunda esta Eucaristía y entremos de lleno en los grandes misterios de esta Semana Santa. No dejéis de acompañar a Cristo en las celebraciones litúrgicas de la Iglesia durante esta semana. Dios os lo pagará con su gracia y su felicidad honda. Si os desplazáis a otros lugares, no dejéis de acudir a la celebración de los grandes misterios. Los cristianos no podemos vivir nuestra condición de discípulos de Cristo sin acudir a la Iglesia a celebrar los misterios de la Pascua anual. ¡Sed fieles! Dios es fiel a su Palabra y sus promesas. Amén.

+ Luis Quintero Fiuza
Obispo de ourense

Homilía do Sr. Bispo DOMINGO DE RAMOS

Irmáns e irmás: a celebración do domingo de Ramos é a porta de entrada na Semana Santa. Para os cristiáns é a “Semana maior” de todo o ano litúrxico. A santidad desta Semana está marcada polos grandes misterios que imos celebrar e a resposta que temos que prestar todos, por graza de Deus, pois “as cousas santas son para os santos” (Cf. *Didajé e Lit. Hispánica*).

Neste momento, na santa Igrexa Catedral, cúmprense as palabras de Xesús cristo, pois se calase a voz dos nenos e da xente sinxela aclamando ó Señor, berrarían as pedras (Cf. *Lc 19, 39*). Por vontade de Xoán Paulo II, dende fai máis de vinte anos, o domingo de Ramos é de modo particular o día da mocidade, o día que os mozos en todo o mundo van ó encontro de Cristo, desexando acompañalo nas súas cidades e nos seus pobos para que estea en medio de nós e poida instaurar a súa paz non mundo. Acabámolo de constatar tamén polas rúas da nosa cidade.

Pero se fomos ó encontro de Cristo e desexamos “avanzar con El polo seu camiño, debemos preguntarnos: ¿Por que camiño quere guiarnos? ¿Que agardamos del? ¿Que agarda El de nós?” (Benedicto XVI, *Homilía do domingo de Ramos*, 2006).

Xesús entra en Xerusalén nun *burriño prestado*, signo de pobreza e hu-

mildade. Non leva unha carroza ou un cabalo como os grandes e poderosos daquel momento. Esta é a clave para entender esta páxina do Evanxeo. Así cumpriu o que del anunciaron os profetas e en concreto Zacarías (*Xn 12, 15; cf Zac 9, 9*). O que o profeta anuncia na pasaxe citada sobre o Mesías, o Rei de Israel, resúmese en tres actitudes: será un rei pobre, un rei de paz e un rei universal.

Xesús nesta solemnidade é o *Rei dos pobres*, pobre entre os pobres e para os pobres. A pobreza enténdese na liña dos homes humildes e pobres (*anawin*) que rodean a Xesús e en consonancia coa primeira benaventuranza. Xesús é Rei pobre, libre interiormente da avidez de riqueza e afán de poder. Esta pobreza supón a purificación do corazón, a posesión de bens como responsabilidade, como tarefa fronte ós demais, deixándose guiar por Cristo, que sendo rico fíxose pobre por nós (Cf. *2 Co 8, 9*).

Xesús amósasenos como *Rei de paz*, como Aquel que rompe e destrúe todas as armas da guerra. E faino por medio da Cruz: signo de reconciliación, de perdón, de amor máis forte ca morte. Cada vez que fagámo-lo signo da Cruz, temos que lembrar que non podemos responder á inxustiza coa inxustiza, á violencia con outra violencia, o mal co mal. Temos que facer todo o contrario: responder sempre con amor.

Xesús presentase hoxe como o *Rei universal*; é Rei de toda a terra, do mundo enteiro. É o Rei de tódalas razas, culturas, de tódalas comunidades eucarísticas do orbe, que constitúen o “reino de paz” ata os confíns do mundo. Hoxe Xesus Cristo chega a tódolos recunchos do mundo, chega á nosa Catedral, a Igrexa nai e únese a tódolos que oran formando con eles e entre eles a única Igrexa orante. Nos alimenta converténdose en pan e construíndo o seu reino en nós.

A celebración de hoxe caracterízase por unha *aclamación peculiar* que explica a liturxia do domingo de Ramos. A multitude berra ó paso de Xesús: “Hosanna, bendito o que ven no nome do Señor”. Co berro “Hosanna” saudaban ó Mesías de Israel que viña no nome do Señor. En Xesús recoñecían a Aquel que ven verdadeiramente no nome do Señor e lle trae a presenza de Deus. Hoxe a Igrexa une esta aclamación a Xesus Cristo presente na Eucaristía. Coa aclamación “Hosanna” saudamos a Xesus Cristo que, en carne e sangue, trouxo a gloria de Deus á terra. Ó que veu e, sen embargo, segue sendo o que debe vir. Aclamamos a quen na Eucaristía ven de novo a nós no nome do Señor, unindo na paz de Deus os confíns da terra.

As *tres características* do reinado de Xesús -pobreza, paz e universalidade-

sintetízanse no signo da Cruz. Temos que contempla-la Cruz durante esta semana como o medio afortunado para o paso de Xesus Cristo (e o noso) da paixón e a morte á resurrección. Este domingo chámase “de Ramos e na paixón do Señor”: introdúcenos de cheo nos padecementos de Cristo que pasan pola Cruz, pero conclúen na Pascua de Resurrección. Por iso, proclamamos a paixón segundo san Mateo. A Cruz non é só instrumento de tormento, é tamén a “árbore da vida”, a proba suprema de amor, o maior “sí” de Deus ós homes, o gran “sí” á vida completa e sen restriccións, a proba suprema do amor de Deus ós homes, a gran proba de que a vida atópase dándoa.

Celebremos con gozo e fe fonda esta Eucaristía e entremos de cheo nos grandes misterios desta Semana Santa. Non deixedes de acompañar a Cristo nas celebracións litúrxicas da Igrexa durante esta semana. Deus pagarávolos coa súa graza e a súa felicidade fonda. Se vos desprazades a outros lugares, non deixedes de acudir á celebración dos grandes misterios. Os cristiáns non podemos vivi-la nosa condición de discípulos de Cristo sen acudir á Igrexa a celebra-los misterios da Pascua anual. ¡Sede fieis! Deus é fiel a súa Palabra e as súas promesas. Amén.

+ Luís Quinteiro Fiuza
Bispo de Ourense

Homilía del Sr. Obispo MISA CRISMAL 2008

Queridos hermanos sacerdotes, queridos hermanos todos; estamos celebrando la Misa Crismal en la que será consagrado el Santo Crisma, y bendecidos el óleo de los catecúmenos y el óleo de los enfermos. En esta Eucaristía, los sacerdotes renovaremos también las solemnes promesas que pronunciamos el día de nuestra ordenación sacerdotal ante nuestro obispo y ante el pueblo santo de Dios. Es, pues, una celebración cargada de una profunda significación de comunión eclesial y diocesana. Sentimos muy cerca de nosotros a todos los que han sido y, de un modo muy especial, a los que serán regenerados por la fuerza del Espíritu a través de estos santos óleos en nuestra comunidad diocesana a lo largo de este año y, por ello, le pedimos al Señor en esta celebración que nos haga especialmente sensibles y diligentes a los sacerdotes en nuestra comunión fraterna y en nuestra misión como presbiterio diocesano en la hora presente de nuestra Diócesis de Ourense.

Los textos sagrados que han sido proclamados nos son profundamente familiares y los hemos meditado tantas veces que tenemos el peligro de que se conviertan para nosotros en lugares comunes de una fidelidad consabida. Necesitamos ahondar en ellos y a su calor renovar la ilusión de nuestra entrega sacerdotal para una misión, ciertamente no fácil, profundamente comprometida con la nueva evangelización.

A esta evangelización nueva, con renovada entrega y métodos nuevos, nos viene invitando reiteradamente la Iglesia. Fue Juan Pablo II en el año 1991 quien convocó a toda la Iglesia a esta magna tarea y nuestro Santo Padre, Benedicto XVI, sigue en nuestros días alentándonos en esta urgente misión.

En el mes de febrero de 2007 tuvo el Papa, Benedicto XVI, un importante encuentro con los párrocos y sacerdotes de la Diócesis de Roma. En aquella ocasión el Santo Padre disfrutó de la compañía de sus queridos sacerdotes y les fue abriendo el corazón en consideraciones que hoy considero importante recordarlas con vosotros. Os invito a releerlas con calma en estos días de Semana Santa (*Cfr. Boletín Oficial de la Diócesis de Ourense, marzo de 2007*).

En su discurso, el Santo Padre les dijo a los sacerdotes de Roma que el ser pastor es un acto espiritual. En el capítulo 10 del Evangelio de S. Juan, el Señor se define como el Buen Pastor. Y como primer momento definitivo, Jesús dice que el Pastor precede. Es decir, Él muestra el camino, hace Él, el primero, cuanto deben hacer los otros, toma Él, el primero, el camino que es el camino para los otros.

El Pastor precede. Esto quiere decir que él mismo vive como prioridad absoluta de su vida la Palabra de Dios, es

un hombre de oración, es un hombre que perdona, es un hombre que recibe y celebra los Sacramentos como actos de oración y de encuentro con el Señor. Es un hombre de caridad, vivida y realizada. Y de este modo, todos los actos sencillos de coloquios, de encuentros, de todo cuanto se debe hacer, se transforman en actos espirituales en comunión con Cristo.

Así pues, el Pastor precede y en esta precedencia, ya está dicho lo esencial. Pero el capítulo 10 de San Juan continúa diciéndonos que Jesús nos precede entregándose a sí mismo en la Cruz. Y esto es también inevitable para el sacerdote. Este ofrecerse a sí mismo es también una participación en la Cruz de Cristo y es gracias a esto el que podamos también nosotros consolar de modo creíble a los que sufren, estar al lado de los pobres, con los marginados, con nuestros mayores.

El Santo Padre subrayó en este encuentro con los sacerdotes de Roma que la espiritualización del trabajo pastoral de cada día es fundamental. Es más fácil decirlo que hacerlo, pero debemos intentarlo. Y para poder espiritualizar nuestro trabajo, de nuevo debemos seguir al Señor. Los Evangelios nos dicen que el Señor rezaba a solas. Cada uno de nosotros tenemos nuestras sensibilidades personales, sin embargo un poco de tiempo libre cada día para el Señor nos es absolutamente necesario, la celebración de la Misa, el rezo de Liturgia de las Horas y la meditación

diaria, aunque sea breve, siguiendo la Liturgia, el Rosario. (Cfr. Experiencia del Papa a los seminaristas de Roma). El coloquio personal con la Palabra de Dios es importante. Sólo así podemos tener las reservas para responder a las exigencias de la vida pastoral.

Al ahondar en este punto de que el trabajo pastoral se convierta en espiritual, el Santo Padre, Benedicto XVI, se muestra profundamente realista y penetrante como él es. Dice que una cierta tensión entre lo que debo absolutamente hacer y cuáles reservas espirituales debo tener, existe siempre. Y recurre al ejemplo de San Agustín para él tan familiar. San Agustín se lamenta en sus predicaciones de que le gustaría tanto vivir con la Palabra de Dios, pero que desde la mañana hasta la noche debo estar con vosotros. Sin embargo, San Agustín encuentra este equilibrio estando siempre a disposición, pero reservándose también momentos de oración, de meditación de la Palabra divina, porque, de lo contrario, no podría decir nada. Porque, subraya el Papa, la pastoral no debería ser jamás una simple estrategia, un trabajo administrativo, sino que debería ser un trabajo espiritual. Ciertamente, continúa Benedicto XVI, no puede faltar del todo lo otro, porque estamos en esta tierra y estos problemas existen: cómo administrar bien el dinero, etc; también éste es un aspecto que no se puede descuidar totalmente. Sin embargo, insiste el Papa, el acento se debe poner fundamentalmente en

que el ser pastor es en sí mismo un acto espiritual.

En el contexto anterior, el Papa hace una llamada a interiorizar aún mucho más la eclesiología del Concilio Vaticano II. Interiorizando esta visión también podemos atraer a nuestro pueblo hacia ella, para que comprenda que la Iglesia no es simplemente una gran estructura, una de esas entidades supranacionales que existen. La Iglesia, aun siendo un cuerpo, es cuerpo de Cristo y, por tanto, un cuerpo espiritual, como dice San Pablo. Es una realidad espiritual. Es muy importante que la gente pueda ver creíblemente que la Iglesia no es una organización supranacional, que no es un cuerpo administrativo o de poder, que no es una agencia social- aunque haga un trabajo social y supranacional-, sino que es un cuerpo espiritual.

Nuestra Diócesis es depositaria y portadora de extraordinarios tesoros de vida cristiana, tanto en el pasado como en el presente. En nosotros se hace especialmente verificable aquel famoso dicho de Bernardo de Chartres “*Nosotros somos capaces de ver un poco más allá que nuestros antepasados porque somos enanos erguidos sobre las espaldas de gigantes*”.

Renovemos en este día el compromiso más profundo de nuestra vida sacerdotal y cristiana: hacer, en comunión con todos nuestros fieles, de nues-

tras parroquias lugares privilegiados de vida de oración, de vida sacramental y de vida de caridad.

La Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte* nos pide que nuestras comunidades cristianas tienen que llegar a ser auténticas escuelas de oración, donde el encuentro con Cristo no se exprese solamente en petición de ayuda, sino también en escucha de la Palabra de Dios, acción de gracias, adoración, contemplación. Una oración que no aparta del compromiso en la historia, ya que abriendo el corazón al amor de Dios, lo abre también al amor de los hermanos, y nos hace capaces de construir la historia según el designio de Dios (*Cfr. N.M.I, 33*).

Sin duda, de todas las dimensiones de la oración, la primera y fundamento de todas las demás es la oración personal. Y aquí María nos muestra el camino. San Lucas nos dice dos veces que María “*guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón*” (*Lc 2,19; 2,51*). Era una persona en permanente coloquio con Dios.

Sigamos en el camino con María, que nos guía en su escuela de oración, en un contacto profundo y personal con Dios. Amen.

+ Luis Quinteiro Fiuza
Obispo de Ourense

Homilía do Sr. Bispo

MISA CRISMAL 2008

Queridos irmáns sacerdotes, queridos irmáns todos; estamos celebrando a Misa Crismal na que será consagrado o Santo Crisma, e benditos o óleo dos catecúmenos e o óleo dos enfermos. Nesta Eucaristía os sacerdotes renovaremos tamén as solemnes promesas que pronunciámo-lo día da nosa ordenación sacerdotal ante o noso bispo e ante o pobo santo de Deus. É, pois, unha celebración cargada dunha fonda significación de comunión eclesial e diocesana. Sentimos moi preto de nós a tódolos que foron e, dun modo moi especial, ós que serán rexenerados pola forza do Espírito a través destes santos óleos na nosa comunidade diocesana ó longo deste ano e, por elo, pedímoslle o Señor nesta celebración que nos faga especialmente sensibles e dilixentes ós sacerdotes na nosa comunión fraterna e na nosa misión como presbiterio diocesano na hora presente da nosa Diocese de Ourense.

Os textos sagrados que foron proclamados sonnos fundamente familiares e meditámolos tantas veces que témo-lo perigo de que se convertan para nós en lugares comúns dunha fidelidade consabida. Precisamos afondar neles e á súa calor renova-la ilusión da nosa entrega sacerdotal para unha misión, certamente non fácil, fundamente comprometida coa nova evanxelización.

A esta evanxelización nova, con renovada entrega e métodos novos, vén-

nos convidando reiteradamente a Igrexa. Foi Xoán Paulo II non ano 1991 quen convocou a toda a Igrexa a esta magna tarefa e o noso Santo Pai, Benedicto XVI, segue nos nosos días alentándonos nesta urxente misión.

No mes de febreiro de 2007 tivo o Papa, Benedicto XVI, un importante encontro cos párrocos e sacerdotes da Diocese de Roma. Naquela ocasión o Santo Pai gozo da compañía dos seus queridos sacerdotes e foilles abrindo o corazón en consideracións que hoxe considero importante lembralas con vós. Convíдовos a relelas con calma nestes días de Semana Santa (*Cfr. Boletín Oficial da Diocese de Ourense, marzo de 2007*).

No seu discurso, o Santo Pai díxolles ós sacerdotes de Roma que o ser pastor é un acto espiritual. No capítulo 10 do Evanxeo de S. Xoán, o Señor defínese como o Bo Pastor. E como primeiro momento definitivo, Xesús di que o Pastor precede. É dicir, amosa o camiño, fai primeiro, canto deben face-los outros, toma primeiro, o camiño que é o camiño para os outros.

O Pastor precede. Isto quere dicir que mesmo vive como prioridade absoluta da súa vida a Palabra de Deus, é un home de oración, é un home que perdoa, é un home que recibe e celebra os Sacramentos como actos de oración

e de encontro co Señor. É un home de caridade, vivida e realizada. E deste modo, tódolos actos sinxelos de coloquios, de encontros, de todo canto se debe facer, se transforman en actos espirituais en comunión con Cristo.

Así pois, o Pastor precede e nesta precedencia, xa está dito o esencial. Pero o capítulo 10 de San Xoán continúa a nos dicir que Xesús nos precede entregándose a si mesmo na Cruz. E isto é tamén inevitable para o sacerdote. Este ofrecerse a si mesmo é tamén unha participación na Cruz de Cristo e é grazas a isto, que podemos tamén nós consolar de modo crible ós que sofren, estar á beira dos pobres, cos marxina-dos, cos nosos maiores.

O Santo Pai subliñou neste encontro cos sacerdotes de Roma que a espiritualización do traballo pastoral de cada día é fundamental. É máis fácil dicilo que facelo, pero débemo-lo tentar. E para poder espiritualiza-lo noso traballo, de novo debemos seguir o Señor. Os Evanxeos dinnos que ó Señor rezaba a solas. Cada un de nós témo-las nosas sensibilidades persoais, sen embargo un pouco de tempo libre cada día para o Señor énos absolutamente necesario, a celebración da Misa, o rezo de Liturxia das Horas e a meditación diaria, aínda que sexa breve, seguindo a Liturxia, o Rosario. (*Cfr. Experiencia do Papa ós seminaristas de Roma*). O coloquio persoal coa Palabra de Deus é importante. Só así poderemos ter reservas para responder ás esixencias da vida pastoral.

O afondar neste punto de que o traballo pastoral se converta en espiritual, o Santo Pai, Benedicto XVI, amósase fondamente realista e penetrante como é. Di que unha certa tensión entre o que debo absolutamente facer e que reservas espirituais debo ter, existe sempre. E percorre o exemplo de Santo Agostiño para el tan familiar. Santo Agostiño laméntase nas súas predicacións de que lle gustaría tanto vivir coa Palabra de Deus, pero que dende a mañá ata a noite debo estar con vós. Sen embargo, San Agostiño encontra este equilibrio estando sempre a disposición, pero reservándose tamén momentos de oración, de meditación da Palabra divina, porque, do contrario, non podería dicir nada. Porque, subliña o Papa, a pastoral non debería ser xamais unha simple estratexia, un traballo administrativo, senón que debería ser un traballo espiritual. Certamente, continúa Benedicto XVI, non pode faltar do todo o outro, porque estamos nesta terra e estes problemas existen: como administrar ben o diñeiro, etc; tamén este é un aspecto que non se pode descoirdar totalmente. Sen embargo, insiste o Papa, o acento debese poñer fundamentalmente en que o ser pastor é, en si mesmo, un acto espiritual.

No contexto anterior, o Papa fai unha chamada a interiorizar aínda moito máis a eclesioloxía do Concilio Vaticano II. Interiorizando esta visión, tamén podemos atraer o noso pobo cara ela, para que comprenda que a Igrexa non é simplemente unha gran

estructura, unha desas entidades supranacionais que existen. A Igrexa, aínda sendo un corpo, é corpo de Cristo e, por tanto, un corpo espiritual, como di San Paulo. É unha realidade espiritual. É moi importante que a xente poida ver criblemente que a Igrexa non é unha organización supranacional, que non é un corpo administrativo ou de poder, que non é unha axencia social -aínda que faga un traballo social e supranacional-, senón que é un corpo espiritual.

A nosa Diocese é depositaria e portadora de extraordinarios tesouros de vida cristiá, tanto no pasado como no presente. E fáisenos especialmente verificable aquel famoso dito de Bernardo de Chartres “*Nós somos capaces de ver un pouco máis alá que os nosos devanceiros porque somos ananos erguidos sobre os lombos de xigantes*”.

Renovemos neste día o compromiso máis profundo da nosa vida sacerdotal e cristiá: facer, en comunión con tódolos nosos fieis, das nosas parroquias lugares privilexiados de vida de oración, de vida sacramental e de vida de caridade.

A Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte* pídenos que as nosas comunidades cristiás teñen que chegar a ser auténticas escolas de oración, onde o encontro con Cristo non se exprese soamente en petición de axuda, senón tamén en escoita da Palabra de Deus, acción de grazas, adoración, contemplación. Unha oración que non aparta do compromiso coa historia, xa que abrindo o corazón o amor de Deus, ábreo tamén o amor dos irmáns, e fainos capaces de construír a historia segundo o designio de Deus (*Cfr. N.M.I, 33*).

Sen dúbida, de tódalas dimensións da oración, a primeira e fundamento de tódalas demais é a oración persoal. E aquí María amósanos o camiño. San Lucas dinos dúas veces que María “*gardaba todas estas cosas e meditabaas non seu corazón*” (*Lc 2,19; 2,51*). Era unha persoa en permanente coloquio con Deus.

Sigámo-lo camiño con María, que nos guía na súa escola de oración, nun contacto profundo e persoal con Deus. Amen.

+ Luís Quinteiro Fiuza
Bispo de Ourense

Homilía del Sr. Obispo JUEVES SANTO

Queridos hermanos: una de las realidades más profundas del cristianismo en las que hemos de meditar a menudo, es en la gracia que Dios nos ofrece de actualizar, en nuestro tiempo, los misterios que Cristo ha realizado en el pasado. Así, el tiempo, “*hoy (esta tarde)*” (Or. colec.) se convierte en espacio sacramental del misterio de “*aquella misma memorable Cena en que tu Hijo, antes de entregarse a la muerte confió a la Iglesia el banquete de su amor, el sacrificio nuevo de la alianza eterna*” (Or. colec.).

Esta tarde, aquí y ahora para, nosotros, Cristo nos anticipa el misterio de su donación plena en la Cruz y se hace Pan y Bebida de salvación eterna. Un resquicio del cielo se hace presente sobre el altar y nos hace gustar el alimento del banquete celestial. La programación pastoral diocesana de este año nos invita también a profundizar en la Eucaristía, “*misterio que se ha de celebrar*” (*Sacramentum caritatis, Capít. II*). Veamos qué celebra la Iglesia con nosotros y por la redención de todos los hombres, esta tarde.

La primera lectura del libro del Éxodo (12, 1-8.11-14) nos recordaba, como una figura de la Eucaristía del Cenáculo, la última cena del pueblo de Israel en Egipto, la celebración de la pascua hebrea. Tuvo lugar al atardecer, en primavera, el primer mes del

año y lo central era la comida del cordero pascual y sellar con su sangre las dos jambas y el dintel de la casa. Esta cena pascual de los judíos era fiesta del Señor y se convirtió en “ley perpetua para todas las generaciones”. Una vez asentado Israel en la tierra prometida, la pascua anual recordaba a todos la liberación de Egipto y la intervención salvadora de Dios a favor de Israel.

La Eucaristía celebrada por los primeros cristianos, tal como nos la transmite san Pablo en la segunda lectura (*1 Cor 11, 23-26*), da sentido pleno y culmina lo que anticipaba la pascua judía. La Eucaristía, recibida por los Apóstoles del mismo Cristo, “en la noche en que iban a entregarlo”, es la *verdadera Pascua* de los cristianos, el Cuerpo destrozado y la Sangre derramada como alianza nueva, entre Dios y los hombres. Es una celebración que anuncia y grita al mundo el sacrificio de Cristo (su muerte como donación) hasta que vuelva como Señor de todo lo creado, Juez de la humanidad y la historia.

Pero Jesús, en este contexto solemne, comunica a los Apóstoles un mandato, que deben obedecer fielmente: “Haced esto en memoria mía”. Así no sólo les regala la Eucaristía, como sacramento de su sacrificio y alimento permanente de sus vidas, sino que les manda celebrarla actualizando su muerte y resurrección hasta su venida última. Así,

en la tarde, en la celebración de la pascua judía, Cristo instituye la Eucaristía y el Sacerdocio ministerial. La celebración de la Eucaristía reclama, como elemento imprescindible, al ministerio ordenado, para llevar a término el sacrificio de Cristo y de todo el pueblo sacerdotal. Esto es lo que celebramos esta tarde con la Iglesia: la Eucaristía y el Sacerdocio ministerial en su nacimiento. Demos gracias por ello a Dios y supliquemos fervorosamente para que nunca falten a la Iglesia las vocaciones necesarias al sacerdocio. Pidamos por nuestros seminaristas y los de todo el mundo.

El evangelio de hoy (*Jn 13, 1-15*) no narra la institución de la Eucaristía, sino que la completa (respecto a los sinópticos y 1 Cor.) situándola en el contexto anímico de Jesús: Él es consciente de su “hora”, se acerca su muerte, vive el amor hasta el límite, sabe que el Padre se lo ha entregado todo, sabe que viene de Dios y vuelve a Él, conoce la inminente traición de Judas.... Esto es lo que ronda la cabeza y el corazón de Jesús, cuando celebra la última Cena e instituye el sacramento del Amor. Sufre profundamente en su alma y se abraza con plena voluntad al plan del Padre. Y muestra con un gesto inconfundible, cuáles deben ser las actitudes y sentimientos de quienes, en el futuro, celebrarán y participarán de la Eucaristía. Lo que Él va a hacer, levantándose “de la cena”, no es para copiar al pie de letra, sino que debe ser como “sello” y símbolo conductual (de las actitudes)

de quienes se sienten a la mesa eucarística. “Os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis”.

¿Qué ha hecho Jesús con sus discípulos en la Cena eucarística? ¿Cuáles son las actitudes que trasluce? San Juan las apunta en la descripción del lavatorio de los pies a los Apóstoles. Es preciso contemplar la escena y dejarse conducir por el Espíritu Santo para entrar de lleno en el misterio que allí tiene lugar. El Maestro que preside la cena, se levanta y se pone en el lugar del esclavo para realizar una acción inimaginable en aquel tiempo. No es una simple actitud de humildad en un momento; muestra un estilo de vida nuevo: “el Maestro” y “el Señor” se pone en el último puesto a servir. Vosotros -les dice- debéis comportaros así, tomar mi ejemplo como estilo de vida en la Eucaristía y en la “misión” que brota de ella. Toda autoridad y todo carisma en la Iglesia es para edificarla y servir a Dios y a los hermanos.

El gesto de Jesús responde a un amor, llevado “hasta el fin”, hacia aquéllos que le han seguido desde el principio y han compartido todo con Él. Es un amor que está por encima de la respuesta positiva o la traición. Jesús, como un esclavo lavó también los pies a Judas. El amor que culmina y se alimenta en la Eucaristía no se detiene ante la traición de quien la recibe. Jesús conocía las injurias y traiciones hacia su persona, en las futuras Eucaristías. Jesús rodea con

amor indecible incluso a quien le traiciona o desprecia en la Eucaristía.

Jesús reprende a Pedro y le exige dejarse lavar los pies por Él. Es imprescindible que Pedro acepte la lección de Jesús. De lo contrario será como alguien que no tiene nada que ver con Él. Pedro no comprende lo que hace Jesús en este momento, pero lo comprenderá cuando tenga lugar la resurrección. Entonces, con la ayuda del Espíritu Santo y reflexionando en toda la vida de Jesús, se dará cuenta de que la Eucaristía es la cumbre del Amor de Dios a los hombres y actualiza el sacrificio de la Cruz, donde Cristo se “vacío” de toda apariencia de Dios y se hizo Víctima para redimirnos. Otras actitudes que no desarrollaremos por

falta de tiempo, son: el olvidarse de sí mismo y su sufrimiento para centrarse totalmente en sus Apóstoles; la enseñanza sobre la necesidad de estar limpios para recibir la Eucaristía.

Hermanos, valoremos y fomentemos constantemente la Eucaristía y, sobre todo, la del domingo, regalo precioso de Cristo a los cristianos. No perdamos la práctica de visitar con frecuencia al Santísimo, adorémosle en ratos largos e intensos de oración personal, no sólo hoy, sino a lo largo del año. Así llevaremos a la vida el fuego del amor de Dios y la fuerza para ser testigos de su presencia en medio de nosotros. Amén.

+ Luis Quintero Fiuza
Obispo de Ourense

Homilía do Sr. Bispo XOVES SANTO

Queridos irmáns: unha das realidades máis fondas do cristianismo nas que temos que meditar a miúdo, é na graza que Deus nos ofrece de actualizar, no noso tempo, os misterios que Cristo realizou no pasado. Así, ó tempo, “*hoxe (esta tarde)*” (Or. colec.) se converte en espazo sacramental do misterio “*daquela mesma memorable Cea na que o teu Fillo, antes de se entregar á morte confiou á Igrexa o banquete do seu amor, o sacrificio novo da alianza eterna*” (Or. colec.).

Esta tarde, aquí e agora para, nós, Cristo anticípalo misterio da súa

doazón plena na Cruz e faise Pan e Bebida de salvación eterna. Un anaquiño do ceo faise presente sobre o altar e fainos gusta-lo alimento do banquete celestial. A programación pastoral diocesana deste ano convidanos tamén a afondar na Eucaristía, “*misterio que se ha de celebrar*” (*Sacramentum caritatis, Capít. II*). Vexamos qué celebra a Igrexa con nós e pola redención de tódolos homes, esta tarde.

A primeira lectura do libro do Éxodo (12, 1-8.11-14) lembrábanos, como

unha figura da Eucaristía do Cenáculo, a derradeira cea do pobo de Israel en Exipto, a celebración da pascua hebrea. Tivo lugar o tardiña, en primavera, o primeiro mes do ano e o central era a comida do año pascual e selar co seu sangue as dúas xambas e o lintel da casa. Esta cea pascual dos xudeus era festa do Señor e converteuse en “lei perpetúa para tódalas xeracións”. Unha vez asentado Israel na terra prometida, a pascua anual lembraba a todos a liberación de Exipto e a intervención salvadora de Deus a favor de Israel.

A Eucaristía celebrada polos primeiros cristiáns, tal como nola transmite san Paulo na segunda lectura (*1 Cor 11, 23-26*), dá sentido pleno e culmina o que anticipaba a pascua xudía. A Eucaristía, recibida polos Apóstolos do mesmo Cristo, “na noite en que o ían entregar”, é a *verdadeira Pascua* dos cristiáns, o Corpo estragado e o Sangue derramado como alianza nova, entre Deus e os homes. É unha celebración que anuncia e grita ó mundo o sacrificio de Cristo (a súa morte como doazón) ata que volva como Señor de todo o creado, Xuíz da humanidade e historiaa.

Pero Xesús, neste contexto solemne, comunica ós Apóstolos un mandato, que deben obedecer fielmente: “Facede isto en memoria miña”. Así non só lles regala a Eucaristía, como sacramento do seu sacrificio e alimento permanente das súas vidas, senón que lles manda celebrala actualizando a súa morte e

resurrección ata a súa derradeira vida. Así, na tarde, na celebración da pascua xudía, Cristo institúe a Eucaristía e o Sacerdocio ministerial. A celebración da Eucaristía reclama, como elemento imprescindible, ó ministerio ordenado, para levar a termo o sacrificio de Cristo e de todo o pobo sacerdotal. Isto é o que celebramos esta tarde coa Igrexa: a Eucaristía e o Sacerdocio ministerial no seu nacemento. Deamos grazas por elo a Deus e supliquemos fervorosamente para que nunca falten na Igrexa as vocacións necesarias ó sacerdocio. Pidamos polos nosos seminaristas e os de todo o mundo.

O evanxeo de hoxe (*Xñ 13, 1-15*) non narra a institución da Eucaristía, senón que a completa (respecto ós sinópticos e *1 Cor.*) situándoa no contexto anímico de Xesús: El é consciente da súa “hora”, achégase a súa morte, vive o amor ata o límite, sabe que o Pai entregoullo todo, sabe que vén de Deus e volve a El, coñece a inminente traizón de Xudas.... Isto é o que rolda a cabeza e o corazón de Xesús, cando celebra a última Cea e institúe o sacramento do Amor. Sofre fundamente na súa alma e abrázase con plena vontade ó plano do Pai. E mostra cun xesto inconfundible, cales deben se-las actitudes e sentimentos dos que, no futuro, celebrarán e participarán da Eucaristía. O que El vai facer, levantándose “da cea”, non é para copiar ó pé da letra, senón que debe ser como “selo” e símbolo conductual (das actitudes) dos que se senten á mesa eucarística. “Deivos

exemplo para que o que eu fixen con vós, vós tamén o fagades”.

¿Que fixo Xesús cos seus discípulos na Cea eucarística? ¿Cales son as actitudes que transloce? San Xoán apúntaas na descrición do lavatorio dos pés ós Apóstolos. É preciso contempla-la escena e deixarse conducir polo Espírito Santo para entrar de cheo no misterio que alí ten lugar. O Mestre que preside a cea, levántase e ponse no lugar do escravo para realizar unha acción inimaxinable naquel tempo. Non é unha simple actitude de humildade nun momento; mostra un estilo de vida novo: “o Mestre” e “o Señor” ponse no último posto a servir. Vós -dilles- debédesvos comportar así, toma-lo meu exemplo como estilo de vida na Eucaristía e na “misión” que brota dela. Toda autoridade e todo carisma na Igrexa é para edificala e servir a Deus e ós irmáns.

O xesto de Xesús responde a un amor, levado “ata a fin”, cara aqueles que o seguiron dende o principio e compartiron todo con El. É un amor que está por encima da resposta positiva o a traizón. Xesús, como un escravo lavoulle tamén os pés a Xudas. O amor que culmina e se alimenta na Eucaristía non se detén ante a traizón de quen a recibe. Xesús coñecía as inxurias e traizóns cara a súa persoa, nas futuras Eucaristías. Xesús rodea con amor indíxible incluso a quen o traizoa o despreza na Eucaristía.

Xesús reprende a Pedro e esíxelle deixarse lava-los pés por El. É imprescindible que Pedro acepte a lección de Xesús, do contrario será como alguén que non ten nada que ver con El. Pedro non comprende o que fai Xesús neste momento, pero comprenderao cando teña lugar a resurrección. Entón, a axuda do Espírito Santo e reflexionando en toda a vida de Xesús, darase conta de que a Eucaristía é o cumio do Amor de Deus ós homes e actualiza o sacrificio da Cruz, onde Cristo “baleirouse” de toda aparencia de Deus e fíxose Vítima para nos redimir. Outras actitudes que non desenvolveremos por falta de tempo, son: o esquecerse de si mesmo e do seu sufrimento para se centrar totalmente nos seus Apóstolos; a ensinanza sobre a necesidade de estar limpos para recibila Eucaristía.

Irmáns, valorem e fomentemos constantemente a Eucaristía e, sobre todo, a do domingo, regalo precioso de Cristo ós cristiáns. Non perdámo-la práctica de visitar con frecuencia ó Santísimo, adorémolo en ratos longos e intensos de oración persoal, non só hoxe, senón ó longo do ano. Así levaremos á vida o lume do amor de Deus e a forza para ser testemuñas da súa presenza en medio de nós. Amén.

+ Luís Quinteiro Fiuza
Bispo de Ourense

Homilía del Sr. Obispo VIERNES SANTO

Queridos hermanos: la celebración de esta tarde nos sitúa de lleno en el misterio del triduo pascual. Con la celebración de la pasión y muerte de Jesús y la conciencia de su sentido redentor y salvífico a favor de todos los hombres, entramos en el núcleo del misterio: “*Pues Jesucristo, tu Hijo, a favor nuestro instituyó, por medio de su sangre el misterio pascual*” (Or. colecta).

Hoy es un día de silencio para que hable la Palabra de Dios. En silencio la hemos escuchado, pero conviene que resuene y la contemplemos en esa figura misteriosa del “siervo”, presentada por Isaías (52, 13-53, 12). La Iglesia, con su autoridad de Maestra y Madre, refiere las palabras de Isaías a Cristo paciente, muerto, sepultado y llamado a resucitar. ¿Meditamos con sensibilidad orante “en su destino”? ¿Valoramos, al menos hoy, que “sus cicatrices nos curaron”? ¿Ponderamos el que fue “triturado por nuestros crímenes” “El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento y entregar su vida como expiación...” “... él tomo el pecado de muchos e intercedió por los pecadores...” Es el Padre quien pide al Hijo su entrega sacrificial para redimirnos, para cambiar nuestra suerte. Se impone, en esta tarde, contemplar el misterio de la Cruz en silencio, asombrarse, dar gracias, dejarnos alcanzar por la gracia y emprender una vida nueva. Es la sabiduría escondida en la Cruz que actúa con poder y gra-

cia, cuando es acogida con fe. Cristo es el único crucificado que, padeciendo este suplicio, reveló su poder salvífico y lo instituyó como punto de partida para alcanzar la sabiduría de cuantos creen en el Señor (Cf 1 Cor 2, 1-8).

Si nos detenemos en la segunda lectura (Heb 4, 14-16; 5, 7-9) se nos presenta a Cristo como el Sacerdote que ofrece, como sacrificio ritual (liturgia), su propia vida con sufrimiento horroroso. Pero llegado al final de su entrega en la muerte de Cruz, “se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación eterna”. De la ofrenda obediente de su vida, brota la salvación para quienes le siguen como discípulos. Se nos pide “mantener la confesión de la fe” en nuestro sumo Sacerdote y acercarnos a Él, “trono de la gracia”, para encontrar misericordia y gracia. Esta tarde, en silencio, se nos pide profundizar en el contenido de esta Palabra de Dios. Miremos con fe a nuestro Sacerdote y confiemos en su voluntad, movida sólo por el amor. Acudamos a Él cuando nos sintamos cansados y agobiados.

La Pasión según san Juan es la culminación de la liturgia de la Palabra de esta tarde. Que nuestros oídos y ojos contemplando la pasión física de Jesús en los sufrimientos y dolores, nos conduzcan a la decisión, ofrenda, obediencia interior y pasión de amor

del corazón del Hijo de Dios. Nos ha amado hasta el extremo: en Él se nos hace visible, palpable, cercano el amor de Dios. Ante esta entrega del Hijo de Dios, a nosotros nos toca amar fuera de cálculos y conveniencias. Que la celebración de hoy nos ayude a descen-trarnos de nuestro yo con todos sus intereses y nos sitúe en la línea del amor limpio, desinteresado, siempre creciente y fraterno. De este modo, la pasión de Cristo, su muerte redentora y su se-

pultura habrán dado fruto en nosotros. Esta pasión del Hijo, movido por el amor auténtico, está reclamando su resurrección de parte del Padre. Mañana la celebraremos como acontecimiento real y gozoso. Que la comunión eucarística de hoy, con el Cuerpo nacido de la Virgen e inmolado en la Cruz, nos introduzca de lleno en este misterio.

+ Luis Quinteiro Fiuza
Obispo de Ourense

Homilía do Sr. Bispo VENRES SANTO

Queridos irmáns: a celebración desta tarde sitúanos de cheo no misterio do triduo pascual. Coa celebración da paixón e morte de Xesús e a conciencia do seu sentido redentor e salvífico a favor de tódolos homes, entramos no núcleo do misterio: *“Pois Xesus Cristo, o teu Fillo, a favor noso, instituíu, por medio do seu sangue, o misterio pascual”* (Or. colecta).

Hoxe é un día de silencio para que fale a Palabra de Deus. En silencio escoitámola, pero convén que resoe e a contemplemos nesa figura misteriosa do “servo”, presentada por Isaías (52, 13-53, 12). A Igrexa coa súa autoridade de Mestra e Nai refire as palabras de Isaías a Cristo paciente, morto, sepultado e chamado a resucitar. ¿Meditamos con sensibilidade orante “no seu destino”? ¿Valoramos, ó menos hoxe, que “as súas cicatrices nos curaron”?

¿Ponderámo-lo que foi “triturado polos nosos crimes” “O Señor quixo trituralo co sufrimento e entrega-la súa vida como expiación...” “...el tomou o pecado de moitos e intercedeu polos pecadores...” É o Pai quen pide ó Fillo a súa entrega sacrificial para nos redimir, para cambia-la nosa sorte. Imponse, nesta tarde, contempla-lo misterio da Cruz en silencio, abraíarse, dar grazas, deixarnos alcanzar pola graza e emprender unha vida nova. É a sabedoría agochada na Cruz que actúa con poder e graza, cando é acollida con fe. Cristo é o único crucificado que, padecendo este suplicio, revelou o seu poder salvífico e instituíuno como punto de partida para alcanza-la sabedoría de cantos cren no Señor (*Cf 1 Cor 2, 1-8*).

Se nos detemos na segunda lectura (*Heb 4, 14-16; 5, 7-9*) preséntasenos

a Cristo como o Sacerdote que ofrece, como sacrificio ritual (liturxia), a súa propia vida cun sufrimento horroroso. Pero chegado ó final da súa entrega na morte de Cruz, “converteuse para tódolos que lle obedecen en autor de salvación eterna”. Da ofrenda obediente da súa vida, brota a salvación para quen os que o seguen corno discípulos. Pídesenos “mante-la confesión da fe” no noso sumo Sacerdote e achegarnos a El, “trono da graza”, para encontrar misericordia e graza. Esta tarde, en silencio, pídesenos afondar no contido desta Palabra de Deus. Ollemos con fe ó noso Sacerdote e confiemos na súa vontade, movida só polo amor. Acudamos a El cando nos sintamos cansados e agoniados.

A Paixón segundo san Xoán é a culminación da liturxia da Palabra desta tarde. Que os nosos oídos e ollos contemplando a paixón física de Xesús nos sufrimentos e dores, nos conduzan á

decisión, ofrenda, obediencia interior e paixón de amor do corazón do Fillo de Deus. Amounos ata o extremo: fáise-nos visible, palpable, próximo o amor de Deus. Ante esta entrega do Fillo de Deus, a nós tócanos amar fóra de cálculos e conveniencias. Que a celebración de hoxe nos axude a descentrarnos do noso eu con tódolos seus intereses e sitúenos na liña do amor limpo, desinteresado, sempre crecente e fraterno. Deste modo, a paixón de Cristo, a súa morte redentora e a súa sepultura darán froito en nós. Esta paixón do Fillo, movido polo amor auténtico, está reclamando a súa resurrección de parte do Pai. Mañá celebraremola como acontecemento real e gozoso. Que a comunión eucarística de hoxe, co Corpo nado da Virxe e inmoldado na Cruz, nos introduza de cheo neste misterio.

+ Luís Quinteiro Fiuza
Bispo de Ourense

Homilía del Sr. Obispo VIGILIA PASCUAL

Queridos hermanos y hermanas: otro año, por la gracia de Dios, nos hallamos reunidos y celebrando gozosamente la Vigilia más grande de todo el año. Nos sentimos Iglesia, unida a todas las Iglesias del mundo, que velan para gozar del acontecimiento central de nuestra vida cristiana: la resurrección de Cristo de entre los muertos. También nos gozamos, en espíritu, con todo los nuevos bautizados, que hoy son incorporados, por todo el mundo, al número de los miembros de la Iglesia.

“¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? No está aquí, ha resucitado” (*Lc 24, 5-6*). Estas palabras, dichas por dos ángeles “con vestidos resplandecientes”, refuerzan la confianza en las mujeres que acudieron al sepulcro, al amanecer del día siguiente al sábado (el domingo). Ellas habían estado muy cerca del Cristo sufriente y moribundo, compartiendo con la Madre los acontecimientos culminantes del viernes santo, en el Calvario. Ahora van casi a hurtadillas al sepulcro para volver a verlo y abrazarlo por última vez. Les mueve el amor; el mismo amor que las llevó a seguirlo durante los años de su vida pública. No podían sospechar que aquel amanecer era el más importante de la historia. No podían suponer que ellas iban a vivir con un gozo desbordante aquel acontecimiento. No habían podido sospechar que ellas

habían sido elegidas para convertirse en las primeras testigos de la resurrección del Maestro.

Y, cuando llegaron, “encontraron que la piedra había sido retirada del sepulcro” (*Lc 24, 2*). Una sorpresa enorme para ellas. San Lucas añade, “entraron, pero no hallaron el cuerpo del Señor Jesús” (*24, 3*). Todo ha cambiado. Jesús, el crucificado y sepultado, “no está aquí, ha resucitado”. Este extraordinario anuncio que cambia la tristeza de las mujeres en gozo desbordante, resuena con fuerza en la Iglesia, en esta solemne noche de Pascua.

¡Vigilia extraordinaria de una noche santa! Vigilia, madre de todas las Vigilias, durante la que toda la Iglesia vela junto a la tumba del Mesías, sacrificado en la Cruz. La Iglesia espera y se mantiene en oración leyendo “cuanto al Señor se refiere” (*SC 6*) en las sagradas Escrituras, que iluminan la historia de la salvación con el centro en el Acontecimiento-Cristo. Partiendo del Génesis y hasta el Apocalipsis hablan de la suerte y el destino de Jesús. Todo culmina en su resurrección gozosa, anunciada y corroborada por profetas (*Cf. Hech 10, 43*) y evangelistas. Todo como había sido anunciado.

Pero, en esta noche, no triunfan las tinieblas, sino el fulgor de una

luz esplendente que se abre paso con el anuncio sobrecogedor de la resurrección del Señor. La espera y la oración sobre las lecturas de la Escritura desembocan en un desbordante canto de gozo: el pregón pascual: “Exulten ya los coros de los ángeles; exulten las jerarquías del cielo”...

El “telón de fondo” y la “melodía” de la historia cambian radicalmente: la muerte deja paso a la vida; la tiniebla a la luz; la desesperanza a la esperanza grande; el odio al amor; el pecado a la gracia. Cristo “muriendo destruyó nuestra muerte y resucitando restauró la vida” (Prefacio). Éste es el acontecimiento que nosotros proclamamos con palabras, pero hemos de hacerlo, sobre todo con nuestra existencia. El que las mujeres creían muerto, vive. Su experiencia de la resurrección se convierte en la de la Iglesia entera. Es una experiencia gozosa que, en la fe, engendra la gran esperanza de la Iglesia y del cristiano: también nosotros resucitaremos un día.

¡Bendita Vigilia, llena de la “esperanza grande”, que en tus símbolos y palabras encierras en plenitud el sentido del misterio! Símbolos contrapuestos, como la noche y la luz, para mostrarnos el paso del pecado a la gracia; agua y luz para mostrarnos la regeneración bautismal; luz y canto de la “Angélica” para emularnos a vigilar y alegrarnos con la resurrección; Palabra de la Escritura, oración

y canto, para recordar el pasado, actualizar el presente y anticipar el futuro de la historia de salvación; mesa de la Palabra, del Sacrificio y comunión eucarística, para hacernos gustar los misterios del Cuerpo resucitado del Señor y anticipar el banquete del cielo.

Esta noche, todo se resume en un nombre, el nombre dulcísimo de Cristo resucitado. ¿Cómo no darte gracias, Señor, por las gracias que nos regalas en esta noche? Nos sumergimos con gozo en tu misterio de muerte y resurrección renovando las promesas bautismales. Lo hacemos unidos a los catecúmenos de todo el mundo que, en esta noche reciben el Bautismo.

Terminamos profesando nuestra fe con enorme gozo: Jesús, el Señor, vive para siempre y nosotros vivimos en Él. Esta noche ha revelado definitivamente el poder de Cristo al mundo. Esta Vigilia nos introduce en un día que no conoce el ocaso. La Pascua de Cristo inaugura para la humanidad una renovada primavera de esperanza: “es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo! ¡Aleluya!” (*Sal. 118, 24*) Nos quedan cincuenta días para celebrar la Pascua.

¡Feliz Pascua de resurrección! ¡Paz y alegría en el Señor!. Amén.

+ Luis Quintero Fiuza
Obispo de Ourense

Homilía do Sr. Bispo VIXILIA PASCOAL

Queridos irmáns e irmás: outro ano, pola graza de Deus, atopámonos reunidos e celebrando gozosamente a Vixilia máis grande de todo o ano. Sentímonos Igrexa, unida a tódalas Igrexas do mundo, que velan para gozar do acontecemento central da nosa vida cristiá: a resurrección de Cristo de entre os mortos. Tamén nos gozamos, en espírito, con tódolos novos bautizados, que hoxe son incorporados, por todo o mundo, ó número dos membros da Igrexa.

“¿Por que buscades entre os mortos ó que está vivo? Non está aquí, resucitou” (*Lc 24, 5-6*). Estas palabras, ditas por los anxos “con vestidos resplandecentes”, reforzan a confianza das mulleres que acudiron ó sepulcro, ó amencer do día seguinte ó sábado (o domingo). Elas estiveran moi cerca do Cristo sufrinte e moribundo, compartindo coa Nai os acontecementos culminantes do venres santo, no Calvario. Agora van case ás agachadas ó sepulcro para volver velo e abrazalo por última vez. Móveas amor; o mesmo amor que as levou a segui-lo durante os anos da súa vida pública. Non podían sospeitar que aquel amencer era o máis importante da historia. Non podían supor que elas ían vivir cun gozo desbordante aquel acontecemento. Non puideron sospeitar que elas foron elixidas para se converter nas primeiras testemuñas da resurrección do Mestre.

E, cando chegaron, “encontraron que a pedra fora retirada do sepulcro” (*Lc 24, 2*). Unha sorpresa enorme para elas. San Lucas engade, “entraron, pero non atoparon o corpo do Señor Xesús” (*24, 3*). Todo cambiou. Xesús, o crucificado e sepultado, “non está aquí, resucitou”. Este extraordinario anuncio que cambia a tristura das mulleres en gozo desbordante, resoa con forza na Igrexa, nesta solemne noite de Pascua.

¡Vixilia extraordinaria dunha noite santa! Vixilia, nai de tódalas Vixilias, durante a que toda a Igrexa vela xunto á tumba do Mesías, sacrificado na Cruz. A Igrexa agarda e mantense en oración lendo “canto ó Señor se refire” (*SC 6*) nas sagradas Escrituras, que iluminan a historia da salvación co centro no Acontecemento - Cristo. Partindo da Xénese e ata a Apocalipse falan da sorte e o destino de Xesús. Todo culmina na súa resurrección gozosa, anunciada e corroborada por profetas (*Cf. Hech 10, 43*) e evanxelistas. Todo como fora anunciado.

Pero, nesta noite, non triunfan as tebras, senón o fulgor dunha luz esplendorosa que se abre paso co anuncio arrepiante da resurrección do Señor. A espera e a oración sobre as lecturas da Escritura desembocan nun desbordante canto de gozo: o pregón pascual: “Exulten xa os coros dos anxos; exulten as xerarquías do ceo”...

O “telón de fondo” e a “melodía” da historia cambian radicalmente: a morte deixa paso á vida; a tebra á luz; a desesperanza á esperanza grande; o odio ó amor; o pecado á graza. Cristo “morrendo destruíu a nosa morte e resucitando restaura a vida” (Prefacio). Esta é o acontecemento que nós proclamamos con palabras, pero temos que facelo, sobre todo coa nosa existencia. O que as mulleres crían morto, vive. A súa experiencia da resurrección convértese na da Igrexa enteira. É unha experiencia gozosa que, na fe, xera a gran esperanza da Igrexa e do cristián: tamén nós resucitaremos un día.

¡Bendita Vixilia, chea da “esperanza grande”, que nos teus símbolos e palabras pechas en plenitude o sentido do misterio! Símbolos contrapostos, como a noite e a luz, para amosárno-lo paso do pecado á graza; auga e luz para nos amosa-la rexeneración bautismal; luz e canto da “Anxélica” para emularnos a vixiar e alegrarnos coa resurrección; Palabra da Escritura, oración e canto, para lembra-lo pasado, actualiza-lo presente e anticipa-lo futuro da historia da salvación; mesa da Palabra, do Sacrificio e comunión eucarística, para

facernos gusta-los misterios do Corpo resucitado do Señor e anticipa-lo banquete do ceo.

Esta noite, todo se resume nun nome, o nome docísimo de Cristo resucitado. ¿Como non che dar grazas, Señor, polas grazas que nos regalas nesta noite? Asolagámonos con gozo no teu misterio de morte e resurrección renovando as promesas bautismais. Facémolo unidos ós catecúmenos de todo o mundo que, nesta noite reciben o Bautismo.

Rematamos profesando a nosa fe con enorme gozo: Xesús, o Señor, vive para sempre e nós vivimos nel. Esta noite revelouse definitivamente o poder de Cristo ó mundo. Esta Vixilia introdúcenos nun día que non coñece o ocaso. A Pascua de Cristo inaugura para a humanidade unha renovada primavera de esperanza: “é o día en que actuou o Señor: sexa a nosa ledicia e o noso gozo! ¡Aleluia!” (*Sal.118, 24*) Quédannos cincuenta días para celebra-la Pascua.

¡Feliz Pascua de resurrección! ¡Paz e ledicia no Señor!. Amén.

+ Luís Quintero Fiuza
Bispo de Ourense

Homilía del Sr. Obispo DOMINGO DE PASCUA

Queridos hermanos y hermanas: “...Ha sido inmolada nuestra víctima pascual: Cristo. Así pues, celebremos la Pascua...” (*I Cor 5, 6b-8*). Éste es el profundo mensaje que la Iglesia nos dirige a los cristianos durante este tiempo de Pascua, que celebraremos a lo largo de cincuenta días. Cristo ha sido entregado a la muerte como rescate por nuestros pecados. Él se entregó voluntaria y amorosamente a la pasión y la Cruz y se ha convertido en el Cordero inocente e inmaculado, que quitó el pecado del mundo. Cristo es la Víctima propicia de la Pascua. Es el Cordero que unió con nueva alianza a Dios y a los culpables (*Cf. Secuencia*). Pero Dios lo resucitó de entre los muertos, le ha constituido Señor de todo lo creado y le ha nombrado juez de vivos y muertos.

Necesitamos la fe del “discípulo amado” que observa el sepulcro vacío, las vendas, el sudario en orden y reflexiona en silencio. Espera a que llegue Pedro y entra después de éste en el sepulcro. El discípulo amado ve y cree. (*Cf. Jn 20, 1-9*). No era para él totalmente claro lo que había sucedido. El cuarto evangelio nos dice a continuación: “Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que Él (Cristo) había de resucitar de entre los muertos”. El discípulo amado viendo el sepulcro vacío y en orden, hace un acto de fe en la resurrección de Jesucristo de entre los

muertos. Su cercanía durante la Pasión al Maestro y el amor fuerte que le unía a Jesús fue determinante, en su acto de fe, en la resurrección. El amor que el Maestro le había profesado en vida, la cercanía a la Madre y su empatía con los acontecimientos de la pasión y sepultura del Señor, adelantaron para “el discípulo amado” una cierta intuición que le orientó a la fe en las palabras de Jesús sobre su resurrección. Ojala que también nosotros creamos con fe serena y confiada en la resurrección del Señor. En ello experimentaremos, desde la fe, la gran “esperanza-certeza” de la justicia definitiva, de la “revocación” del sufrimiento pasado” y “de la inmortalidad del amor” (*Benedicto XVI, Spe salvi n 43*).

La primera lectura de hoy (*Hech 10, 34a.37-43*) recoge la predicación de san Pedro el día del primer Pentecostés de la Iglesia; es el kerigma o primer anuncio del Evangelio a todos y destaca la centralidad de la Pascua, en todo el misterio de Jesús y la vida sus apóstoles. Les dice: “Conocéis lo que sucedió en el país de los judíos, cuando Juan predicaba el bautismo, aunque la cosa empezó en Galilea. Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con Él... Lo mataron colgándolo de un madero. Pero Dios lo

resucitó al tercer día y nos lo hizo ver, no a todo el pueblo, sino a los testigos que él había designado: a nosotros, que hemos comido y bebido con él después de su resurrección”.

El testimonio de Pedro sobre la muerte y resurrección de Jesús se apoya en hechos concretos y testimonios de personas fehacientes: el mismo Pedro y los Apóstoles que comieron y bebieron con el Señor, “después de su resurrección”. El testimonio es personal y eclesial y se refiere a las apariciones de Cristo, que vive después de su pasión y sepultura. Él ha sido comensal a la mesa con los Apóstoles, de modo semejante a como lo fue durante su vida mortal. San Pedro, con toda valentía, lo reafirma diciendo: “Nosotros somos testigos de todo lo que hizo (Jesús) en Judea y en Jerusalén”. Pedro es un testigo cualificado de la pasión, también de su traición al Maestro, pero ahora no piensa más que en ser fiel al Jesús resucitado, que le encomendó pastorear a su rebaño.

La llamada de san Pablo (*Col 3, 1-4*) destaca la íntima unión entre la resurrección de Cristo y la nuestra. Fue en el Bautismo, donde hemos muerto al hombre viejo y hemos renacido como nuevas criaturas del seno de la Iglesia. Fue en el Bautismo donde, por primera vez, hemos muerto con Cristo y hemos renacido a la vida nueva, fruto de su resurrección. En la fe y, por el misterio pascual, en el Bautismo he-

mos recibido el Espíritu Santo que es prenda (garantía) de nuestra resurrección. De ello brotan las llamadas de san Pablo a celebrar la Pascua “con los panes ácimos de la sinceridad y la verdad” (*1 Cor 5, 6b-8*). Es una invitación a vivir sinceramente, con coherencia entre lo que somos y practicamos; no tengamos miedo a la verdad. Hoy, hay hombres que prefieren vivir en la mentira o en la duda, antes de preguntarse por la verdad. ¡Qué tiste y sin sentido renunciar a la verdad y sobre todo a Verdad que es Jesucristo!

Busquemos y aspiremos “a los bienes de allá arriba”. Las grandes realidades del cristiano, su “gran esperanza”, su patria, el sentido de su vida y su meta están en Dios. Esto no supone absolutamente desentenderse de la tierra ni dejar de implicarse en todas las tareas honestas de este mundo, sino comprometerse, por un doble motivo, en la construcción de un mundo mejor (*OS 39*). Pero hemos de tener muy en cuenta que sólo Dios y las realidades celestiales pueden llenar el corazón humano.

Que la Virgen de la resurrección, la Reina del cielo, llena de gozo nos acompañe en las tareas de cada día y en el gozo del tiempo pascual. ¡Feliz Pascua en el Señor, para todos! Amén.

+ Luis Quintero Fiuza
Obispo de Ourense

Homilía do Sr. Bispo DOMINGO DE PASCOA

Queridos irmáns e irmás: “...Foi inmolada a nosa vítima pascual: Cristo. Así pois, celebrémo-la Pascua...” (*I Cor 5, 6b-8*). Esta é a profunda mensaxe que a Igrexa nos dirixe ós cristiáns durante este tempo de Pascua, que celebraremos ó longo de cincuenta días. Cristo foi entregado á morte como rescate polos nosos pecados. El entregouse voluntaria e amorosamente á paixón e a Cruz e converteuse no Año inocente e inmaculado, que quitou o pecado do mundo. Cristo é a Vítima propicia da Pascua. É o Año que uniu con nova alianza a Deus e ós culpables (*Cf. Secuencia*). Pero Deus resucitouno de entre os mortos, constituíuno Señor de todo o creado e nomeouno xuíz de vivos e mortos.

Precisámo-la fe do “discípulo amado” que observa o sepulcro baleiro, as vendas, o sudario en orde e reflexiona en silencio. Agarda a que chegue Pedro e entra despois deste no sepulcro. O discípulo amado ve e cre. (*Cf. Xn 20, 1-9*). Non era para el totalmente claro o que acontecera. O cuarto evanxeo dinos a continuación: “Pois ata entón non entenderan a Escritura: que El (Cristo) había de resucitar de entre os mortos”. O discípulo amado vendo o sepulcro baleiro e en orde, fai un acto de fe na resurrección de Xesuscristo de entre os mortos. A súa proximidade durante a Paixón ó Mestre e o amor forte que o unía a Xesús foi determi-

nante, no seu acto de fe, na resurrección. O amor que o Mestre lle profesara en vida, a proximidade á Nai e a súa empatía cos acontecementos da paixón e sepultura do Señor, adiantaron para “o discípulo amado” unha certa intuición que o orientou á fe nas palabras de Xesús sobre a súa resurrección. Oxalá que tamén nós creamos con fe serena e confiada na resurrección do Señor. Nelo experimentaremos, dende a fe, a gran “esperanza-certeza” da xustiza definitiva, da “revogación do sufrimento pasado” e “da inmortalidade do amor” (*Benedicto XVI, Spe salvi n 43*).

A primeira lectura de hoxe (*Hech 10, 34a.37-43*) recolle a predicación de san Pedro o día do primeiro Pentecostés da Igrexa; é o kerigma o primeiro anuncio do Evanxeo a todos e destaca a centralidade da Pascua, en todo o misterio de Xesús e a vida os seus apóstolos. Dilles: “Coñecéde-lo que aconteceu no país dos xudeus, cando Xoán predicaba o bautismo, aínda que a cosa empezo en Galilea. Refírome a Xesús de Nazaret, unxido por Deus coa forza do Espírito Santo, que paso facendo o ben e curando ós oprimidos polo diablo, porque Deus estaba con El... Matárono colgándoo dun madeiro. Pero Deus resucitouno ó terceiro día e fíxonolo ver, non a todo o pobo, senón ós testemuñas que el designara: a nós, que comemos e bebemos con el despois da súa resurrección”.

O testemuño de Pedro sobre a morte e resurrección de Xesús apóiase en feitos concretos e testemuños de persoas fehacientes: o mesmo Pedro e os Apóstolos que comeron e beberon co Señor, “despois da súa resurrección”. O testemuño é persoal e eclesial e refírese ás aparicións de Cristo, que vive despois da súa paixón e sepultura. El foi comensal á mesa cos Apóstolos, de modo semellante a como o foi durante a súa vida mortal. San Pedro, con toda valentía, reafirmao dicindo: “Nós somos testemuñas de todo o que fixo (Xesús) en Xudía e en Xerusalén”. Pedro é un testemuña cualificado da paixón, tamén da súa traizón ó Mestre, pero agora non pensa máis que en ser fiel ó Xesús resucitado, que lle encomendo pastorear ó seu rabaño.

A chamada de san Paulo (*Col 3, 1-4*) destaca a íntima unión entre a resurrección de Cristo e a nosa. Foi no Bautismo, onde morremos ó home vello e renacemos como novas criaturas do seno da Igrexa Foi no Bautismo onde, por primeira vez, morremos con Cristo e renacemos á vida nova, froito da súa resurrección. Na fe e, polo misterio pascual, no Bautismo recibimos o Espírito Santo que é prenda (garantía) da nosa resurrección. De elo brotan as chamadas de san Paulo a celebra-la

Pascua “cos pans ácidos da sinceridade e a verdade” (*1 Cor 5, 6b-8*). É unha invitación a vivir sinceramente, con coherencia entre o que somos e practicamos; non teñamos medo á verdade. Hoxe, hai homes que prefiren vivir na mentira ou na dúbida, antes de se preguntar pola verdade. ¡Que triste e sen sentido renunciar á verdade e sobre todo a Verdade que é Xesus Cristo!

Busquemos e aspiremos “ós bens de alá arriba”. As grandes realidades do cristián, a súa “gran esperanza”, a súa patria, o sentido da súa vida e a súa meta están en Deus. Isto non supón absolutamente desentenderse da terra nin deixar de se implicar en tódalas tarefas honestas deste mundo, senón se comprometer, por un dobre motivo, na construción dun mundo mellor (*VOS 39*). Pero temos que ter moi en conta que só Deus e as realidades celestiais poden enche-lo corazón humano.

Que a Virxe da resurrección, a Raíña do ceo, chea de gozo nos acompañe nas tarefas de cada día e no gozo do tempo pascual. ¡Feliz Pascua no Señor, para todos! Amén.

+ Luís Quintero Fiuza
Bispo de Ourense

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO

FEBRERO

Días 23-24: Santa Visita Pastoral a la Parroquia de A Inmaculada de Montea-
legre en el Arciprestazgo de Ourense Sur.

MARZO

Día 1: Preside la Celebración Eucarística en la iglesia parroquial de Celano-
va con motivo de la fiesta de San Rosendo.

Santa Visita Pastoral a la Parroquia de Santa Mariña en el Arcipres-
tazgo de Ourense Sur.

Día 2: Santa Visita Pastoral a la Parroquia de Santa Lucía de Rairo en el
Arciprestazgo de Ourense Sur.

Días 3-7: Asamblea Plenaria de los Sres. Obispos de la Conferencia Episcopal
Española en Madrid.

Preside la Celebración Eucarística en la Capilla del Santo Cristo de
la Catedral a los miembros del Colegio de Arquitectos que celebran
a su Patrona, Nuestra Señora de Belén en su huída a Egipto.

Día 8: Preside la Celebración Eucarística en la S. I. Catedral Basílica a los
miembros del Colegio de Enfermería de Ourense con motivo de la
fiesta de su Patrono San Juan de Dios.

Santa Visita Pastoral a la Parroquia de la Santísima Trinidad en el
Arciprestazgo de Ourense Sur.

Día 9: Santa Visita Pastoral a la Parroquia de la Santísima Trinidad en el
Arciprestazgo de Ourense Sur.

Día 10: Preside la Celebración Eucarística de Exequias por el E. D. de una
Religiosa Calasancia en la Residencia de mayores de las Calasan-
cias.

Día 11: Asiste al Acto Académico en Memoria de Mons. Eugenio Romero
Pose (e.p.d.), ex profesor y Director del ITC y Obispo Auxiliar de
Madrid.

Día 12: Reunión de la Comisión Permanente del Consejo Presbiteral.

- Día 13: Preside el Viacrucis Diocesano da Mocidade desde la Parroquia de Vistahermosa hasta el Seminario Mayor.
- Día 15: Sagrada Ordenación de un Diácono en la iglesia del Seminario Mayor.
- Día 16: Domingo de Ramos en la Pasión del Señor. Procesión y Santa Misa en la S. I. Catedral Basílica de San Martín de Tours.
- Día 17: Presentación a los medios de comunicación de la Campaña del Domingo, día del Señor.
- Día 18: Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 19: Retiro Espiritual de sacerdotes en la iglesia parroquial de Santa Eufemia la Real del Centro.
Solemne Celebración de la Misa Crismal en la S. I. Catedral Basílica de San Martín de Tours.
- Día 20: Preside el Oficio de Lecturas y Laudes en la S. I. Catedral.
Solemne Celebración “In Cena Domini” en la S. I. Catedral.
- Día 21: Preside el Oficio de Lecturas y Laudes en la S. I. Catedral.
Solemne Celebración de la Pasión del Señor en la S. I. Catedral.
Preside la Procesión del Santo Entierro por las calles de la ciudad.
- Día 22: Preside la Procesión de la Virgen Dolorosa y de la Soledad desde la iglesia parroquial de la Santísima Trinidad, con Vía crucis y sermón en la S. I. Catedral para regresar a la misma iglesia parroquial.
Preside el Oficio de Lecturas y Laudes en la S. I. Catedral.
Solemne Vigilia Pascual en la S. I. Catedral.
- Día 23: Misa del Domingo de Resurrección en la S. I. Catedral y Procesión de retorno de la imagen de Santa María Madre a su iglesia titular.



IGLESIA DIOCESANA

VICARÍA DE PASTORAL

DELEGACIÓN DE MISIONES

Bases para a presentación de cancións ó XXXIX Festival Xuvenil e XXX Festival Infantil da Canción Misioneira no ano 2008

XXXIX Festival Xuvenil da Canción Misioneira

Sábado, 19 de abril de 2008 - Auditorio Municipal de Ourense

BASES:

- Poden participar no Festival Xuvenil tódolos xóvenes de 14 anos en diante.
- A letra das cancións fará, obrigatoriamente, mención á *dimensión misioneira e evanxelizadora da Igrexa*. O lema para este ano será: **“Seredes as miñas testemuñas”**.
- A letra e a música das cancións serán orixinais e inéditas. Poden estar en galego ou en castelán.
- A **duración** da canción debería ser, como máximo, de 5 minutos, podendo puntuar negativamente este aspecto, se así o decidise o xurado.
- Se a organización estimase que o número de participantes inscritos é moi alto, levaríase a cabo unha preselección das cancións, podendo quedar fóra algunha delas.
- Antes do **martes día 1 de abril**, entregarase na Delegación de Misións:
- Letra da canción a máquina ou ordenador.
- Gravación da canción en cinta, CD ou MP3.
- Datos: nome do autor da letra e da música; nome e enderezo do responsable do Grupo; nome artístico do Grupo, número de participantes e instrumentos musicais.
- Os PREMIOS distribuiranse da seguinte maneira:
 - Trofeo a tódolos grupos participantes.
 - Trofeo ó autor da mellor música.
 - Trofeo ó autor da mellor letra.
 - Trofeo ó grupo con mellor interpretación.

- Trofeo ó “Grupo revelación”
- 1º PREMIO de **300 €**
- 2º PREMIO de **200 €**
- 3º PREMIO de **150 €**
- Se as O.M.P decidisen a edición ou gravación dalgunha destas obras, en calquera das fases, os dereitos de autor pasarán a ser de O.M.P, quedando para estes os posibles beneficios.
- Non se asegura ós participantes a posibilidade de realizar unha proba de son con anterioridade ó momento da actuación diante do xurado.
- A finalidade destes Festivais é ofrecer un ámbito no que poder compartir os intentos de Evanxelización dende a música, valorada como un dos elementos culturais de maior incidencia na nosa sociedade, e compartir tamén os intentos de abrir as nosas comunidades á **Misión Universal da Igrexa**.
- A decisión do xurado será inapelable. A participación neste Festival obriga á aceptación íntegra destas bases.

XXX Festival Infantil da Canción Misioneira

Domingo, 20 de abril de 2008 - Auditorio Municipal de Ourense

BASES:

- Poden participar no Festival Infantil tódolos nenos que o desexen con idades ata os 16 anos.
- O autor ou autores da letra e a música, e o director do grupo, poden ser adultos.
- A letra das cancións fará, obrigatoriamente, mención á *dimensión misioneira e evanxelizadora da Igrexa*. O lema para este ano será: **“Seredes as miñas testemuñas”**.
- A letra e a música das cancións serán orixinais e inéditas. Poden estar en galego ou en castelán.
- A **duración** da canción debería ser, como máximo, de 5 minutos, podendo puntuar negativamente este aspecto, se así o decidise o xurado.
- No escenario pode estar **un adulto** dirixindo ou acompañando, pero non

pode ser nin o único nin o principal en tocar un instrumento.

- Antes do **martes día 1 de abril**, entregárase na Delegación de Misións:
- Letra da canción a máquina ou ordenador.
- Gravación da canción en cinta, CD ou MP3.
- Datos: nome do autor da letra e da música; nome e enderezo do responsable do Grupo; nome artístico do Grupo, número de participantes e instrumentos musicais.
- Se a organización estimábase que o número de participantes inscritos é moi alto, levaríase a cabo unha preselección das cancións, podendo quedar fóra algunha delas.
- Os PREMIOS distribuiranse da seguinte maneira:
 - Trofeo a tódolos grupos participantes.
 - Trofeo ó autor da mellor música.
 - Trofeo ó autor da mellor letra.
 - Trofeo ó grupo con mellor interpretación.
 - Trofeo ó “Grupo revelación”
 - Trofeo para o 1º, 2º e 3º clasificado.
- Se as O.M.P decidisen a edición ou gravación dalgunha destas obras, en calquera das fases, os dereitos de autor pasarán a ser de O.M.P., quedando os posibles beneficios para **Obra da INFANCIA MISIONEIRA**.
- A finalidade destes Festivais é ofrecer un ámbito no que poder compartir os intentos de Evanxelización dende a música, valorada como un dos elementos culturais de maior incidencia na nosa sociedade, e compartir tamén os intentos de abrir as nosas comunidades á **Misión Universal da Igrexa**.
- A decisión do xurado será inapelable. A participación neste Festival obriga á aceptación íntegra destas bases.



IGLESIA EN ESPAÑA

IGLESIA EN ESPAÑA

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

XCI ASAMBLEA PLENARIA DE LA CEE

Madrid, 3 al 7 de marzo de 2008

Discurso de Mons. Manuel Monteiro de Castro, Nuncio Apostólico en España y Andorra, Arzobispo titular de Be-nevento en la XCI Asamblea Plenaria de la CEE

Excmo. Señor Presidente, Emmos. señores Cardenales, Excmos. señores Arzobispos y Obispos, Hermanos y hermanas:

Agradezco al Excelentísimo y Reverendísimo señor Don Ricardo Blázquez Pérez, Presidente de la Conferencia Episcopal Española, su invitación a participar en esta sesión inaugural de la nonagésima primera Asamblea Plenaria. Transmito a todos ustedes, a las Iglesias que el Señor les ha encomendado y a todos los presentes, el saludo y la bendición del Santo Padre, a quien tengo el honor de representar en España.

Desde la última Asamblea Plenaria, además de los mensajes del Santo Padre que periódicamente dirige a los fieles para las diferentes jornadas eclesiales, como los destinados a la Jornada Mundial de la Paz, a la Jornada de las Migraciones, para la Cuaresma, para la Jornada del Enfermo, etc., ha habido dos documentos extraordinarios de la

Santa Sede: el primero, la publicación de la Encíclica *Spe salvi*, sobre la que no voy a hacer comentarios, porque ya lo ha hecho el señor Obispo Presidente de la Conferencia Episcopal.

El segundo documento, al cual quiero referirme, es la Nota doctrinal de la Congregación para la Doctrina de la Fe *Acerca de algunos aspectos de la evangelización*, que se hizo pública el día 14 de diciembre. En ella, la Congregación para la Doctrina de la Fe llama la atención sobre la confusión creciente de hoy en día acerca de lo que significa la evangelización, que induce a muchos a desatender y dejar inoperante el mandato misionero del Señor: *Id por todo el mundo y anunciad el Evangelio*. A menudo se piensa que todo intento de convencer a otros en cuestiones religiosas significa limitar la libertad y, por tanto, no se debería anunciar a Cristo a quienes no lo conocen, ni favorecer la adhesión a la Iglesia, pues sería posible salvarse sin un conocimiento explícito de Cristo y sin una incorporación formal a la Iglesia.

El agnosticismo y el relativismo se han introducido también en el ámbito de la evangelización: se desvincula

la libertad humana de su inseparable referencia a la verdad: la legítima pluralidad ha dado paso a un pluralismo indiferenciado, basado en el convencimiento de que todas las doctrinas son igualmente válidas. La verdad, según este pluralismo, se puede manifestar en diversas doctrinas, incluso contradictorias entre sí. De todo ello ha tratado ampliamente la Encíclica *Fides et ratio*.

Yo les invito a que vuelvan a estudiar este precioso documento, que recoge una gran parte de la doctrina de la Iglesia sobre la evangelización, principalmente del Concilio Vaticano II, pero también del Magisterio de Juan Pablo II y de Benedicto XVI. El Papa nos recuerda que “el anuncio y el testimonio del Evangelio son el primer servicio que los cristianos pueden dar a cada persona y a todo el género humano, por estar llamados a comunicar a todos el amor de Dios, que se manifestó plenamente en el único Redentor del mundo, Jesucristo”. Les invito también a que hagan lo posible para que esta Nota doctrinal sea acogida por los sacerdotes y fieles.

En esta Asamblea se renovarán los cargos directivos de casi todos los Órganos de la Conferencia Episcopal Española. Me uniré en la oración a todos ustedes en la misa del Espíritu Santo que celebrarán antes del comienzo de las elecciones para que les ilumine en su la elección de quienes regirán a la Conferencia y la representarán en los próximos tres años.

Agradezco a todos ustedes la colaboración que continuamente me prestan, en particular a quienes han ejercido cargos directivos en la Conferencia Episcopal en este trienio, al mismo tiempo que ofrezco a quienes sean elegidos la disponibilidad completa y cordial de la Nunciatura Apostólica.

Encomiendo a María Santísima, Estrella de la Evangelización, los frutos de esta Asamblea.

Madrid, 3 de marzo de 2008.

***DISCURSO DE APERTURA de
Mons. Ricardo Blázquez, Obispo de
Bilbao, Presidente de la Conferencia
Episcopal***

Queridos hermanos en el episcopado, señoras y señores:

La apertura de la presente Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española me ofrece la oportunidad de saludar a todos Uds. con respeto y afecto. Mi saludo cordial se dirige en primer lugar a los Señores Cardenales, Arzobispos y Obispos, que nos hemos reunido para compartir los gozos y las pruebas del ministerio pastoral, para escuchar los latidos de la Iglesia y de la sociedad, para deliberar sobre las cuestiones que nos ocupan y a veces también preocupan, para decidir juntos lo que a todos nos afecta. Doy la bienvenida a nuestra Asamblea al

Señor Nuncio de Su Santidad, Benedicto XVI, a quien una vez más manifestamos nuestra comunión afectiva y efectiva. Muestro a los colaboradores de la Conferencia Episcopal el reconocimiento por su servicio valioso y paciente. Mi saludo se dirige también a los periodistas a quienes muestro mi respeto y estima; apreciamos su trabajo tan importante para informar a la sociedad y para formar la opinión de los ciudadanos y ciudadanas.

Recuerdo, pidiendo una oración por su descanso eterno, a Mons. Emilio Benavent, Arzobispo castrense emérito, que murió en Málaga el día 4 de enero; a Mons. José Gómez, Obispo dimisionario de Lugo, que falleció el día 10 de enero, a quien poco antes le había sido aceptada la renuncia presentada por razones de edad y nombrado sucesor. Él mismo, en su condición de administrador apostólico, había cursado la invitación para la ordenación episcopal de su sucesor, Mons. Alfonso Carrasco. Igualmente encomendamos al Señor a Mons. Ramón Daumal, Obispo auxiliar emérito de Barcelona, que falleció el día 10 de febrero. ¡Descansen en paz!

Felicito cordialmente a Mons. Juan Antonio Martínez Camino, Secretario General de la Conferencia Episcopal, que recibió la ordenación episcopal como Obispo auxiliar de la diócesis de Madrid el día 19 de enero; a Mons. Alfonso Carrasco, ordenado en la catedral de Lugo el día 9 de febrero; y a

Mons. Mario Iceta, nombrado Obispo auxiliar de la diócesis de Bilbao, que recibirá, D. m., la ordenación episcopal, en Bilbao el día 12 de abril. Manifiesto a los nuevos Obispos, en nombre propio y de los demás Obispos, la acogida fraternal y la bienvenida gozosa a la Conferencia Episcopal.

1.- La Conferencia Episcopal Española

Esta Asamblea Plenaria es especial, ya que en estos días serán renovados casi todos los cargos de la Conferencia. Me ha parecido oportuno aprovechar esta ocasión para recordar el sentido eclesial, las líneas básicas de configuración, las tareas, la experiencia y las aspiraciones de las Conferencias, que, aunque tuvieron su origen en el siglo XIX, fueron constituidas en toda la Iglesia católica por determinación del Concilio Vaticano II.

Fundamenta su existencia, inspira su sentido e impulsa sus trabajos, la realidad riquísima de la comunión eclesial, que es base de las relaciones en la Iglesia. Comunión de cada cristiano con Jesucristo; de todos los cristianos entre sí; de los diversos carismas, vocaciones y servicios; de la Iglesia universal y de las Iglesia locales; de cada comunidad cristiana; de los ministerios sacramentales; de la colegialidad episcopal, que implica el afecto fraternal, la colaboración generosa y la obediencia al Obispo de Roma que como cabeza preside el cuerpo de los Obispos; la mi-

sión encomendada por el Señor debe ser desarrollada en comunión, convirtiéndose de esta manera en “comunión misionera”; la comunión con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, vivida en la misma fe, esperanza y caridad, dentro de la Iglesia impulsa al ecumenismo, a la solidaridad con todos los hombres y mujeres, particularmente con los más necesitados, con los últimos y excluidos, al diálogo interreligioso, a la acogida y hospitalidad cristiana de los inmigrantes, a los trabajos por la justicia, la libertad y la paz en la sociedad y en el mundo. Nuestras tareas como Conferencia tienen una perspectiva apostólica; desde aquí miramos pastoralmente al mundo. La comunión eclesial, desplegada en tantos ámbitos, nace de la gracia de la fe que comporta la gracia de la fraternidad, ya que ser cristiano y ser hermano en el Señor son realidades coincidentes. El que cree no está solo sino dentro de la fraternidad cristiana; ningún Obispo está solo, sino dentro de la colegialidad episcopal.

En la comunión episcopal existe una intuición de fondo: Cada Obispo, por ser pastor de su diócesis que existe en la comunión de las Iglesias, está en comunión con el Papa, cabeza del Colegio Episcopal, y con los demás Obispos sucesores de los apóstoles; y, por tanto, lleva inscrita en el corazón de su ministerio la preocupación por todas las Iglesias (*cf. 2 Co. 11, 26-28*). Esa realidad fundamental inspiró y se abrió cauce en numerosas manifestaciones desde los primeros siglos de la Iglesia.

El afecto que une a los Obispos está marcado por la fraternidad ministerial, por el dinamismo misionero, por la disponibilidad a la “fraterna ayuda a las otras Iglesias, especialmente a las más cercanas y pobres” (*Lumen gentium 23 C*). Y en esta onda de la realización de la fraternidad en el episcopado dirá a continuación el Concilio: “Las Conferencias episcopales prestan hoy una ayuda múltiple y fecunda para que el afecto colegial se traduzca concretamente en la práctica” (*Lumen gentium 23 D*). Refiriéndose a este lugar de la Constitución sobre la Iglesia, escribió su principal redactor y autor de un espléndido comentario muy autorizado teológicamente: “Las Conferencias episcopales están llamadas a un gran porvenir”. El principio que aparece en este párrafo del documento conciliar “está lleno de promesas para un porvenir fecundo. La solidaridad colegial hallará aquí un campo de aplicación tan amplio como importante” (*G. Philips, La Iglesia y su misión en el Concilio Vaticano II, Vol. I, Barcelona 1968, p. 392*). El desarrollo posterior, en medio de la complejidad de la historia, le ha dado sin duda la razón. Estoy convencido de que esta apreciación es compartida por todos.

Cuando se celebró el Vaticano II existía ya en varios países una experiencia positiva de las Conferencias episcopales; recordando esta valoración estimulante y en sintonía con la clave fundamental de la comunión, juzgó el Concilio “muy conveniente que en todas partes los

Obispos del mismo país o región formen una asamblea única y que se reúna en días determinados para comunicarse las luces de la prudencia y de la experiencia, y así el intercambio de pareceres permitirá llegar a una santa concordia de fuerzas, en orden al bien de las Iglesias” (*Christus Dominus* 37).

Debemos agradecer la pronta decisión adoptada por los Obispos españoles de constituir la Conferencia. En una carta colectiva, fechada el mismo día de la clausura del Concilio, es decir el 8 de diciembre de 1965, que dirigen “a los sacerdotes, religiosos y fieles de España”, después de reconocer que “el Concilio ha sido una gracia extraordinaria de Dios”, entre otras acciones, anuncian la siguiente: “Por nuestra parte, y en orden a impulsar el dinamismo de nuestra fe en un plano nacional, podemos ofrecer ya, como primer fruto del Concilio, una reforma estructural: La Conferencia del Episcopado Español, que pronto quedará constituida. Su importancia para el futuro de nuestro catolicismo es muy grande, porque el Concilio ha encomendado a las Conferencias Episcopales la aplicación de muchas de sus determinaciones” (Sobre acción en la etapa posconciliar, 32, en: *Documentos de la Conferencia Episcopal Española 1965-1983* [ed. Jesús Iribarren], Madrid BAC 1984, p. 69). La Conferencia Episcopal prolongaría en nuestro tiempo la colaboración del Episcopado Español, cuyo primer escrito colectivo fue una Carta al Papa en 1839; y sería

la heredera de la Junta de Metropolitanos, constituida en 1921, que celebró su última reunión el día 30 de enero de 1965. Ha sido la Conferencia un instrumento de encuentro y de diálogo fraterno “sin el cual nuestro ministerio, particularmente comprometido y difícil, hubiera sido muy diferente” (Mons. G. Díaz Merchán, cit. por F. Chica Arellano, *Conciencia y misión de la Iglesia. Núcleos eclesiológicos en los documentos de la Conferencia Episcopal Española*, Madrid BAC, 1996, p. 34)

Con la facilidad de las comunicaciones y con la creciente universalización de las cuestiones, es más fácil por una parte y más conveniente por otra que los Obispos se encuentren para experimentar el gozo de la unidad y la solidaridad en las pruebas, para orar juntos, para intercambiar experiencias e ideas, para discernir entre todos los caminos concretos de la misión apostólica en el mundo de hoy, para detectar los problemas de fondo y los desafíos que nos plantean, para alentarnos mutuamente en el ejercicio del ministerio episcopal, para compartir los dones, las interrogaciones y las luces en orden a promover el bien de la Iglesia y el cumplimiento fiel y actual de la misión confiada. Lo que a todos nos afecta debe ser tratado entre todos.

Juan Pablo II en la magnífica Carta apostólica *Novo millennio ineunte* dirigida a la Iglesia al terminar el Año Jubilar y al comenzar el tercer milenio, ha subrayado la vía de la comunión como

fundamental en la misión cristiana: “Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que empieza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo” (n. 43). Un poco más adelante reconoce que “se ha hecho mucho, desde el Concilio Vaticano II, en lo que se refiere a la reforma de la Curia romana, la organización de los Sínodos y el funcionamiento de las Conferencias Episcopales”; y añade: “Pero queda ciertamente aún mucho por hacer para expresar de la mejor manera las potencialidades de estos instrumentos de la comunión, particularmente necesarios hoy ante la exigencia de responder con prontitud y eficacia a los problemas que la Iglesia tiene que afrontar en los cambios tan rápidos de nuestro tiempo” (n. 44). Los espacios de comunión han de ser cultivados a todos los niveles en el entramado de la Iglesia.

La exhortación apostólica postsinodal *Pastores gregis*, publicada por Juan Pablo II teniendo en cuenta las Proposiciones y en general todo el trabajo de la Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos “sobre el Obispo, servidor del Evangelio de Jesucristo para la esperanza del mundo”, celebrada del día 30 de septiembre al 27 de octubre del año 2001, insisten en la misma necesidad pastoral: “En el nuevo siglo debemos valorar y desarrollar los ámbitos y los instrumentos que sirven para asegurar y garantizar

la comunión entre los Obispos y entre las Iglesias” (n. 59). Y, convencido de que las asambleas de los Obispos son un instrumento válido para expresar y poner en práctica el espíritu colegial, afirma que “se han de revalorizar aún más las Conferencias episcopales en todas sus potencialidades” (n. 63). En el mismo lugar recoge el Papa la experiencia adquirida y acumulada en las Conferencias con palabras de la Carta apostólica en forma de “*Motu proprio Apostolos suos* (21 de mayo de 1998): «(Las Conferencias episcopales) se han desarrollado notablemente y han asumido el papel de órgano preferido por los Obispos de una nación o de un determinado territorio para el intercambio de puntos de vista, la consulta recíproca y la colaboración a favor del bien común de la Iglesia: “se han constituido en estos años en una realidad concreta, viva y eficiente en todas las partes del mundo”. Su importancia obedece al hecho de que contribuye eficazmente a la unidad entre los Obispos y, por tanto, a la unidad de la Iglesia, al ser un instrumento muy válido para afianzar la comunión eclesial».

Las Conferencias episcopales tienen su lugar propio y su sentido particular, y dentro de estas coordenadas cumplen su inestimable ayuda a las Iglesias; identidad y misión también aquí se corresponden. En efecto, las Conferencias con sus diferentes comisiones y organismos están al servicio de los Obispos en sus diócesis; y, por supuesto, no constituyen “una estruc-

tura intermedia entre la Sede Apostólica y cada uno de los Obispos” (*Pastores gregis* 63. *Apostolos suos* 18). Para comprender el alcance de las Conferencias es muy instructivo recordar dónde las sitúa el Decreto conciliar *Christus Dominus* sobre la función pastoral de los Obispos en la Iglesia. Después de desarrollar en sendos capítulos las relaciones constitutivas de los Obispos con el Colegio episcopal y la Sede apostólica (cap. I), y de los Obispos con sus Iglesias particulares (cap. II), trata sobre la cooperación de los Obispos al bien común de varias Iglesias (cap. III) en que tienen su cabida y significado las Conferencias episcopales.

La Iglesia, como se deduce de los documentos citados, hace un balance positivo de la vida de las Conferencias episcopales y quiere promoverlas, respetando éstas por supuesto su naturaleza, estructura, competencia y cooperación posible de unas con otras, como se concreta en el Código de Derecho Canónico (cánones 447-459) y en los correspondientes Estatutos. Exhorta a que se intensifique la espiritualidad de comunión, que es como el alma de los organismos de corresponsabilidad en sintonía con la inspiración evangélica de la fraternidad, y a que la comunión se haga comunicación auténtica al servicio de la misión recibida del Señor. Subrayar en la Iglesia la responsabilidad de la persona no es abrir la puerta al individualismo; ni subrayar la comunión atenta contra la responsabilidad personal. Persona y comunidad no

crecen en proporción inversa, es decir, la una a costa de la otra, sino que se afirman y desarrollan en proporción directa, es decir, reforzándose mutuamente. Mantener al mismo tiempo estas dimensiones de la relación exige no sólo una educación adecuada y un respeto generoso de la participación, sino también el descubrimiento incesante del misterio de la Iglesia y su animación por el Espíritu de Jesucristo.

La comunión eclesial y la colegialidad episcopal son realidades vivas y dinámicas, que marcan profundamente la existencia entera de cada cristiano y de cada Obispo. “Toda acción del Obispo realizada en el ejercicio del propio ministerio pastoral es siempre una acción realizada en el Colegio” (*Pastores gregis* 59). La actividad pastoral en general, el ejercicio del magisterio, la espiritualidad del Obispo, la manera de tomar las decisiones están impregnados por el “afecto colegial”. Este espíritu colegial, que es como la repercusión en cada Obispo del hecho básico de ser miembro del Colegio episcopal, es el “el alma de la colaboración entre los Obispos, tanto en el campo regional, como en el nacional o internacional” (Asamblea General Extraordinaria del Sínodo de los Obispos celebrada en 1985, que fue concluida en la fiesta de la Inmaculada Concepción de la Virgen María a los veinte años de la clausura del Concilio, Relación final II, C, 4).

Las Conferencias episcopales desarrollan su importante función en

diversos campos ministeriales: Transmisión de la doctrina de la Iglesia teniendo en cuenta las condiciones de la vida del país, iniciativas comunes en el ámbito caritativo y social, creación de servicios que cada diócesis no puede crear y sostener, relación con las autoridades civiles comunes, colaboración con otras Iglesias, etc. (Cfr. *Directorio para el Ministerio Pastoral de los Obispos. "Apostolorum Succesores", nn. 28 y 30*). Este trabajo, llevado a cabo con la colaboración diaria de quienes han recibido el encargo de la Conferencia para atender un área particular, con el asesoramiento y la ayuda de expertos cualificados, es realmente inmenso. A todos, en nombre de la Conferencia Episcopal, manifiesto públicamente nuestro agradecimiento y el de la Iglesia en general.

Lo que nos mueve en los quehaceres pastorales es indudablemente el amor y la obediencia a nuestro Señor Jesucristo, la transmisión del Evangelio que es al mismo tiempo palabra de verdad y fuerza de salvación, el servicio a los fieles que nos han sido confiados, el cumplimiento de la misión recibida del Señor para ser pastores en nuestro tiempo y en este mundo. Es verdad que en la verificación de "la fe, el consensus Ecclesiae no se da por el cómputo de los votos, sino que es el resultado de la acción del Espíritu, alma de la única Iglesia de Cristo" (*Pastores gregis* 58). Pero por lo mismo podemos suponer confiadamente que si discurre la vida de la Iglesia dentro de adecuadas co-

ordenadas cristianas y ministeriales, la voluntad de Dios puede manifestarse también por ese procedimiento.

En nuestras asambleas episcopales se cumple, a mi modo de ver, la significación literal de la palabra "conferencia", es decir de reunión para conferenciar y conferir entre todos. En el tratamiento y discusión de los temas cada Obispo interviene con respeto y libertad, y con respeto y atención es escuchado. Dando vueltas a las cosas, en una especie de forcejeo por llegar al fondo de la cuestión abordada, por ver claro, por analizar con rigor, por formular con exactitud, cada uno aporta su personal perspectiva. Las diferentes apreciaciones van confluyendo en la deliberación común de quienes comparten solidariamente la misión pastoral.

La renovación de los cargos, que tendrá lugar durante la presente Asamblea Plenaria, nos invita a recordar por qué nacieron las Conferencias episcopales, cuál ha sido su recorrido y qué función tienen encomendada. Contar con este ámbito de encuentro e instrumento de comunión es indudablemente un don de Dios.

2.- Encíclica del Papa sobre la esperanza.

El día 30 de noviembre de 2007 firmó el Papa, Benedicto XVI, su segunda encíclica que trata sobre la esperanza cristiana, conocida como es habitual por las primeras palabras en latín: "*Spe*

salvi” (“en esperanza fuimos salvados” [*Rom 8, 24*]). Es un documento muy rico, que merece la pena ser leído y releído, ser meditado y comentado; cuando nos envuelve una abundancia desbordante de escritos, no es fácil descubrir cuáles deben ocupar sosegadamente nuestra atención y de cuáles podemos prescindir sin perder gran cosa; la limitación del tiempo nos obliga a ejercitar esta especie de discernimiento de lecturas si no queremos perder el norte. Permítanme que subraye algunos aspectos de esta preciosa encíclica.

El Papa ha tomado como clave y núcleo para exponer en qué consiste la esperanza cristiana un versículo de la carta a los Efesios (2,12). En este lugar, san Pablo dirigiéndose a los cristianos de Éfeso compara la situación en que se encontraban antes de recibir el Evangelio y la situación en que se hallan por la fe en Jesucristo: «Recordad cómo en otro tiempo estabais excluidos de la ciudadanía de Israel y lejos de la esperanza mesiánica, “sin esperanza y sin Dios en el mundo”; pero ahora en Jesucristo estáis cerca, sois fieles de Dios y partícipes de la esperanza (cf. *Ef 2, 11-13*)». Aunque hubieran dado culto a sus dioses, no brotaba de su religión esperanza, ya que los ídolos no pueden salvar. «Antes del encuentro con Cristo, los Efesios estaban sin esperanza, porque estaban en el mundo “sin Dios”. Llegar a conocer a Dios, al Dios verdadero, eso es lo que significa recibir esperanza» (*Spe salvi 3. Cf. 2*).

Esta clave reaparece en momentos decisivos de la encíclica. “Digámoslo ahora de manera muy sencilla: el hombre necesita a Dios, de lo contrario queda sin esperanza. Visto el desarrollo de la edad moderna, la afirmación de san Pablo citada al principio (*Ef 2,12*) se demuestra muy realista y simplemente verdadera” (n. 23). «Quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene la vida (cf. *Ef 2,12*). La verdadera, la gran esperanza del hombre que resiste a pesar de todas las desilusiones, sólo puede ser Dios, el Dios que nos ha amado y que nos sigue amando “hasta el extremo”, “hasta el total cumplimiento” (cf. *Jn 13, 1; 1930*)» (n. 27 Cf. 31. Más adelante en el n. 44 escribe: “La protesta contra Dios en nombre de la justicia no vale. Un mundo sin Dios es un mundo sin esperanza (cf. *Ef 2,12*). Sólo Dios puede crear justicia. Y la fe nos da esta certeza: Él la hace. La imagen del Juicio final no es en primer lugar una imagen terrorífica, sino una imagen de esperanza”).

Aunque el Papa relaciona tan estrechamente la fe en Dios y la esperanza, no juzga en concreto a nadie, sea cristiano, miembro de otras religiones, agnóstico o ateo, ya que sólo Dios, que con su mirada penetra hasta el corazón, conoce la fe y la esperanza de cada uno, su búsqueda honrada de la verdad y del bien (cf. Anáforas eucarísticas I y IV). El Papa enjuicia doctrinas y movimientos, ideas y orientaciones históricas, no personas.

La esperanza cristiana, que brota de la fe en Dios Padre revelado en Jesucristo muerto y resucitado, y que ha sido derramada por el Espíritu Santo en nuestros corazones (*cf. Rom 5,5*), es una esperanza salvadora, ya que nos otorga algo de lo que esperamos, el futuro esperado se va anticipando. El mensaje cristiano no es sólo informativo sino también “performativo”, ya que sitúa existencialmente a las personas y en la medida en que lo aceptamos cambia la vida. La fe confiere a la vida una base nueva y un nuevo fundamento, ya que Dios es la Roca, el Origen y la Meta. La esperanza cristiana es “performativa”, es decir no sólo notifica sino también transforma a los hombres y mujeres en personas de esperanza. La esperanza no pasa de ser una ilusión, si no se muestra en la vida concreta otorgando serenidad, gozo, paciencia en las pruebas, perseverancia en los trabajos, determinación para afrontar el futuro como una responsabilidad puesta en nuestras manos. La esperanza que no es operativa no pasa de ser un deseo. Porque estamos salvados germinalmente en esperanza y por la esperanza, ha introducido con gran acierto el Papa en esta encíclica referencias a personas concretas de la historia de la Iglesia, en cuya existencia, en medio de las oscuridades tremendas que pudieron envolverlas, ha brillado con fuerza la luz de la esperanza. Con palabras del Papa: “Las verdaderas estrellas de nuestra vida son las personas que han sabido vivir rectamente. Ellas son luces de esperanza. Jesucristo es ciertamente la luz por anto-

nomasia, el sol que brilla sobre todas las tinieblas de la historia. Pero para llegar a Él necesitamos también las luces cercanas, personas que dan luz reflejando la luz de Cristo, ofreciendo así orientación para nuestra travesía” (n. 49). Así como la Carta a los Hebreos recuerda a la “nube de testigos” que nos alientan en el camino de la fe (*cf. 11, 1-12, 1. Cf. Eclo 44-50*), de manera semejante recuerda el Papa a testigos eminentes de la esperanza cristiana, que debe caracterizar a los que creemos en Jesucristo (*cf. 1 Tes. 4, 13*). Entre los testigos de la fe emerge santa María la Virgen Madre de Dios, que es invocada como “estrella de la esperanza” (n. 49). A lo largo de la “encíclica”, es decir, de esta carta “circular”, dirigida por el Papa a todos los cristianos que moran en la redondez de la tierra y en el orbe católico, al tiempo que ejerce su autorizado magisterio, avala con testigos luminosos la esperanza cristiana. Son impresionantes el testimonio personal y su irradiación en el mundo de hombres y mujeres como san Agustín, san Benito y san Bernardo, san Francisco de Asís, el mártir vietnamita Pablo Le-Bao-Thin (+ 1857), santa Josefina Bakhita, Cardenal Nguyen Van Thuan. El haber introducido en la encíclica el testimonio esperanzado y esperanzador de estos eminentes cristianos está en conexión con la naturaleza “performativa”, es decir, transformadora de la esperanza cristiana a que aludimos antes.

Nos detenemos en dos ejemplos admirables: Santa Josefina Bakhita y

el Cardenal Nguyen Van Thuan. Josefina Bakhita, que había nacido en Sudán a mediados del siglo XIX, fue canonizada por el Papa, Juan Pablo II. Su vida sobrecoge por los incontables sufrimientos y humillaciones que nos hace recordar a tantos niños y niñas también de hoy. A los nueve años fue secuestrada por traficantes de esclavos, golpeada y vendida cinco veces en los mercados de Sudán. Después de peripecias inimaginables, conoció en Italia a Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo. Así describe el Papa en una página impresionante el cambio experimentado por Bakhita: Hasta que conoció al Dios de Jesucristo, «sólo había conocido dueños que la despreciaban y maltrataban o, en el mejor de los casos, la consideraban una esclava útil. Ahora, por el contrario, oía decir que había un “Paron”, (es decir, Dueño, en el dialecto veneciano) por encima de todos los dueños, el Señor de todos los señores, y que este Señor es bueno, la bondad en persona. Se enteró de que este Señor también la conocía, que la había creado también a ella; más aún, que la quería. También ella era amada, y precisamente por el “Paron” supremo, ante el cual todos los demás no son más que míseros siervos. Ella era conocida y amada, y era esperada. Incluso más: Este Dueño había afrontado personalmente el destino de ser maltratado y ahora la esperaba “a la derecha de Dios Padre”. En este momento tuvo “esperanza”; no sólo la pequeña esperanza de encontrar dueños menos crueles, sino la gran esperanza: yo soy definitivamente amada,

suceda lo que suceda; este gran Amor me espera. Por eso mi vida es hermosa. A través del conocimiento de esta esperanza ella fue “redimida”, ya que no se sentía esclava, sino hija libre de Dios» (n. 3). (Cf. *Giuseppina Bakhita,, Il cuore ci martellava nel petto. Il diario di una schiava divenuta santa, [ed. por R. Italo Zanini], Ed. San Pablo, Cinisello Balsamo [Milán] 2004*).

El ejemplo del Cardenal F.-J. Nguyen Van Thuan, nacido en Vietnam en 1928 y fallecido en Roma el año 2002, es aducido por el Papa cuando en la encíclica enseña que la oración es “escuela de esperanza”, donde se aprende y ejercita. “Un lugar primero y esencial de aprendizaje de la esperanza es la oración. Cuando ya nadie me escucha, Dios todavía me escucha. Cuando ya no puedo hablar con ninguno, ni invocar a nadie, siempre puedo hablar con Dios... Si me veo relegado a la extrema soledad...; el que reza nunca está totalmente solo” (n. 32). Durante los trece años pasados en la cárcel, en una situación humanamente insoportable y desesperante, la comunicación con Dios fue para Van Thuan fuente inagotable de esperanza. La narración directa y libre de resentimiento ha sido un testimonio impresionante de la fuerza de la fe, de la oración y de la esperanza (cf. *F.-J. Nguyen Van Thuan, Preghiere di speranza. Tredici anni in carcere, Ed. San Pablo, Cinisello Balsamo [Milán] 2ª ed. 2007*).

A través de estos testigos radiantes de la esperanza cristiana comprendemos

mejor otras perspectivas de la encíclica: La esperanza no es individualista sino un servicio ofrecido a los demás; la esperanza, cuya plenitud salvífica acontece más allá de la muerte, tiene aquí y ahora, en medio del mundo y en el camino de la historia, su incidencia. De la esperanza de las “personas tocadas por Cristo ha brotado una esperanza para otros que vivían en la oscuridad y sin esperanza” (n. 8). La esperanza cristiana es radicalmente servicial porque se nutre del encuentro con Jesús, Hijo de Dios y servidor de todos. «La relación con Jesús es una relación con Aquel que se entregó a sí mismo en rescate por nosotros (cf. *1 Tim 2,6*). Estar en comunión con Jesucristo nos hace participar en su ser “para todos”, hace que éste sea nuestro modo de ser. Nos comprometemos a favor de los demás, pero sólo estando en comunión con Él podemos realmente llegar a ser para los demás, para todos» (n. 28). La gran esperanza que viene de Dios nos convierte «en ministros de la esperanza para los demás: la esperanza en sentido cristiano es siempre esperanza para los demás. Y es esperanza activa, con la cual luchamos para que las cosas no acaben en un “final perverso” (E. Kant). Es también esperanza activa en el sentido de que mantenemos el mundo abierto a Dios. Sólo así permanece también como esperanza verdaderamente humana» (n. 34). Desde su misma entraña, la fe, la esperanza y la caridad, que nos unen particularmente con Dios a través de Jesucristo, son generadoras de fraternidad y de solidaridad.

La esperanza cristiana es un servicio inestimable a un mundo que se siente amenazado por la oscuridad que discurre entre la nada del comienzo y la nada de la meta (cf. n. 2). De las fuentes de la esperanza cristiana manan también obras de la Iglesia tan generosas como Cáritas y Manos Unidas.

Termino invitando a la lectura y relectura reposadas de la encíclica *Spe salvi*, “salvados por la esperanza”. Para formarnos un juicio fundado y responsable, nada puede sustituir a la lectura personal; el esfuerzo es abundantemente compensado.

3.- Sobre el discurso que no pudo pronunciar Benedicto XVI

El día 17 de enero hubiera pronunciado personalmente el Papa un discurso en la universidad La Sapienza de Roma, que por dificultades conocidas otro leyó en su lugar. En este excelente discurso abordó de nuevo la búsqueda de la verdad, profundizando en las relaciones entre la razón y la fe, que es una cuestión recurrente en las intervenciones de Benedicto XVI y que responde a una necesidad de nuestro tiempo: No es bueno para el hombre, para el futuro de la humanidad y para el diálogo interreligioso, si la razón recorta las dimensiones, la anchura y la profundidad, en la búsqueda de la verdad. Razón y fe se necesitan mutuamente para que cada una realice su misión en beneficio del mismo hombre. Si la persona confina con el misterio, no puede

su razón desistir de plantearse aspectos de su existencia que van más allá de lo funcional e instrumental, matemático y experimental. Fe y razón deben caminar juntas, respetándose mutuamente y enriqueciéndose en reciprocidad. La fe purifica a la razón en la búsqueda de la verdad y la fortalece para abrazarla decididamente; la razón, por su parte, impide que la fe se repliegue en la privacidad y amplía su capacidad de comunicación. La Iglesia, que desde el principio fue amiga de la inteligencia y solícita de los pobres, continúa comprometida en el amor a la verdad y en el servicio a los hombres y mujeres, particularmente a los más necesitados.

¿Qué había escrito el Papa en el discurso que suscitó un entusiasta, unánime y larguísimo aplauso del auditorio? Benedicto XVI se situó sin esfuerzo en el marco de la universidad, que “está ligada exclusivamente a la autoridad de la verdad”, cuyo “íntimo origen está en el anhelo de saber propio del hombre”, que quiere conocer todo lo que le rodea, que quiere verdad. Conectó en el discurso el ministerio del pastor de la Iglesia con la razón de ser y el sentido de la universidad.

Con estas palabras explica su presencia en la universidad: “¿Qué tiene que hacer o que decir el Papa en la universidad? Ciertamente no debe tratar de imponer a otros de forma autoritaria la fe que sólo puede ofrecerse en libertad. Más allá de su ministerio de pastor en la Iglesia y sobre la base de la naturale-

za intrínseca de dicho ministerio pastoral, es su misión mantener despierta la sensibilidad a la verdad e invitar una y otra vez a la razón a salir en busca de la verdad, del bien, de Dios”. Y antes había alertado de un riesgo actual: “El peligro para el mundo occidental –por ceñirnos a éste- estriba hoy en que el hombre, precisamente debido a la grandeza de su saber y poder, se rinda ante la cuestión de la verdad. Y ello significa al mismo tiempo que la razón, al final, claudica ante la presión de los intereses y la atracción de la utilidad que se ve obligada a reconocer como criterio último”. Por eso, exhorta el Papa a ejercitar la valentía en la búsqueda y reconocimiento de la verdad.

Utiliza el papa una expresión tomada de Jürgen Habermas, que señala, entre otros presupuestos de la legalidad, la forma razonable con que se resuelven los conflictos políticos; esta forma razonable se caracteriza por un “procedimiento argumental sensible a la verdad”. La propensión de la razón a la verdad, la sensibilidad a la verdad, reivindicada por Habermas, introduce el concepto de verdad en las cuestiones éticas.

Desde otra perspectiva, había incidido el papa sobre lo mismo en el Mensaje para la celebración de la Jornada Mundial de la Paz, al afirmar que la norma jurídica, que regula las relaciones de las personas entre sí, tiene como criterio la norma moral basada en la naturaleza de las cosas, que la razón humana es capaz de discernir. El hombre,

“aunque sea con perplejidades e incertidumbres, puede llegar a descubrir, al menos en sus líneas esenciales, esta ley moral común que, por encima de las diferencias culturales, permite que los seres humanos se entiendan entre ellos sobre los aspectos más importantes del bien y del mal, de lo justo e injusto. De hecho, los valores contenidos en la ley natural están presentes, aunque de manera fragmentada y no siempre coherente, en los acuerdos internacionales, en las formas de autoridad reconocidas universalmente, en los principios del derecho humanitario recogido en las legislaciones de cada Estado o en los estatutos de los Organismos internacionales” (n. 13). Merece, en este contexto un recuerdo particular la Declaración Universal de los Derechos Humanos, cuyo sesenta aniversario se cumple este año el día 10 de diciembre. Esta Declaración es un hito muy importante en el itinerario ético de la humanidad.

En los siguientes términos se ha expresado el *Compendio de la doctrina*

social de la Iglesia, (Madrid 2005), n. 388: “En los derechos humanos están condensadas las exigencias morales y jurídicas que debe presidir la construcción de la comunidad política. Éstos constituyen una norma objetiva que es el fundamento del derecho positivo”. Custodiar y promover la dignidad de la persona es el norte de la humanidad en sus proyectos y leyes; emplear las mejores energías intelectuales en la búsqueda de la ley fundamental y en el diálogo sobre las cuestiones nuevas que aparezcan son tareas primordiales.

El Papa invitó en la universidad Sapienza a reconocer a la búsqueda de la verdad el lugar que le corresponde en el camino de la humanidad; la Iglesia ha prestado en la historia y quiere seguir prestando hoy su colaboración en esta ingente tarea.

Termino mis palabras, reiterando a todos mi saludo cordial.

LA CEE EN EL TRIENIO 2008-2011 **Presidencia**

Presidente: Cardenal Antonio M^a Rouco Varela, Arzobispo de Madrid

Vicepresidente: Mons. D. Ricardo Blázquez Pérez, Obispo de Bilbao

Secretario General: Mons. D. Juan Antonio Martínez Camino. S.J. Obispo auxiliar de Madrid

Los cardenales miembros de la CEE en activo y con cargo en las diócesis forman el Consejo de Presidencia de la misma.

Cardenal Antonio María Rouco Varela, Arzobispo de Madrid

Cardenal Carlos Amigo Vallejo, Arzobispo de Sevilla

Cardenal Antonio Cañizares Llovera, Arzobispo de Toledo

Cardenal Agustín García-Gasco Vicente, Arzobispo de Valencia

Cardenal Lluís Martínez Sistach, Arzobispo de Barcelona

Comité Ejecutivo

Cardenal Antonio María Rouco Varela, Arzobispo de Madrid

Cardenal Antonio Cañizares Llovera, Arzobispo de Toledo

Cardenal Lluís Martínez Sistach, Arzobispo de Barcelona

Cardenal Carlos Amigo Vallejo, Arzobispo de Sevilla

Mons. D. Carlos Osoro Sierra, Arzobispo de Oviedo

Mons. D. Ricardo Blázquez Pérez, Obispo de Bilbao

Mons. D. Juan Antonio Martínez Camino. S.J. Obispo auxiliar de Madrid

Comisión Permanente

Son miembros natos de la misma los siete miembros del Comité Ejecutivo y los catorce Presidentes de las Comisiones Episcopales. Los estatutos precisan que formará parte de la Permanente el Metropolitano de aquella Provincia eclesiástica que no tenga, por otro título, alguno de sus miembros en la Comisión Permanente. Durante el trienio 2008-2011 son miembros los representantes de las Provincias Eclesiásticas de Tarragona y Valladolid.

Los miembros elegidos por la Asamblea Plenaria son:

Presidente de la C. E. de Apostolado Seglar: Mons. D. Julián Barrio Barrio, Arzobispo de Santiago de Compostela

Presidente de la C.E. del Clero: Mons. D. José Vilaplana Blasco, Obispo de Huelva

Presidente de la C.E. para la Doctrina de la Fe: Cardenal Agustín García-Gasco Vicente, Arzobispo de Valencia

Presidente de la C.E. de Enseñanza y Catequesis: Mons. D. Casimiro López Llorente, Obispo de Segorbe-Castellón

Presidente de la C.E. de Liturgia: Mons. D. Julián López Martín, Obispo de León
Presidente de la C.E. de Medios de Comunicación Social: Mons. D. Juan del Río Martín, Obispo de Jerez

Presidente de la C.E. de Migraciones: Mons. D. José Sánchez González, Obispo de Sigüenza-Guadalajara

Presidente de la C.E. de Misiones: Mons. D. Ramón del Hoyo López, Obispo de Jaén
Presidente de la C.E. de Pastoral: Mons. D. Jesús E. Catalá Ibáñez, Obispo de Alcalá de Henares

Presidente de la C.E. de Pastoral Social: Mons. D. Santiago García Aracil, Arzobispo de Mérida-Badajoz

Presidente de la C.E. de Patrimonio Cultural: Mons. D. Juan José Asenjo Pelegrina, Obispo de Córdoba

Presidente de la C.E. de Relaciones Interconfesionales: Mons. D. Adolfo González Montes, Obispo de Almería

Presidente de la C.E. de Seminarios y Universidades: Mons. D. Josep Àngel Sáiz Meneses, Obispo de Terrassa

Presidente de la C. E. para la Vida Consagrada: Mons. D. Jesús Sanz Montes, Obispo de Huesca y de Jaca

Metropolitanos Provincias Eclesiásticas:

En representación de la Provincia Eclesiástica de Tarragona: Mons. D. Jaume Pujol Balcells, Arzobispo de Tarragona

En representación de la Provincia Eclesiástica de Valladolid: Mons. D. Braulio Rodríguez Plaza, Arzobispo de Valladolid

COMISIONES EPISCOPALES

C. E. de Apostolado Seglar

Presidente

Mons. D. Julián Barrio Barrio, Arzobispo de Santiago de Compostela

Vicepresidente

Mons. D. Juan Antonio Reig Plà, Obispo de Cartagena

Miembros

Mons. D. Francisco Gil Hellín, Arzobispo de Burgos

Mons. D. Antonio Algora Hernando, Obispo de Ciudad Real

Mons. D. Francisco Cases Andreu, Obispo de Canarias Mons. D. Atilano Rodríguez Martínez, Obispo de Ciudad Rodrigo

Mons. D. Vicente Juan Segura, Obispo de Ibiza Mons. D. Manuel Sánchez Monge, Obispo de Mondoñedo-Ferrol Mons. D. José Ignacio Munilla Aguirre, Obispo de Palencia Mons. D. Francisco Cerro Chaves, Obispo de Coria-Cáceres

C. E. del Clero

Presidente

Mons. D. José Vilaplana Blasco, Obispo de Huelva

Miembros

Mons. D. Juan María Uriarte Goiricelaya, Obispo de San Sebastián

Mons. D. Antonio Ceballos Atienza, Obispo de Cádiz y Ceuta

Mons. D. Bernardo Álvarez Afonso, Obispo de Tenerife

Mons. D. José Delicado Baeza, Arzobispo Emérito de Valladolid

C. E. para la Doctrina de la Fe

Presidente

Cardenal Agustín García-Gasco Vicente, Arzobispo de Valencia

Miembros

Mons. D. Javier Martínez Fernández, Arzobispo de Granada

Mons. D. Juan Antonio Reig Pla, Obispo de Cartagena

Mons. D. César Franco Martínez, Obispo Auxiliar de Madrid

Mons. D. Jesús García Burillo, Obispo de Ávila

Mons. D. Luis Quintero Fiuza, Obispo de Ourense

Mons. D. Jesús Sanz Montes, Obispo de Huesca y Jaca

Mons. D. Enrique Benavent Vidal, Obispo Auxiliar de Valencia

Mons. D. Demetrio Fernández González, Obispo de Tarazona

Mons. D. José María Yanguas Sanz, Obispo de Cuenca

Mons. D. Alfonso Carrasco Rouco, Obispo de Lugo

C. E. de Enseñanza y Catequesis

Presidente

Mons. D. Casimiro López Llorente, Obispo de Segorbe-Castellón

Vicepresidente

Mons. D. Javier Salinas Viñals, Obispo de Tortosa

Miembros

Mons. D. Jaume Pujol Balcells, Arzobispo de Tarragona

Mons. D. Manuel Ureña Pastor, Arzobispo de Zaragoza

Mons. D. Antonio Dorado Soto, Obispo de Málaga

Mons. D. Fidel Herráez Vegas, Obispo Auxiliar de Madrid

Mons. D. Amadeo Rodríguez Magro, Obispo de Plasencia

Mons. D. Ángel Rubio Castro, Obispo de Segovia

Mons. D. Salvador Giménez Vals, Obispo Auxiliar de Valencia

Mons. D. Gregorio Martínez Sacristán Obispo de Zamora

Mons. D. Elías Yanes Álvarez, Arzobispo Emérito de Zaragoza

Mons. D. José Manuel Estepa Llaurens, Arzobispo Emérito Castrense

C. E. de Liturgia

Presidente

Mons. D. Julián López Martín, Obispo de León

Miembros

Mons. D. Braulio Rodríguez Plaza, Arzobispo de Valladolid

Mons. D. Carmelo Borobia Isasa, Obispo Auxiliar de Toledo

Mons. D. Jesús Murgui Soriano, Obispo de Mallorca

Mons. D. Rosendo Álvarez Gastón, Obispo Emérito de Almería

Mons. D. Pere Tena Garriga, Obispo Auxiliar Emérito de Barcelona

C. E. de Medios de Comunicación Social

Presidente

Mons. D. Juan del Río Martín, Obispo de Jerez de la Frontera

Miembros

Mons. D. Joan Enric Vives Sicilia, Obispo de Urgell

Mons. D. Juan Piris Frígola, Obispo de Menorca

Mons. D. Raúl Berzosa Martínez, Obispo de Auxiliar Oviedo

Mons. D. Antonio Montero Moreno, Arzobispo Emérito de Mérida-Badajoz

C. E. de Migraciones

Presidente

Mons. D. José Sánchez González, Obispo de Sigüenza-Guadalajara

Miembros

Mons. D. Antonio Dorado Soto, Obispo de Málaga

Mons. D. Ciriaco Benavente Mateos, Obispo de Albacete

Mons. D. Luis Quintero Fiuza, Obispo de Ourense

Mons. D. Ignacio Noguer Carmona, Obispo Emérito de Huelva

C. E. de Misiones y Cooperación entre las Iglesias

Presidente

Mons. D. Ramón del Hoyo López, Obispo de Jaén

Miembros

Mons. D. Francisco Pérez González, Arzobispo de Pamplona

Mons. D. Miguel Asurmendi Aramendía, Obispo de Vitoria

Mons. D. Camilo Lorenzo Iglesias, Obispo de Astorga

Mons. D. Amadeo Rodríguez Magro, Obispo de Plasencia

C. E. de Pastoral

Presidente

Mons. D. Jesús E. Catalá Ibáñez, Obispo de Alcalá de Henares

Miembros

Mons. D. Rafael Palmero Ramos, Obispo de Orihuela-Alicante

Mons. D. Carlos Soler Perdigó, Obispo de Girona

Mons. D. Esteban Escudero Torres, Obispo Auxiliar de Valencia

Mons. D. Joaquín M^a López de Andújar y Cánovas del Castillo, Obispo de Getafe

C. E. de Pastoral Social

Presidente

Mons. D. Santiago García Aracil, Arzobispo de Mérida-Badajoz

Miembros

Mons. D. Ciriaco Benavente Mateos, Obispos de Albacete

Mons. D. Alfonso Milián Sorribas, Obispo de Barbastro-Monzón

Mons. D. Vicente Jiménez Zamora, Obispo de Santander

Mons. D. Ramón Echarren Ystúriz, Obispo Emérito de Canarias

C. E. para el Patrimonio Cultural

Presidente

Mons. D. Juan José Asenjo Pelegrina, Obispo de Córdoba

Miembros

Mons. D. Carmelo Borobia Isasa, Obispo Auxiliar de Toledo

Mons. D. Juan García Santacruz Ortiz, Obispo de Guadix

Mons. D. Jaume Traserra Cunillera, Obispo de Solsona

Mons. D. Demetrio Fernández González, Obispo de Tarazona

Mons. D. Antonio Vilaplana Molina, Obispo Emérito de León

Mons. D. Felipe Fernández García, Obispo Emérito de Tenerife

C. E. de Relaciones Interconfesionales**Presidente**

Mons. D. Adolfo González Montes, Obispo de Almería

Miembros

Mons. D. José Diéguez Reboredo, Obispo de Tui-Vigo

Mons. D. César Franco Martínez, Obispo Auxiliar de Madrid

Mons. D. Román Casanova Casanova, Obispo de Vic

C. E. de Seminarios y Universidades**Presidente**

Mons. D. Josep Àngel Sáiz Meneses, Obispo de Terrassa

Vicepresidente

Mons. D. Agustín Cortés Soriano, Obispo de Sant Feliú de Llobregat

Miembros

Mons. D. Jaume Pujol Balcells, Arzobispo de Tarragona

Mons. D. Esteban Escudero Torres, Obispo Auxiliar de Valencia

Mons. D. José Manuel Lorca Planes, Obispo de Teruel y Albarracín

Mons. D. Enrique Benavent Vidal, Obispo Auxiliar de Valencia

Mons. D. Rafael Zornoza Boy, Obispo Auxiliar de Getafe

Mons. D. José María Yanguas Sanz, Obispo de Cuenca

Mons. D. Alfonso Carrasco Rouco, Obispo de Lugo

C. E. para la Vida Consagrada**Presidente**

Mons. D. Jesús Sanz Montes, Obispo de Huesca y Jaca

Miembros

Mons. D. Jesús García Burillo, Obispo de Ávila

Mons. D. Ángel Rubio Castro, Obispo de Segovia

Mons. D. Demetrio Fernández González, Obispo de Tarazona

Mons. D. Manuel Sánchez Monge, Obispo de Mondoñedo-El Ferrol

Mons. D. Francisco Cerro Cháves, Obispo de Coria-Cáceres

Otros cargos de la CEE

Estos otros cargos de la CEE no tienen límite estatutario de tiempo

Presidentes de Subcomisiones Episcopales

Catequesis: Mons. D. Javier Salinas Viñalsm, Obispo de Tortosa

Familia y Defensa de la Vida: Mons. D. Juan A. Reig Pla, Obispo de Cartagena

Universidades: Mons. D. Agustín Cortés Soriano, Obispo de San Feliu de Llobregat

Junta Episcopal de Asuntos Jurídicos

Presidente: Mons. D. Carlos López Hernández, Obispo de Salamanca

Miembros: Mons. D. Casimiro López Llorente, Obispo de Segorbe-Castellón

Mons. D. Vicente Juan Segura, Obispo de Ibiza

Mons. D. Raúl Berzosa Martínez, Obispo Auxiliar de Oviedo

Consejo de Economía

Presidente: Presidente de la CEE (miembro nato) Cardenal Antonio M^a Rouco Varela

Arzobispo de Madrid

Miembros: Secretario General de la CEE (miembro nato) Mons. D. Juan Antonio Martínez Camino, S.J. Obispo auxiliar de Madrid

Mons. D. Antonio Algora Hernando, Obispo de Ciudad Real

Mons. D. Rafael Palmero Ramos,

Obispo de Orihuela-Alicante

Mons. D. Joan Enric Vives i Sicília

Obispo de Urgell

Vicesecretario Asuntos Económicos CEE (miembro nato)

D. Fernando Giménez Barriocanal

Nota de los Obispos de la Subcomisión Episcopal para la Familia y Defensa de la Vida con ocasión de la VII Jornada Nacional por la Vida

LA VIDA ES SIEMPRE UN BIEN

Frente al mal, está el bien; frente a la muerte, la vida (Sir 33,14)

1. Promover una cultura de la vida

Coincidiendo con la solemnidad de la Encarnación del Señor, que este año se celebra el 31 de marzo, la Iglesia en España celebra la VII Jornada por la Vida, que es una invitación a la oración y a proclamar el valor sagrado de toda vida humana desde su comienzo en la fecundación hasta su fin natural. De esta oración debe brotar un compromiso decidido para vencer al mal a fuerza de bien, a la «cultura de la muerte» promoviendo una cultura que acoja y promueva la vida.

El misterio de la Encarnación del Señor nos invita a considerar la grandeza y dignidad de la vida humana. Como nosotros, el Hijo de Dios comenzó su vida humana en el seno de su Madre. Por eso, este misterio nos recuerda que desde el momento de la concepción, la vida humana tiene un valor sagrado que todos debemos reconocer, respetar y promover: «la vida del hombre es don de Dios, que todos están llamados a custodiar siempre»¹.

Los obispos sentimos el deber de promover en la Iglesia y en la sociedad el valor de la vida humana, alentando todas las iniciativas que promueven la familia y la vida como,

por ejemplo, la moratoria internacional sobre el aborto.

2. «Nunca se puede legitimar la muerte de un inocente»

Hace poco, la sociedad española se ha sentido conmovida por ciertas prácticas abortivas y la crueldad de los medios utilizados para ocultarlas. Esta realidad, que los obispos venimos denunciando desde hace años², ha suscitado de nuevo el debate sobre el aborto en nuestra sociedad.

Como ya dijimos³, aun considerando como un gran avance el cese de la práctica ilegal del aborto, la acción genuinamente moral y humana sería la abolición de la «ley del aborto», que es una ley injusta⁴. Juan Pablo II nos dijo en Madrid en 1982: «Quien negara la defensa a la persona humana más inocente y débil, a la persona humana ya concebida aunque todavía no nacida, cometería una gravísima violación del orden moral. Nunca se puede legitimar la muerte de un inocente. Se minaría el mismo fundamento de la sociedad»⁵.

Invitamos a los fieles a que eleven su oración al Señor para que ilumine la conciencia de nuestros conciudadanos, especialmente la de los políticos. Que

el Dios de la vida les ayude a comprender y remediar el enorme drama humano que el aborto supone para el niño en el seno de su madre, para la propia madre, y para la sociedad entera. La ley del aborto debe ser abolida, al tiempo que hay que apoyar eficazmente a la mujer, especialmente con motivo de su maternidad, creando una nueva cultura donde las familias acojan y promuevan la vida. Una alternativa importante es la adopción. Miles de esposos tienen que acudir a largos y gravosos procesos de adopción mientras en España más de cien mil niños murieron por el aborto durante el año 2006.

3. La conciencia del católico ante la vida humana

Nos dirigimos ahora a los católicos para recordarles sus obligaciones morales y de conciencia. Ningún católico, ni en el ámbito privado ni público, puede admitir en ningún caso prácticas como el aborto, la eutanasia o la producción, congelación y manipulación de embriones humanos. La vida humana es un valor sagrado, que todos debemos respetar y que las leyes deben proteger.

No puede sostenerse que el aborto es inadmisibles para un católico pero que esto no obliga al que no lo es. Al contrario, «el cristiano está continuamente llamado a movilizarse para afrontar los múltiples ataques a que está expuesto el derecho a la vida. Sabe que en eso puede contar con motivaciones que tienen raíces profundas en la ley natu-

ral y que por consiguiente pueden ser compartidas por todas las personas de recta conciencia»⁶.

Por eso, si algún católico albergara dudas sobre este tema, debería acudir a la oración para pedir la luz del Espíritu Santo. También podrá informarse de las razones por las que la Iglesia sostiene, siempre con argumentos teológicos, filosóficos y científicos sólidos, el valor y la dignidad de la vida personal desde la fecundación hasta la muerte natural.

4. Dios ama también la vida enferma y débil

La vida es una realidad maravillosa que no deja de sorprendernos. Cuantos más datos nos proporciona la ciencia, mejor podemos comprender que la vida del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, es un misterio que desborda el ámbito de lo puramente bioquímico.

En su constante progreso, la ciencia afirma cada vez con más fuerza que desde la fecundación tenemos una nueva vida humana, original e irrepetible, con una historia y un destino únicos. Una vida que tiene que ser acogida, respetada y amada: «es compromiso de todos acoger la vida humana como don que se debe respetar, tutelar y promover, mucho más cuando es frágil y necesita atención y cuidados, sea antes del nacimiento, sea en su fase terminal»⁷.

Pedimos al Señor que en esta Jornada, contemplando el misterio de su encarnación, sepamos acoger como la Virgen María el don de la vida, y aprendamos de la madre del amor hermoso a defender y promover la vida en todos sus momentos, proclamando que «frente a la muerte está la vida» (Sir 33,14).

Madrid, 8 de marzo de 2008

Los Obispos de la Subcomisión Episcopal de Familia y Vida

✠ Mons. Julián Barrio Barrio,
Presidente de la CEAS

✠ Mons. Juan Antonio Reig Pla,
Presidente de la Subcomisión para la Familia y Defensa de la Vida

✠ Mons. Francisco Gil Hellín

✠ Mons. Vicente Juan Segura

✠ Mons. Manuel Sánchez Monge

NOTAS

- 1 Benedicto XVI, *Discurso a los participantes en la XXII Conferencia Internacional del Consejo Pontificio para la Pastoral de la Salud*, 17-XI-2007.
- 2 Como ejemplo remitimos nuestras notas para la Jornada de la Vida: «La vida humana, don precioso de Dios» (2005); «Amar y promover la vida» (2006); «Por una cultura de la vida» (2007).
- 3 cf. *Por una cultura de la vida*. Nota de los Obispos de la Subcomisión de Familia y Vida, 2007.
- 4 Nos referimos a la Ley Orgánica 9/1985 que despenaliza el aborto en ciertos supuestos (artículo 417bis del código penal).
- 5 Juan Pablo II, *Homilía en la Misa de las Familias*, Madrid, 2-XI-1982.
- 6 Benedicto XVI, *Discurso a los participantes en la asamblea general de la Academia Pontificia para la Vida*, 20-III-2007
- 7 Benedicto XVI, *Angelus* 3-II-2008.

COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS

Informe sobre el número de alumnos que reciben formación religiosa y moral católica en el curso 2007-2008

De nuevo, como cada año escolar, la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis manifiesta su público agra-

decimiento a los padres de los alumnos en edad escolar por la opción libre que han realizado a favor de la enseñanza

de la religión y moral católica para sus hijos, ejerciendo así el derecho fundamental a que sus hijos reciban la formación religiosa y moral que responda a sus convicciones.

Los datos que aquí se presentan han sido recabados por cada una de las diócesis de la Iglesia en España, según información aportada por la dirección de cada uno de los colegios.

El tanto por ciento de alumnos que asisten a la clase de religión en el curso actual es del 75.7%. A su vez, según información del Ministerio de Educación y Ciencia, el número de alumnos en educación no universitaria en este curso, asciende a 7.205.890.

Con ambos datos deducimos que el número de alumnos que asisten a la clase de religión y moral católica es, 5.454.859. Con relación al curso pasado el porcentaje de alumnos ha bajado el 1.3%.

Como en años anteriores, son mayoría los padres que han elegido la enseñanza de la religión católica para sus hijos, especialmente en las etapas de Ed. Infantil y Primaria donde ellos mismos ejercen su derecho a la formación religiosa y moral. Por etapas, en Educación Infantil asisten el 84.9%, en Educación Primaria asisten el 84.1%, en Ed. Secundaria, el 63% y en Bachillerato el 48.9%.

Es conocido por todos que los propios alumnos de Ed. Secundaria y Ba-

chillerato son quienes, en general, optan personalmente por el tipo de formación religiosa y moral católica. Sin embargo en Ed. Infantil y Ed. Primaria son los padres quienes eligen para sus hijos el tipo de formación religiosa.

A su vez, el hecho de que a los adolescentes y jóvenes, a la hora de elegir una asignatura confesional, se les ofrezca como alternativa unas opciones desiguales en cuanto a contenido y evaluación, determinan y explican las diferencias que se pueden observar en cada una de las etapas mencionadas.

Ambas situaciones, tanto los padres que en un 84.9% eligen religión católica para sus hijos en Ed. Infantil y el 84.1% en Ed. Primaria, como los alumnos que en situaciones verdaderamente discriminatorias eligen el 63% en la Ed. Secundaria, merecen nuestro reconocimiento y aliento pues su opción supone una valoración muy positiva de la formación religiosa y moral católica, imprescindible para su formación integral.

En los cursos implantados este año, según la nueva normativa surgida de la LOE, además de las distintas religiones por las que se puede optar, los alumnos pueden escoger el conocimiento del hecho religioso, no confesional. A la hora de elegir, según nuestros datos, un número de alumnos cercano al 35% han escogido, en Educación Secundaria y Bachillerato, la llamada "atención

educativa”, sin contenido ni evaluación alguna, es decir, la justificación para que los alumnos tengan repaso, estudio, recreo, e incluso, nada. Ésta es la razón que más explica y prueba las di-

ferencias marcadas entre la enseñanza religiosa católica en Ed. Primaria y la enseñanza religiosa católica en Secundaria y Bachillerato.



IGLESIA UNIVERSAL

IGLESIA UNIVERSAL

SANTO PADRE, BENEDICTO XVI

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro. Domingo, 2 de marzo de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

En estos domingos de Cuaresma, a través de los pasajes del evangelio de san Juan, la liturgia nos hace recorrer un verdadero itinerario bautismal: el domingo pasado, Jesús prometió a la samaritana el don del “agua viva”; hoy, curando al ciego de nacimiento, se revela como “la luz del mundo”; el domingo próximo, resucitando a su amigo Lázaro, se presentará como “la resurrección y la vida”. Agua, luz y vida: son símbolos del bautismo, sacramento que “sumerge” a los creyentes en el misterio de la muerte y resurrección de Cristo, liberándolos de la esclavitud del pecado y dándoles la vida eterna.

Detengámonos brevemente en el relato del ciego de nacimiento (cf. *Jn* 9, 1-41). Los discípulos, según la mentalidad común de aquel tiempo, dan por descontado que su ceguera es consecuencia de un pecado suyo o de sus padres. Jesús, por el contrario, rechaza este prejuicio y afirma: “Ni este pecó ni sus padres; es para que se manifiesten en él las obras de Dios” (*Jn* 9, 3). ¡Qué consuelo nos proporcionan estas pala-

bras! Nos hacen escuchar la voz viva de Dios, que es Amor providencial y sabio. Ante el hombre marcado por su limitación y por el sufrimiento, Jesús no piensa en posibles culpas, sino en la voluntad de Dios que ha creado al hombre para la vida. Y por eso declara solemnemente: “Tengo que hacer las obras del que me ha enviado. (...) Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo” (*Jn* 9, 4-5).

Inmediatamente pasa a la acción: con un poco de tierra y de saliva hace barro y lo unta en los ojos del ciego. Este gesto alude a la creación del hombre, que la Biblia narra con el símbolo de la tierra modelada y animada por el soplo de Dios (cf. *Gn* 2, 7). De hecho, “Adán” significa “suelo”, y el cuerpo humano está efectivamente compuesto por elementos de la tierra. Al curar al hombre, Jesús realiza una nueva creación. Pero esa curación suscita una encendida discusión, porque Jesús la realiza en sábado, violando, según los fariseos, el precepto festivo. Así, al final del relato, Jesús y el ciego son “expulsados” por los fariseos: uno por haber violado la ley; el otro, porque, a pesar de la curación, sigue siendo considerado pecador desde su nacimiento.

Al ciego curado, Jesús le revela que ha venido al mundo para realizar un juicio, para separar a los ciegos curables de aquellos que no se dejan curar, porque presumen de sanos. En efecto, en el hombre, es fuerte la tentación de construirse un sistema de seguridad ideológico: incluso la religión puede convertirse en un elemento de este sistema, como el ateísmo o el laicismo, pero de este modo uno queda cegado por su propio egoísmo.

Queridos hermanos, dejémonos curar por Jesús, que puede y quiere darnos la luz de Dios. Confesemos nuestra ceguera, nuestra miopía y, sobre todo, lo que la Biblia llama el “gran pecado” (cf. *Sal* 19, 14): el orgullo. Que nos ayude en esto María santísima, la cual, al engendrar a Cristo en la carne, dio al mundo la verdadera luz.

Domingo, 9 de marzo de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

En nuestro itinerario cuaresmal hemos llegado al quinto domingo, caracterizado por el evangelio de la resurrección de Lázaro (cf. *Jn* 11, 1-45). Se trata del último gran “signo” realizado por Jesús, después del cual los sumos sacerdotes reunieron al sanedrín y deliberaron matarlo; y decidieron matar incluso a Lázaro, que era la prueba viva de la divinidad de Cristo, Señor de la vida y de la muerte.

En realidad, esta página evangélica muestra a Jesús como verdadero hombre y verdadero Dios. Ante todo, el evangelista insiste en su amistad con Lázaro y con sus hermanas Marta y María. Subraya que «Jesús los amaba» (*Jn* 11, 5), y por eso quiso realizar ese gran prodigio. «Lázaro, nuestro amigo, está dormido: voy a despertarlo» (*Jn* 11, 11), así les habló a los discípulos, expresando con la metáfora del sueño el punto de vista de Dios sobre la muerte física: Dios la considera precisamente como un sueño, del que se puede despertar.

Jesús demostró un poder absoluto sobre esta muerte: se ve cuando devuelve la vida al joven hijo de la viuda de Naím (cf. *Lc* 7, 11-17) y a la niña de doce años (cf. *Mc* 5, 35-43). Precisamente de ella dijo: «La niña no ha muerto; está dormida» (*Mc* 5, 39), provocando la burla de los presentes. Pero, en verdad, es precisamente así: la muerte del cuerpo es un sueño del que Dios nos puede despertar en cualquier momento.

Este señorío sobre la muerte no impidió a Jesús experimentar una sincera com-pasión por el dolor de la separación. Al ver llorar a Marta y María y a cuantos habían acudido a consolarlas, también Jesús «se conmovió profundamente, se turbó» y, por último, «lloró» (*Jn* 11, 33. 35). El corazón de Cristo es divino-humano: en él Dios y hombre se encontraron perfectamente, sin separación y sin confusión. Él es la imagen, más aún, la encarnación de Dios, que

es amor, misericordia, ternura paterna y materna, del Dios que es Vida.

Por eso declaró solemnemente a Marta: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre». Y añadió: «¿Crees esto?» (*Jn 11, 25-26*). Una pregunta que Jesús nos dirige a cada uno de nosotros; una pregunta que ciertamente nos supera, que supera nuestra capacidad de comprender, y nos pide abandonarnos a él, como él se abandonó al Padre.

La respuesta de Marta es ejemplar: «Sí, Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo» (*Jn 11, 27*). ¡Sí, oh Señor! También nosotros creemos, a pesar de nuestras dudas y de nuestras oscuridades; creemos en ti, porque tú tienes palabras de vida eterna; queremos creer en ti, que nos das una esperanza fiable de vida más allá de la vida, de vida auténtica y plena en tu reino de luz y de paz.

Encomendemos esta oración a María santísima. Que su intercesión fortalezca nuestra fe y nuestra esperanza en Jesús, especialmente en los momentos de mayor prueba y dificultad.

Plaza de San Pedro. Domingo de Ramos 16 de marzo de 2008

¡Queridos hermanos y hermanas:

Al final de esta solemne celebración, en la que hemos meditado sobre

la pasión de Cristo, deseo recordar al arzobispo de Mosul de los caldeos, monseñor Paulos Faraj Rahho, muerto trágicamente hace pocos días. Su hermoso testimonio de fidelidad a Cristo, a la Iglesia y a su gente, a la que a pesar de numerosas amenazas no quiso abandonar, me impulsa a hacer un fuerte y apremiante llamamiento: ¡Basta con las matanzas! ¡Basta con la violencia! ¡Basta con el odio en Irak!

Al mismo tiempo, hago un llamamiento al pueblo iraquí, que desde hace cinco años sufre las consecuencias de una guerra que ha alterado totalmente su vida civil y social: amado pueblo iraquí, ¡levanta la cabeza y sé tú mismo el primer protagonista de la reconstrucción de tu vida nacional!

Que la reconciliación, el perdón, la justicia y el respeto de la convivencia civil entre tribus, etnias y grupos religiosos sean el camino solidario hacia la paz en nombre de Dios.

Y ahora, queridos hermanos y hermanas, os renuevo a todos mi cordial saludo. Lo dirijo de modo especial a los jóvenes, que han venido de muchos países del mundo con ocasión de la Jornada de la juventud, que el amado Siervo de Dios, Juan Pablo II, quiso unir al domingo de Ramos. Mi pensamiento va en este momento a Sydney, Australia, donde se intensifican los preparativos para el gran encuentro que tendré allí con los jóvenes de todo el mundo, del 15 al 20 del próximo

mes de julio. Agradezco a la Conferencia episcopal australiana, en particular al cardenal Pell, arzobispo de Sydney, y a sus colaboradores, todo el trabajo que están realizando con tanto esmero;

también expreso mi agradecimiento a las autoridades australianas, tanto federales como estatales, por el generoso apoyo ofrecido a esta importante iniciativa. ¡Nos vemos en Sydney!

AUDIENCIAS

Miércoles, 5 de marzo de 2008
San León Magno

Queridos hermanos y hermanas:

Continuando nuestro camino entre los Padres de la Iglesia, auténticos astros que brillan desde lejos, en el encuentro de hoy vamos a considerar la figura de un Papa que en 1754 fue proclamado por Benedicto XIV doctor de la Iglesia: se trata de san León Magno. Como indica el apelativo que pronto le atribuyó la tradición, fue verdaderamente uno de los más grandes Pontífices que han honrado la Sede de Roma, contribuyendo en gran medida a reforzar su autoridad y prestigio. Primer Obispo de Roma que llevó el nombre de León, adoptado después por otros doce Sumos Pontífices, es también el primer Papa cuya predicación, dirigida al pueblo que le rodeaba durante las celebraciones, ha llegado hasta nosotros. Viene espontáneamente a la mente su recuerdo en el contexto de las actuales audiencias generales del miércoles, citas que en los últimos decenios se han convertido para el Obispo de Roma en una forma habitual de encuentro

con los fieles y con numerosos visitantes procedentes de todas las partes del mundo.

San León era originario de la Tuscia. Fue diácono de la Iglesia de Roma en torno al año 430, y con el tiempo alcanzó en ella una posición de gran importancia. Este papel destacado impulsó en el año 440 a Gala Placidia, que entonces gobernaba el Imperio de Occidente, a enviarlo a la Galia para resolver una situación difícil. Pero en el verano de aquel año, el Papa, Sixto III, cuyo nombre está ligado a los magníficos mosaicos de la basílica de Santa María la Mayor, falleció; y como su sucesor fue elegido precisamente san León, que recibió la noticia mientras desempeñaba su misión de paz en la Galia.

Tras regresar a Roma, el nuevo Papa fue consagrado el 29 de septiembre del año 440. Así inició su pontificado, que duró más de 21 años y que ha sido sin duda uno de los más importantes en la historia de la Iglesia. Al morir, el 10 de noviembre del año 461, el Papa fue sepultado junto a la tumba de san Pe-

dro. Sus reliquias se conservan todavía hoy en uno de los altares de la basílica vaticana.

El Papa san León vivió en tiempos sumamente difíciles: las repetidas invasiones bárbaras, el progresivo debilitamiento de la autoridad imperial en Occidente y una larga crisis social habían obligado al Obispo de Roma -como sucedería con mayor evidencia aún un siglo y medio después, durante el pontificado de san Gregorio Magno- a asumir un papel destacado incluso en las vicisitudes civiles y políticas. Esto no impidió que aumentara la importancia y el prestigio de la Sede romana.

Es famoso un episodio de la vida de san León. Se remonta al año 452, cuando el Papa en Mantua, junto a una delegación romana, salió al encuentro de Atila, el jefe de los hunos, y lo convenció de que no continuara la guerra de invasión con la que ya había devastado las regiones del nordeste de Italia. De este modo, salvó al resto de la península. Este importante acontecimiento pronto se hizo memorable y permanece como un signo emblemático de la acción de paz llevada a cabo por el Pontífice.

No fue tan positivo, por desgracia, tres años después, el resultado de otra iniciativa del Papa, que de todos modos manifestó una valentía que todavía hoy nos sorprende: en la primavera del año 455, san León no logró impedir que los vándalos de Genserico, tras lle-

gar a las puertas de Roma, invadieran la ciudad indefensa, que fue saqueada durante dos semanas. Sin embargo, el gesto del Papa que, inerme y rodeado de su clero, salió al encuentro del invasor para pedirle que se detuviera, impidió al menos que Roma fuera incendiada y logró que no fueran saqueadas las basílicas de San Pedro, San Pablo y San Juan, en las que se refugió parte de la población aterrorizada.

Conocemos bien la acción del Papa san León gracias a sus hermosísimos sermones -se han conservado casi cien en un latín espléndido y claro- y gracias a sus cartas, unas ciento cincuenta. En estos textos, el Pontífice se muestra en toda su grandeza, dedicado al servicio de la verdad en la caridad, a través de un ejercicio asiduo de la palabra, que lo muestra a la vez como teólogo y pastor. San León Magno, constantemente solícito por sus fieles y por el pueblo de Roma, así como por la comunión entre las diferentes Iglesias y por sus necesidades, apoyó y promovió incansablemente el primado romano, presentándose como auténtico heredero del apóstol san Pedro: los numerosos obispos, en gran parte orientales, reunidos en el concilio de Calcedonia, fueron plenamente conscientes de esto.

Este concilio, que tuvo lugar en el año 451, con 350 obispos participantes, fue la asamblea más importante celebrada hasta entonces en la historia de la Iglesia. Calcedonia representa la meta segura de la cristología de los tres

concilios ecuménicos anteriores: el de Nicea, del año 325; el de Constantinopla, del año 381; y el de Éfeso, del año 431. Ya en el siglo VI estos cuatro concilios, que resumen la fe de la Iglesia antigua, fueron comparados a los cuatro Evangelios: lo afirma san Gregorio Magno en una famosa carta (I, 24), en la que declara que «acoge y venera los cuatro concilios como los cuatro libros del santo Evangelio», porque sobre ellos -sigue explicando san Gregorio- «se eleva la estructura de la santa fe, como sobre una piedra cuadrada». El concilio de Calcedonia, al rechazar la herejía de Eutiques, que negaba la verdadera naturaleza humana del Hijo de Dios, afirmó la unión en su única Persona, sin confusión ni separación, de las dos naturalezas humana y divina.

Esta fe en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, fue afirmada por el Papa en un importante texto doctrinal dirigido al obispo de Constantinopla, el así llamado «Tomo a Flaviano», que al ser leído en Calcedonia, fue acogido por los obispos presentes con una aclamación elocuente, registrada en las actas del Concilio: «Pedro ha hablado por la boca de León», exclamaron al unísono los padres conciliares. Sobre todo a partir de esa intervención, y de otras realizadas durante la controversia cristológica de aquellos años, resulta evidente que el Papa sentía con particular urgencia la responsabilidad del Sucesor de Pedro, cuyo papel es único en la Iglesia, pues «a un solo apóstol se

le confía lo que a todos los apóstoles se comunica», como afirma san León en uno de sus sermones con motivo de la fiesta de San Pedro y San Pablo (83, 2). Y el Pontífice supo ejercer esta responsabilidad tanto en Occidente como en Oriente, interviniendo en diferentes circunstancias con prudencia, firmeza y lucidez, a través de sus escritos y mediante sus legados. Así mostraba cómo el ejercicio del primado romano era necesario entonces, como lo es hoy, para servir eficazmente a la comunión, característica de la única Iglesia de Cristo.

Consciente del momento histórico en el que vivía y de la transición que estaba produciéndose de la Roma pagana a la cristiana -en un período de profunda crisis-, san León Magno supo estar cerca del pueblo y de los fieles con la acción pastoral y la predicación. Impulsó la caridad en una Roma afectada por las carestías, por la llegada de refugiados, por las injusticias y por la pobreza. Se enfrentó a las supersticiones paganas y a la acción de los grupos maniqueos. Vinculó la liturgia a la vida diaria de los cristianos: por ejemplo, uniendo la práctica del ayuno con la caridad y la limosna, sobre todo con motivo de las *Cuatro temporadas*, que marcan en el transcurso del año el cambio de las estaciones.

En particular, san León Magno enseñó a sus fieles -y sus palabras siguen siendo válidas para nosotros- que la liturgia cristiana no es el recuerdo

de acontecimientos pasados, sino la actualización de realidades invisibles que actúan en la vida de cada uno. Lo subraya en un sermón (64, 1-2) a propósito de la Pascua, que debe celebrarse en todo tiempo del año, «no como algo del pasado, sino más bien como un acontecimiento del presente». Todo esto se enmarca en un proyecto preciso, insiste el santo Pontífice: así como el Creador animó con el soplo de la vida racional al hombre modelado con el barro de la tierra, del mismo modo, tras el pecado original, envió a su Hijo al mundo para restituir al hombre la dignidad perdida y destruir el dominio del diablo mediante la nueva vida de la gracia.

Éste es el misterio cristológico al que san León Magno, con su carta al concilio de Éfeso, dio una contribución eficaz y esencial, confirmando para todos los tiempos, a través de ese concilio, lo que dijo san Pedro en Cesarea de Filipo. Con Pedro y como Pedro confesó: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo». Por este motivo, al ser a la vez Dios y hombre, «no es ajeno al género humano, pero es ajeno al pecado» (cf. *Serm.* 64). Con la fuerza de esta fe cristológica, fue un gran mensajero de paz y de amor. Así nos muestra el camino: en la fe aprendemos la caridad. Por tanto, con san León Magno, aprendamos a creer en Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, y a vivir esta fe cada día en la acción por la paz y en el amor al prójimo.

Miércoles, 12 de marzo de 2008
Boecio y Casiodoro

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy quiero hablar de dos escritores eclesiásticos, Boecio y Casiodoro, que vivieron en unos de los años más tormentosos del Occidente cristiano y, en particular, de la península italiana. Odoacro, rey de los hérulos, una etnia germánica, se había rebelado, acabando con el imperio romano de Occidente (año 476), pero muy pronto sucumbió ante los ostrogodos de Teodorico, que durante algunos decenios controlaron la península italiana.

Boecio

Boecio nació en Roma, en torno al año 480, de la noble estirpe de los Anicios; siendo todavía joven, entró en la vida pública, logrando ya a los 25 años el cargo de senador. Fiel a la tradición de su familia, se comprometió en política, convencido de que era posible armonizar las líneas fundamentales de la sociedad romana con los valores de los nuevos pueblos. Y en este nuevo tiempo de encuentro de culturas consideró como misión suya reconciliar y unir esas dos culturas, la clásica y romana, con la naciente del pueblo ostrogodo. De este modo, fue muy activo en política, incluso bajo Teodorico, que en los primeros tiempos lo apreciaba mucho.

A pesar de esta actividad pública, Boecio no descuidó los estudios, dedi-

cándose en particular a profundizar en los temas de orden filosófico-religioso. Pero escribió también manuales de aritmética, de geometría, de música y de astronomía: todo con la intención de transmitir a las nuevas generaciones, a los nuevos tiempos, la gran cultura grecorromana. En este ámbito, es decir, en el compromiso por promover el encuentro de las culturas, utilizó las categorías de la filosofía griega para proponer la fe cristiana, buscando una síntesis entre el patrimonio helenístico-romano y el mensaje evangélico. Precisamente por esto, Boecio ha sido considerado el último representante de la cultura romana antigua y el primero de los intelectuales medievales.

Ciertamente su obra más conocida es el *De consolazione philosophiae*, que compuso en la cárcel para dar sentido a su injusta detención. Había sido acusado de complot contra el rey Teodorico por haber defendido en un juicio a un amigo, el senador Albino. Pero se trataba de un pretexto: en realidad, Teodorico, arriano y bárbaro, sospechaba que Boecio sentía simpatía por el emperador bizantino Justiniano. De hecho, procesado y condenado a muerte, fue ejecutado el 23 de octubre del año 524, cuando sólo tenía 44 años.

Precisamente a causa de su dramática muerte, puede hablar por experiencia también al hombre contemporáneo y sobre todo a las numerosísimas personas que sufren su misma suerte a causa de la injusticia presente en gran parte

de la “justicia humana”. Con esta obra, en la cárcel busca consuelo, busca luz, busca sabiduría. Y dice que, precisamente en esa situación, ha sabido distinguir entre los bienes aparentes, que en la cárcel desaparecen, y los bienes verdaderos, como la amistad auténtica, que en la cárcel no desaparecen.

El bien más elevado es Dios: Boecio aprendió -y nos lo enseña a nosotros- a no caer en el fatalismo, que apaga la esperanza. Nos enseña que no gobierna el hado, sino la Providencia, la cual tiene un rostro. Con la Providencia se puede hablar, porque la Providencia es Dios. De este modo, incluso en la cárcel, le queda la posibilidad de la oración, del diálogo con Aquél que nos salva. Al mismo tiempo, incluso en esta situación, conserva el sentido de la belleza de la cultura y recuerda la enseñanza de los grandes filósofos antiguos, griegos y romanos, como Platón, Aristóteles -a los que había comenzado a traducir del griego al latín-, Cicerón, Séneca y también poetas como Tibulo y Virgilio.

La filosofía, en el sentido de búsqueda de la verdadera sabiduría, es, según Boecio, la verdadera medicina del alma (Libro I). Por otra parte, el hombre sólo puede experimentar la auténtica felicidad en la propia interioridad (libro II). Por eso, Boecio logra encontrar un sentido al pensar en su tragedia personal a la luz de un texto sapiencial del Antiguo Testamento (*Sb* 7, 30-8, 1) que cita: “Contra la Sabiduría no prevalece la maldad. Se despliega vi-

gorosamente de un confín al otro del mundo y gobierna de excelente manera el universo” (Libro III, 12: *PL* 63, col. 780).

Por tanto, la así llamada prosperidad de los malvados resulta mentirosa (libro IV), y se manifiesta la naturaleza providencial de la *adversa fortuna*. Las dificultades de la vida no sólo revelan hasta qué punto ésta es efímera y breve, sino que resultan incluso útiles para descubrir y mantener las auténticas relaciones entre los hombres. De hecho, la *adversa fortuna* permite distinguir los amigos falsos de los verdaderos y da a entender que no hay nada más precioso para el hombre que una amistad verdadera. Aceptar de forma fatalista una condición de sufrimiento es totalmente peligroso, añade el creyente Boecio, pues “elimina en su raíz la posibilidad misma de la oración y de la esperanza teologal, en las que se basa la relación del hombre con Dios” (Libro V, 3: *PL* 63, col. 842).

La peroración final del *De consolazione philosophiae* puede considerarse como una síntesis de toda la enseñanza que Boecio se dirige a sí mismo y a todos los que puedan encontrarse en su misma situación. En la cárcel escribe: “Luchad, por tanto, contra los vicios, dedicaos a una vida de virtud orientada por la esperanza que eleva el corazón hasta alcanzar el cielo con las oraciones alimentadas por la humildad. Si os negáis a mentir, la imposición que habéis sufrido puede transformarse en la

enorme ventaja de tener siempre ante los ojos al juez supremo que ve y que sabe cómo son realmente las cosas” (Libro V, 6: *PL* 63, col. 862).

Todo detenido, independientemente del motivo por el que haya acabado en la cárcel, intuye cuán dura es esta particular condición humana, sobre todo cuando se embrutece, como sucedió a Boecio, por la tortura. Pero es particularmente absurda la condición de aquél que, como Boecio -a quien la ciudad de Pavía reconoce y celebra en la liturgia como mártir en la fe-, es torturado hasta la muerte únicamente por sus convicciones ideales, políticas y religiosas. De hecho, Boecio, símbolo de un número inmenso de detenidos injustamente en todos los tiempos y en todas las latitudes, es una puerta objetiva para entrar en la contemplación del misterioso Crucificado del Gólgota.

Casiodoro

Marco Aurelio Casiodoro fue contemporáneo de Boecio. Calabrés, nacido en Squillace hacia el año 485, murió ya anciano en *Vivarium*, alrededor del año 580. También él era de un elevado nivel social. Se dedicó a la vida política y al compromiso cultural como pocos en el Occidente romano de su tiempo. Quizá los únicos que se le podían igualar en este doble interés fueron el ya recordado Boecio, y el futuro Papa de Roma san Gregorio Magno (590-604).

Consciente de la necesidad de que no cayera en el olvido todo el patrimonio humano y humanístico, acumulado en los siglos de oro del Imperio romano, Casiodoro colaboró generosamente, en los más elevados niveles de responsabilidad política, con los pueblos nuevos que habían cruzado las fronteras del Imperio y se habían establecido en Italia. También él fue modelo de encuentro cultural, de diálogo y de reconciliación. Las vicisitudes históricas no le permitieron realizar sus sueños políticos y culturales, orientados a crear una síntesis entre la tradición romano-cristiana de Italia y la nueva cultura gótica. Sin embargo, esas mismas vicisitudes lo convencieron de que el movimiento monástico, que se estaba consolidando en las tierras cristianas, era providencial. Decidió apoyarlo, dedicándole todas sus riquezas materiales y sus fuerzas espirituales.

Tuvo la idea de encomendar precisamente a los monjes la tarea de recuperar, conservar y transmitir a las generaciones futuras el inmenso patrimonio cultural de los antiguos para que no se perdiera. Por eso fundó *Vivarium*, un cenobio en el que todo estaba organizado de manera que se considerara sumamente precioso e irrenunciable el trabajo intelectual de los monjes. Estableció también que los monjes que no tenían una formación intelectual no se dedicarían sólo al trabajo material, a la agricultura, sino también a transcribir manuscritos para contribuir a la transmisión de la gran cultura a las futuras

generaciones. Y esto sin detrimento alguno del compromiso espiritual monástico y cristiano y de la actividad caritativa en favor de los pobres.

En su enseñanza, distribuida en varias obras, pero sobre todo en el tratado *De anima* y en las *Institutiones divinarum litterarum*, la oración (cf. *PL* 69, col. 1108), alimentada por la sagrada Escritura y particularmente por la meditación asidua de los Salmos (cf. *PL* 69, col. 1149), ocupa siempre un lugar central como alimento necesario para todos.

Este doctísimo calabrés, por ejemplo, introduce así su *Expositio in Psalterium*: “Rechazados y abandonados en Rávena los deseos de hacer carrera política, caracterizada por el sabor desagradable de las preocupaciones mundanas, habiendo gozado del Salterio, libro venido del cielo como auténtica miel para el alma, me dediqué ávidamente como un sediento a escrutarlo sin cesar y a dejarme impregnar totalmente por esa dulzura saludable, después de haberme saciado de las innumerables amarguras de la vida activa” (*PL* 70, col. 10).

La búsqueda de Dios, orientada a su contemplación -escribe Casiodoro-, sigue siendo la finalidad permanente de la vida monástica (cf. *PL* 69, col. 1107). Sin embargo, añade que, con la ayuda de la gracia divina (cf. *PL* 69, col. 1131.1142), se puede disfrutar mejor de la Palabra revelada utilizando las conquistas científicas y los instrumen-

tos culturales “profanos” que poseían ya los griegos y los romanos (cf. *PL* 69, col. 1140). Casiodoro se dedicó personalmente a los estudios filosóficos, teológicos y exegéticos sin una creatividad particular, pero prestando atención a las intuiciones que consideraba válidas en los demás. Leía con respeto y devoción sobre todo a san Jerónimo y san Agustín. De este último decía: “En san Agustín hay tanta riqueza que me parece imposible encontrar algo que no haya sido tratado ampliamente por él” (cf. *PL* 70, col. 10).

Citando a san Jerónimo, exhortaba a los monjes de *Vivarium*: “No sólo alcanzan la palma de la victoria los que luchan hasta derramar la sangre o los que viven en virginidad, sino también todos aquéllos que, con la ayuda de Dios, vencen los vicios del cuerpo y conservan la recta fe. Pero para que podáis vencer más fácilmente, con la ayuda de Dios, los atractivos del mundo y sus seducciones, permaneciendo en él como peregrinos siempre en camino, tratad de buscar ante todo la saludable ayuda sugerida por el salmo 1, que recomienda meditar noche y día en la ley del Señor. Si toda vuestra atención está centrada en Cristo, el enemigo no encontrará ninguna entrada para asaltarnos” (*De Institutione Divinarum Scripturarum*, 32: *PL* 69, col. 1147).

Es una advertencia que podemos considerar válida también para nosotros. En efecto, también nosotros vivimos en un tiempo de encuentro de

culturas, de peligro de violencia que destruye las culturas, y en el que es necesario esforzarse por transmitir los grandes valores y enseñar a las nuevas generaciones el camino de la reconciliación y de la paz. Encontramos este camino orientándonos hacia el Dios que tiene rostro humano, el Dios que se nos reveló en Cristo.

Miércoles, 19 de marzo de 2008
El Triduo pascual

Queridos hermanos y hermanas:

Hemos llegado a la vigilia del Triduo pascual. Los próximos tres días se suelen llamar “santos” porque nos hacen revivir el acontecimiento central de nuestra Redención; nos remiten de nuevo al núcleo esencial de la fe cristiana: la pasión, la muerte y la resurrección de Jesucristo. Son días que podríamos considerar como un único día: constituyen el corazón y el fulcro de todo el año litúrgico, así como de la vida de la Iglesia. Al final del itinerario cuaresmal, también nosotros nos disponemos a entrar en el mismo clima que Jesús vivió entonces en Jerusalén. Queremos volver a despertar en nosotros la memoria viva de los sufrimientos que el Señor padeció por nosotros y prepararnos para celebrar con alegría, el próximo domingo, «la verdadera Pascua, que la sangre de Cristo ha cubierto de gloria, la Pascua en la que la Iglesia celebra la fiesta que constituye

el origen de todas las fiestas», como dice el Prefacio para el día de Pascua en el rito ambrosiano.

Mañana, *Jueves santo*, la Iglesia hace memoria de la última Cena, durante la cual el Señor, en la víspera de su pasión y muerte, instituyó el sacramento de la Eucaristía, y el del sacerdocio ministerial. En esa misma noche, Jesús nos dejó el mandamiento nuevo, *mandatum novum*, el mandamiento del amor fraterno. Antes de entrar en el Triduo santo, aunque ya en íntima relación con él, mañana por la mañana tendrá lugar en cada comunidad diocesana *la misa Crismal*, durante la cual el obispo y los sacerdotes del presbiterio diocesano renuevan las promesas de su ordenación. También se bendicen los óleos para la celebración de los sacramentos: el óleo de los catecúmenos, el óleo de los enfermos y el santo crisma. Es un momento muy importante para la vida de cada comunidad diocesana que, reunida en torno a su pastor, reafirma su unidad y su fidelidad a Cristo, único sumo y eterno Sacerdote.

Por la tarde, en la misa *in Cena Domini* se hace memoria de la última Cena, cuando Cristo se nos entregó a todos como alimento de salvación, como medicina de inmortalidad: es el misterio de la Eucaristía, fuente y cumbre de la vida cristiana. En este sacramento de salvación, el Señor ha ofrecido y realizado para todos aquellos que creen en él la unión más íntima posible entre nuestra vida y su vida.

Con el gesto humilde pero sumamente expresivo del lavatorio de los pies, se nos invita a recordar lo que el Señor hizo a sus Apóstoles: al lavarles los pies, proclamó de manera concreta el primado del amor, un amor que se hace servicio hasta la entrega de sí mismos, anticipando también así el sacrificio supremo de su vida que se consumará al día siguiente, en el Calvario. Según una hermosa tradición, los fieles concluyen el Jueves santo con una vigilia de oración y adoración eucarística para revivir más íntimamente la agonía de Jesús en Getsemaní.

El *Viernes santo* es el día en que se conmemora la pasión, crucifixión y muerte de Jesús. En este día, la liturgia de la Iglesia no prevé la celebración de la santa misa, pero la asamblea cristiana se reúne para meditar en el gran misterio del mal y del pecado que oprimen a la humanidad, para recordar, a la luz de la palabra de Dios y con la ayuda de conmovedores gestos litúrgicos, los sufrimientos del Señor que expían este mal. Después de escuchar el relato de la pasión de Cristo, la comunidad ora por todas las necesidades de la Iglesia y del mundo, adora la cruz y recibe la Eucaristía, consumiendo las especies eucarísticas conservadas desde la misa *in Cena Domini* del día anterior. Como invitación ulterior a meditar en la pasión y muerte del Redentor y para expresar el amor y la participación de los fieles en los sufrimientos de Cristo, la tradición cristiana ha dado vida a diferentes manifestaciones de piedad po-

pular, procesiones y representaciones sagradas, orientadas a imprimir cada vez más profundamente en el corazón de los fieles sentimientos de auténtica participación en el sacrificio redentor de Cristo. Entre esas manifestaciones destaca el *vía crucis*, práctica de piedad que, a lo largo de los años, se ha ido enriqueciendo con múltiples expresiones espirituales y artísticas vinculadas a la sensibilidad de las diferentes culturas. Así, han surgido en muchos países santuarios con el nombre de “Calvario” hasta los que se llega a través de una cuesta empinada, que recuerda el camino doloroso de la Pasión, permitiendo a los fieles participar en la subida del Señor al monte de la Cruz, al monte del Amor llevado hasta el extremo.

El *Sábado santo* se caracteriza por un profundo silencio. Las iglesias están desnudas y no se celebra ninguna liturgia. Los creyentes, mientras aguardan el gran acontecimiento de la Resurrección, perseveran con María en la espera, rezando y meditando. En efecto, hace falta un día de silencio para meditar en la realidad de la vida humana, en las fuerzas del mal y en la gran fuerza del bien que brota de la pasión y de la resurrección del Señor. En este día, se da gran importancia a la participación en el sacramento de la Reconciliación, camino indispensable para purificar el corazón y prepararse para celebrar la Pascua íntimamente renovados. Al menos, una vez al año, necesitamos esta purificación interior, esta renovación de nosotros mismos.

Este Sábado de silencio, de meditación, de perdón, de reconciliación, desemboca en la *Vigilia pascual*, que introduce el domingo más importante de la historia, el domingo de la Pascua de Cristo. La Iglesia vela junto al fuego nuevo bendecido y medita en la gran promesa, contenida en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, de la liberación definitiva de la antigua esclavitud del pecado y de la muerte. En la oscuridad de la noche, con el fuego nuevo se enciende el cirio pascual, símbolo de Cristo que resucita glorioso. Cristo, luz de la humanidad, disipa las tinieblas del corazón y del espíritu e ilumina a todo hombre que viene al mundo. Junto al cirio pascual resuena en la Iglesia el gran anuncio pascual: Cristo ha resucitado verdaderamente, la muerte ya no tiene poder sobre él. Con su muerte, ha derrotado el mal para siempre y ha donado a todos los hombres la vida misma de Dios.

Según una antigua tradición, durante la *Vigilia pascual*, los catecúmenos reciben el bautismo para poner de relieve la participación de los cristianos en el misterio de la muerte y de la resurrección de Cristo. Desde la esplendorosa noche de Pascua, la alegría, la luz y la paz de Cristo se difunden en la vida de los fieles de toda comunidad cristiana y llegan a todos los puntos del espacio y del tiempo.

Queridos hermanos y hermanas, en estos días singulares, orientemos decididamente la vida hacia una adhesión

generosa y convencida a los designios del Padre celestial; renovemos nuestro "sí" a la voluntad divina, como hizo Jesús con el sacrificio de la cruz. Los sugestivos ritos del Jueves santo, del Viernes santo, el silencio impregnado de oración del Sábado santo y la solemne Vigilia pascual nos brindan la oportunidad de profundizar en el sentido y en el valor de nuestra vocación cristiana, que brota del Misterio pascual, y de concretizarla en el fiel seguimiento de Cristo en toda circunstancia, como hizo él, hasta la entrega generosa de nuestra existencia.

Hacer memoria de los misterios de Cristo significa también vivir en adhesión profunda y solidaria al hoy de la historia, convencidos de que lo que celebramos es realidad viva y actual. Por tanto, llevemos en nuestra oración el dramatismo de hechos y situaciones que, en estos días, afligen a muchos hermanos nuestros en todas las partes del mundo. Sabemos que el odio, las divisiones y la violencia no tienen nunca la última palabra en los acontecimientos de la historia. Estos días vuelven a suscitar en nosotros la gran esperanza: Cristo crucificado ha resucitado y ha vencido al mundo. El amor es más fuerte que el odio, ha vencido y debemos asociarnos a esta victoria del amor.

Por tanto, debemos recomenzar desde Cristo y trabajar en comunión con él por un mundo basado en la paz, en la justicia y en el amor. En este compromiso, en el que todos estamos impli-

cados, dejémonos guiar por María, que acompañó a su Hijo divino por el camino de la pasión y de la cruz, y participó, con la fuerza de la fe, en el cumplimiento de su designio salvífico. Con estos sentimientos, os expreso ya desde ahora mis mejores deseos de una feliz y santa Pascua a todos vosotros, a vuestros seres queridos y a vuestras comunidades.

Palabras del Santo Padre a los jóvenes del UNIV en la basílica de San Pedro

Queridos amigos:

Os doy una cordial bienvenida a todos los que habéis venido a Roma de diferentes países y universidades para celebrar juntos la Semana santa y para participar en el congreso internacional UNIV. De este modo, podréis realizar momentos de oración común, un enriquecimiento cultural y un intercambio fecundo de las experiencias hechas por vuestra asociación con centros y actividades de formación cristiana patrocinados por el Opus Dei en vuestras respectivas ciudades y naciones.

Vosotros sabéis que con un serio compromiso personal, inspirado en los valores evangélicos, es posible responder adecuadamente a los grandes interrogantes del tiempo presente. El cristiano sabe que hay un nexo inseparable entre verdad, ética y responsabilidad. Toda expresión cultural auténtica contribuye a formar la conciencia y estimula a la persona a superarse a sí misma a fin de que pueda mejorar la sociedad. Uno se siente

así responsable ante la verdad, al servicio de la cual ha de ponerse la propia libertad personal. Se trata ciertamente de una misión comprometida y, para realizarla, el cristiano está llamado a seguir a Jesús, cultivando una intensa amistad con él a través de la oración y de la contemplación. Ser amigos de Cristo y dar testimonio de él allí donde nos encontremos exige, además, el esfuerzo de ir contracorriente, recordando las palabras del Señor: *estáis en el mundo pero no sois del mundo* (cf. *Jn* 15, 19). Por tanto, no tengáis miedo, cuando sea necesario, de ser inconformistas en la universidad, en el colegio y en todas partes.

Queridos jóvenes del UNIV, sed levadura de esperanza en este mundo que anhela encontrar a Jesús, a veces sin darse cuenta. Para mejorarlo, esforzaos ante todo por cambiar vosotros mismos con una vida sacramental intensa, especialmente acercándoos al sacramento de la Penitencia y participando asiduamente en la celebración de la Eucaristía. Os encomiendo a cada uno de vosotros y a vuestras familias a María, que nunca dejó de contemplar el rostro de su Hijo Jesús. Invoco sobre cada uno de vosotros la protección de san Josemaría y de todos los santos de vuestras tierras, mientras de corazón os deseo una feliz Pascua.

Segunda parte de la audiencia en la sala Pablo VI

Saludo a los peregrinos de lengua española. En estos días santos podéis pro-

fundizar en el sentido de vuestra vocación cristiana, rezar por las situaciones que afligen a la humanidad y anunciar la gran esperanza: ¡Cristo crucificado ha resucitado y ha vencido al mundo! Felices Pascuas.

Entramos en el Triduo pascual. De nuevo reviviremos el acontecimiento central de la historia de la redención: la pasión, muerte y resurrección de nuestro Señor. Estos días reavivan en nosotros la esperanza: Cristo ha muerto y ha resucitado. Ha vencido al mundo. ¡Feliz Pascua!

Llamamiento en favor del cese de la violencia en el Tíbet

Sigo con gran preocupación las noticias que en estos días llegan del Tíbet. Mi corazón de Padre siente tristeza y dolor ante el sufrimiento de tantas personas. El misterio de la pasión y muerte de Jesús, que revivimos en esta Semana santa, nos ayuda a ser particularmente sensibles a su situación. Con la violencia no se resuelven los problemas; sólo se agravan. Os invito a uniros a mí en la oración. Pidamos a Dios todopoderoso, fuente de luz, que ilumine las mentes de todos y dé a cada uno valentía para escoger el camino del diálogo y la tolerancia.

Mi pensamiento va ahora a los *jóvenes*, a los *enfermos* y a los *recién casados*, a los cuales en especial felicito por la Pascua. A vosotros, queridos *jóvenes*, os deseo que no tengáis miedo de seguir a

Cristo, incluso cuando os invita a recorrer con él el camino difícil de la cruz. Que a vosotros, queridos *enfermos*, la meditación de la pasión de Jesús, misterio de sufrimiento transfigurado por el amor, os conforte y consuele. Y en vosotros, queridos *recién casados*, la muerte y la resurrección del Señor renueve la alegría y el compromiso de vuestra alianza nupcial.

Miércoles, 26 de marzo de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

Cada año, la liturgia del tiempo paschal canta la certeza y la alegría de la resurrección de Cristo, que constituye la verdad central de la fe cristiana. En efecto, en la Iglesia todo se comprende a partir de este gran misterio, que ha cambiado el curso de la historia y que

se hace actual en cada celebración eucarística. En la muerte del Señor vemos el inmenso amor con que nos ha amado, pero sólo la resurrección es prueba segura de la verdad de todo lo que Él ha enseñado. Es importante afirmar de nuevo esta realidad fundamental de nuestra fe, porque la adhesión a Cristo muerto y resucitado cambia la vida de las personas y da valor y fortaleza al testimonio de los creyentes. Especialmente en esta Octava de Pascua, la liturgia nos invita a encontrar personalmente al Resucitado y a reconocer su acción vivificadora. También nosotros, como los dos discípulos que iban camino de Emaus, podemos encontrar a Cristo en la celebración de la Eucaristía, en la cual Él se nos da en la mesa de la Palabra anunciada y del Pan y el Vino consagrados. Cada domingo la comunidad revive así la Pascua del Señor y recibe del Salvador su testamento de amor y de servicio fraterno.

CARTAS

Mensaje del Papa, Benedicto XVI, a Don Pascual Chávez, Rector Mayor de los Salesianos de Don Bosco con motivo del XXVI Capítulo General de la Sociedad de San Francisco de Sales

Al reverendísimo señor Don PASQUAL CHÁVEZ VILLANUEVA, s.d.b. Rector mayor de los Salesianos de Don Bosco

1. Me agrada particularmente enviarle mi cordial saludo a usted y a los participantes en el XXVI capítulo general, que constituye un momento de gracia en la vida de esa congregación, presente ya en todos los continentes. En él, están llamados a confrontarse la riqueza y la diversidad de las experiencias, de las culturas, de las expectativas de los salesianos, comprometidos en múltiples actividades apostólicas y de-

seos de hacer cada vez más eficaz su servicio a la Iglesia.

El carisma de don Bosco es un don del Espíritu para todo el pueblo de Dios, pero sólo en la escucha dócil y en la disponibilidad a la acción divina es posible interpretarlo y hacerlo actual y fecundo también en nuestro tiempo. El Espíritu Santo, que en Pentecostés descendió con abundancia sobre la Iglesia naciente, como viento sigue soplando donde quiere; como fuego sigue derritiendo el hielo del egoísmo; y como agua, sigue regando lo que es árido. Derramando sobre los capitulares la abundancia de sus dones, llegará al corazón de los hermanos, los hará arder con su amor, los inflamará con el deseo de santidad, los impulsará a abrirse a la conversión y los fortalecerá en su audacia apostólica.

2. Los hijos de don Bosco pertenecen a la gran multitud de los discípulos que Cristo ha consagrado para sí por medio de su Espíritu con un especial acto de amor. Los ha reservado para sí; por eso, en su testimonio debe resplandecer el primado de Dios y de su iniciativa. Cuando se renuncia a todo por seguir al Señor, cuando se le da lo más querido que se tiene, afrontando cualquier sacrificio, entonces no debe sorprender que, como sucedió con el divino Maestro, la persona consagrada se convierta en “signo de contradicción”, porque su modo de pensar y de vivir termina por encontrarse a menudo en contraste con la lógica del mundo.

En realidad, esto es motivo de consuelo, porque testimonia que su estilo de vida es alternativo con respecto a la cultura del tiempo y puede desempeñar en ella una función en cierto modo profética. Pero, con este fin, es necesario vigilar sobre las posibles influencias del secularismo, para defenderse y así poder proseguir con determinación por el camino emprendido, superando un “modelo liberal” de vida consagrada y viviendo una existencia totalmente centrada en el primado del amor a Dios y al prójimo.

3. El tema elegido para este capítulo general es el mismo programa de vida espiritual y apostólica de don Bosco: “*Da mihi animas, cetera tolle*”. En él se encierra toda la personalidad del gran santo: una profunda espiritualidad, el espíritu de iniciativa creativa, el dinamismo apostólico, la laboriosidad incansable, la audacia pastoral y, sobre todo, su consagración sin reservas a Dios y a los jóvenes.

Don Bosco fue un santo con una sola pasión: “la gloria de Dios y la salvación de las almas”. Es de vital importancia que cada salesiano se inspire continuamente en don Bosco; que lo conozca, lo estudie, lo ame, lo imite, lo invoque y tenga su misma pasión apostólica, que brota del corazón de Cristo. Esa pasión es capacidad de entregarse, de apasionarse por las almas, de sufrir por amor, de aceptar con serenidad y alegría las exigencias diarias y las renunciaciones de la vida apostólica.

El lema “*Da mihi animas, cetera tolle*” expresa en síntesis la mística y la ascética del salesiano. No puede haber una mística ardiente sin una intensa ascesis que la sostenga; y, viceversa, nadie está dispuesto a pagar un precio alto y exigente, si no ha descubierto un tesoro fascinante e inestimable.

En un tiempo de fragmentación y de fragilidad como el nuestro, es necesario superar la dispersión del activismo y cultivar la unidad de la vida espiritual a través del logro de una profunda mística y de una sólida ascética. Esto alimenta el compromiso apostólico y es garantía de eficacia pastoral. En esto debe consistir el camino de santidad de todo salesiano; en esto debe concentrarse la formación de las nuevas vocaciones a la vida consagrada salesiana.

La *lectio divina* y la Eucaristía, vividas diariamente, son luz y fuerza de la vida espiritual del salesiano consagrado. Debe alimentar su jornada con la escucha y la meditación de la palabra de Dios, ayudando también a los jóvenes y a los fieles laicos a valorarla en su vida diaria y esforzándose luego por traducir en testimonio lo que la Palabra indica: “La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús. No recibimos solamente de modo pasivo el *Logos* encarnado, sino que nos implicamos en la dinámica de su entrega” (*Deus caritas est*, 13). Llevar una vida sencilla, pobre, sobria, esencial y austera ayudará a los salesianos a fortalecer su respuesta vocacional frente a los pe-

ligros y las amenazas de la mediocridad y del aburguesamiento; eso los llevará a estar más cerca de los necesitados y de los marginados.

4. Los salesianos, a ejemplo de su amado fundador, deben arder de pasión apostólica. La Iglesia universal y las Iglesias particulares en las que están insertados esperan de ellos una presencia caracterizada por el impulso pastoral y por un audaz celo evangelizador. Las exhortaciones apostólicas postsinodales concernientes a la evangelización en los varios continentes podrán servirles de estímulo y de orientación para realizar en los diversos contextos una evangelización inculturada. La reciente *Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la evangelización* puede ayudarles a profundizar en el modo de comunicar a todos, especialmente a los jóvenes más pobres, la riqueza de los dones del Evangelio. La evangelización ha de ser la frontera principal y prioritaria de su misión hoy. Presenta compromisos múltiples, desafíos urgentes, campos de acción vastos, pero su cometido fundamental consiste en proponer a todos que vivan la existencia humana como la vivió Jesús.

En las situaciones plurirreligiosas y en las secularizadas, es preciso encontrar caminos inéditos para dar a conocer, especialmente a los jóvenes, la figura de Jesús, a fin de que perciban su perenne fascinación. Por tanto, en su acción apostólica debe ocupar un lugar central el anuncio de Jesucristo

y de su Evangelio, juntamente con la invitación a la conversión, a la acogida de la fe y a la inserción en la Iglesia. De aquí nacen luego los caminos de fe y de catequesis, la vida litúrgica y el testimonio de la caridad activa. Su carisma los sitúa en la condición privilegiada de poder valorar la aportación de la educación en el campo de la evangelización de los jóvenes. En efecto, sin educación no hay evangelización duradera y profunda, no hay crecimiento y maduración, no se da cambio de mentalidad y de cultura.

Los jóvenes alimentan deseos profundos de vida plena, de amor auténtico, de libertad constructiva; pero, lamentablemente, sus expectativas a menudo se ven defraudadas y no llegan a realizarse. Es indispensable ayudar a los jóvenes a valorar los recursos que llevan dentro de sí como dinamismo y deseo positivo; ponerlos en contacto con propuestas llenas de humanidad y de valores evangélicos; impulsarlos a insertarse en la sociedad como parte activa a través del trabajo, la participación y el compromiso en favor del bien común. Esto exige que quienes los guían ensanchen los ámbitos del compromiso educativo con atención a las nuevas pobreza juveniles, a la educación superior, a la inmigración; requiere, además, prestar atención a la familia y a su implicación. Desarrollé este aspecto tan importante en la *Carta* sobre la urgencia educativa, que dirigí recientemente a los fieles de Roma y que ahora entrego idealmente a todos

los salesianos.

5. Desde su origen, la congregación salesiana está comprometida en la evangelización en diversas partes del mundo: desde la Patagonia y América Latina hasta Asia y Oceanía, África y Madagascar. En un momento en que en Europa las vocaciones disminuyen y los desafíos de la evangelización aumentan, la congregación salesiana debe estar atenta a fortalecer la propuesta cristiana, la presencia de la Iglesia y el carisma de don Bosco en este continente. Al igual que Europa ha sido generosa enviando numerosos misioneros a todo el mundo, así ahora toda la congregación, apelando especialmente a las regiones ricas en vocaciones, debe estar disponible con respecto a ella.

Para prolongar en el tiempo la misión entre los jóvenes, el Espíritu Santo impulsó a don Bosco a dar vida a varias fuerzas apostólicas animadas por el mismo espíritu y unidas por el mismo compromiso. En efecto, las tareas de la evangelización y la educación requieren numerosas aportaciones, que sepan actuar en sinergia; por eso, los salesianos han implicado en dicha obra a numerosos laicos, a las familias y a los jóvenes mismos, suscitando entre ellos vocaciones apostólicas que mantengan vivo y fecundo el carisma de don Bosco.

Es preciso presentar a estos jóvenes la fascinación de la vida consagrada, el radicalismo del seguimiento de Cristo obediente, pobre y casto, el primado

de Dios y del Espíritu, la vida fraterna en comunidad, la entrega total a la misión. Los jóvenes son sensibles a propuestas de compromiso exigente, pero necesitan testigos y guías que sepan acompañarlos en el descubrimiento y en la acogida de dicho don.

Sé que en este contexto la congregación está dedicando una atención especial a la vocación del salesiano coadjutor, sin la cual perdería la fisonomía que don Bosco quiso darle. Ciertamente, es una vocación difícil de discernir y de acoger; brota más fácilmente donde se promueven entre los jóvenes las vocaciones laicales apostólicas y se les da un testimonio gozoso y entusiasta de consagración religiosa. Que el ejemplo y la intercesión del beato Artémides Zatti y de otros venerados hermanos coadjutores, que gastaron su existencia por el reino de Dios, obtengan también hoy a la familia salesiana el don de esas vocaciones.

6. Aprovecho, de buen grado, esta ocasión para expresar un agradecimiento particular a la congregación salesiana por el trabajo de investigación y formación que lleva a cabo en la Pontificia Universidad Salesiana, donde se han formado y han sido profesores algunos de mis actuales y más estrechos y estimados colaboradores. Tiene una identidad que le deriva del carisma de don Bosco, y da a toda la Iglesia una contribución original y específica. Es la única entre las universidades pontificias que tiene una facultad de ciencias de la

educación y un departamento de pastoral juvenil y catequística, sostenidos por las aportaciones de otras facultades. Con vistas a un estudio que aproveche la diversidad de las culturas y esté atento a la multiplicidad de los contextos, es de desear que se incremente en ella la presencia de profesores provenientes de toda la congregación.

Ante la emergencia educativa que existe en numerosas partes del mundo, la Iglesia necesita la contribución de estudiosos que profundicen la metodología de los procesos pedagógicos y formativos, la evangelización de los jóvenes y su educación moral, elaborando juntos respuestas a los desafíos de la era posmoderna, de la interculturalidad y de la comunicación social, tratando al mismo tiempo de ayudar a las familias.

El sistema preventivo de don Bosco y la tradición educativa salesiana impulsarán seguramente a la congregación a proponer una pedagogía cristiana actual, inspirada en su carisma específico. La educación constituye uno de los puntos fundamentales de la cuestión antropológica actual, para cuya solución estoy seguro de que la Pontificia Universidad Salesiana dará una valiosa contribución.

7. Señor rector mayor, la tarea que tiene ante sí la congregación salesiana es ardua, pero también exaltante: cada miembro de vuestra gran familia religiosa está llamado a hacer presente a

don Bosco entre los jóvenes de nuestro tiempo. En el año 2015 celebraréis el bicentenario de su nacimiento, y con las decisiones que tomaréis en este capítulo general ya iniciáis la preparación de las celebraciones de ese importante acontecimiento jubilar. Que esto os sirva de estímulo para ser cada vez más “signos creíbles del amor de Dios a los jóvenes” y para hacer que los jóvenes sean verdaderamente la esperanza de la Iglesia y de la sociedad.

La Virgen María, a quien don Bosco os enseñó a invocar como Madre de la Iglesia y Auxiliadora de los cristianos, os sostenga en vuestros propósitos. “Es ella quien lo ha hecho todo”, repetía don Bosco al final de su vida,

refiriéndose a María. Por tanto, ella será una vez más vuestra guía y maestra. Os ayudará a comunicar “el carisma de don Bosco”. Será para vuestra congregación y para toda la familia salesiana, para los educadores y sobre todo para los jóvenes, Madre y Estrella de la esperanza.

Al presentar a vuestra atención estas reflexiones, os renuevo la expresión de mi gratitud por el servicio que prestáis a la Iglesia, y, a la vez que os aseguro mi constante oración, le imparto de corazón a usted, rector mayor, a los participantes en la asamblea capitular y a toda la familia salesiana, una especial bendición apostólica.

Vaticano, 1 de marzo de 2008

DISCURSOS

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a la señora Mary Ann Glendon, nueva Embajadora de Estados Unidos ante la Santa Sede

Viernes 29 de febrero de 2008

Excelexencia:

Me complace aceptar las cartas que la acreditan como embajadora extraordinaria y plenipotenciaria de Estados Unidos de América y expresarle mis mejores deseos al asumir sus nuevas respon-

sabilidades al servicio de su país. Confío en que el conocimiento y la experiencia logrados en su cualificada colaboración con la Santa Sede le puedan servir en el cumplimiento de sus deberes y enriquezcan la actividad de la comunidad diplomática a la que usted ahora pertenece. También le doy las gracias por el cordial saludo que me ha transmitido de parte del presidente George W. Bush, en representación del pueblo estadounidense, mientras me preparo para mi visita pastoral a Estados Unidos en abril.

Desde el alba de la República, como usted ha observado, Estados Unidos ha

sido una nación que valora el papel de las creencias religiosas para garantizar un orden democrático vibrante y éticamente sano. El ejemplo de su nación que reúne a personas de buena voluntad independientemente de la raza, la nacionalidad o el credo, en una visión compartida y en una búsqueda disciplinada del bien común, ha estimulado a muchas naciones más jóvenes en sus esfuerzos por crear un orden social armonioso, libre y justo. Esta tarea de conciliar unidad y diversidad, de perfilar un objetivo común y de hacer acopio de la energía moral necesaria para alcanzarlo, se ha convertido hoy en una tarea urgente para toda la familia humana, cada vez más consciente de su interdependencia y de la necesidad de una solidaridad efectiva para hacer frente a los desafíos mundiales y construir un futuro de paz para las futuras generaciones.

La experiencia del siglo pasado, con su pesado patrimonio de guerra y de violencia, que culminó en el exterminio planificado de pueblos enteros, puso de manifiesto que el futuro de la humanidad no puede depender del mero compromiso político. Más bien, debe ser el fruto de un consenso más profundo basado en el reconocimiento de verdades universales, arraigadas en una reflexión razonada sobre los postulados de nuestra humanidad común (cf. *Mensaje para la Jornada mundial de la paz de 2008*, n. 13).

La Declaración universal de derechos humanos, cuyo sexagésimo aniversario celebramos este año, fue el

resultado del convencimiento mundial de que un orden global justo sólo puede basarse en el reconocimiento y en la defensa de la dignidad y de los derechos inviolables de cada hombre y cada mujer. Este reconocimiento, a su vez, debe motivar toda decisión que afecte al futuro de la familia humana y a todos sus miembros. Confío en que su país, basado en la verdad evidente de que el Creador ha dotado a cada ser humano de ciertos derechos inalienables, siga encontrando en los principios de la ley moral común, consagrados en sus documentos fundacionales, una guía segura para ejercer su liderazgo en la comunidad internacional.

La edificación de una cultura jurídica mundial inspirada por los más altos ideales de justicia, solidaridad y paz exige un compromiso decidido, esperanza y generosidad de parte de cada nueva generación (cf. *Spe salvi*, 25). Aprecio su referencia a los significativos esfuerzos realizados por Estados Unidos a fin de elaborar métodos creativos para aliviar los graves problemas que deben afrontar muchas naciones y pueblos en el mundo. La edificación de un futuro más seguro para la familia humana significa ante todo y sobre todo trabajar por el desarrollo integral de los pueblos, especialmente mediante adecuadas medidas de asistencia sanitaria, la eliminación de pandemias como el sida, oportunidades educativas más amplias para los jóvenes, la promoción de la mujer, y poniendo freno a la corrupción y a la militarización que desvían recursos va-

liosos de muchos de nuestros hermanos y hermanas en los países más pobres.

El progreso de la familia humana no sólo se ve amenazado por la plaga del terrorismo internacional, sino también por atentados contra la paz como la aceleración de la carrera de armamentos o las continuas tensiones en Oriente Próximo. Aprovecho la ocasión para expresar mi esperanza de que negociaciones pacientes y transparentes lleven a la reducción y la eliminación de las armas nucleares y de que la reciente Conferencia de Annapolis sea la primera de una serie de iniciativas con miras a una paz duradera en la región.

La resolución de estos y otros problemas semejantes exige confianza y compromiso en la labor de organismos internacionales como la Organización de las Naciones Unidas, que por su naturaleza pueden promover el diálogo y el entendimiento auténtico, conciliar opiniones divergentes y desarrollar políticas y estrategias multilaterales capaces de responder a los numerosos retos de nuestro mundo complejo, que cambia tan rápidamente. No puedo dejar de observar con gratitud la importancia que Estados Unidos ha atribuido al diálogo entre las religiones y las culturas como una fuerza que contribuye de forma eficaz a promover la paz. La Santa Sede está convencida del gran potencial espiritual de ese diálogo, en particular para la promoción de la no violencia y el rechazo de las ideologías que manipulan y desfiguran la religión con miras a objetivos políticos, y justifican la violencia en nombre de Dios.

El aprecio histórico del pueblo estadounidense por el papel de la religión para forjar el debate público y para iluminar la dimensión moral intrínseca en las cuestiones sociales -un papel contestado a veces en nombre de una comprensión limitada de la vida política y del debate público- se refleja en los esfuerzos de muchos de sus compatriotas y líderes gubernamentales para asegurar la protección legal del don divino de la vida desde su concepción hasta su muerte natural y salvaguardar la institución del matrimonio, reconocido como unión estable entre un hombre y una mujer, así como de la familia.

Señora embajadora, al emprender ahora sus elevadas responsabilidades al servicio de su país, le renuevo mis mejores deseos de éxito en su misión. Puede contar siempre con las oficinas de la Santa Sede para asistirle y apoyarla en el cumplimiento de sus responsabilidades. Imploro de corazón para usted, para su familia y para el querido pueblo estadounidense las bendiciones divinas de sabiduría, fortaleza y paz.

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los participantes en la Asamblea
Plenaria del Consejo Pontificio “Cor
Unum”*

Viernes 29 de febrero de 2008

Señor cardenal; venerados hermanos

en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:

Me alegra encontrarme con vosotros, con ocasión de la asamblea plenaria del Consejo pontificio “Cor unum”. Dirijo mi cordial saludo a cada uno de los participantes en este encuentro. En particular, saludo al cardenal Paul Josef Cordes, al que agradezco sus amables palabras, al monseñor secretario y a todos los miembros y oficiales del Consejo pontificio “Cor unum”.

El tema sobre el que estáis reflexionando durante estos días -“Las cualidades humanas y espirituales de quienes trabajan en la actividad caritativa de la Iglesia”- toca un elemento importante de la vida eclesial. En efecto, se trata de quienes prestan en el pueblo de Dios un servicio indispensable, la *diaconía* de la caridad. Y precisamente al tema de la caridad quise dedicar mi primera encíclica, *Deus caritas est*.

Por tanto, aprovecho de buen grado esta ocasión para expresar mi agradecimiento en particular a los que, de diversos modos, trabajan en el sector caritativo, manifestando con sus intervenciones que la Iglesia se hace presente, de manera concreta, entre quienes se encuentran en situaciones de dificultad y sufrimiento. Los pastores tienen la responsabilidad global y última de esta acción eclesial, tanto por lo que concierne a la sensibilización como a la realización de proyectos de promoción humana, especialmente en favor de

comunidades pobres. Damos gracias a Dios porque son numerosos los cristianos que invierten tiempo y energías no sólo para enviar ayudas materiales, sino también un apoyo de consuelo y esperanza a quienes se encuentran en situaciones difíciles, cultivando una constante solicitud por el verdadero bien del hombre.

Así, la actividad caritativa ocupa un lugar central en la misión evangelizadora de la Iglesia. No debemos olvidar que las obras de caridad constituyen también un terreno privilegiado de encuentro con personas que aún no conocen a Cristo o lo conocen sólo parcialmente. Por tanto, los pastores y los responsables de la pastoral de la caridad dedican, con razón, una atención constante a quienes trabajan en el ámbito de la *diaconía*, preocupándose por formarlos tanto desde el punto de vista humano y profesional como del teológico-espiritual y pastoral.

En nuestro tiempo, sea en la sociedad sea en la Iglesia, se da una gran importancia a la formación permanente, como lo demuestra el florecimiento de instituciones especializadas y centros creados con la finalidad de proporcionar instrumentos útiles para adquirir competencias técnicas específicas. Pero para quienes trabajan en los organismos caritativos eclesiales es indispensable la «formación del corazón», de la que hablé en la citada encíclica *Deus caritas est* (cf. n. 31, a): formación íntima y espiritual que, gracias al encuentro per-

sonal con Cristo, suscita la sensibilidad espiritual que permite conocer a fondo y colmar las expectativas y las necesidades del hombre. Precisamente esto hace posible experimentar los mismos sentimientos de amor misericordioso que Dios alberga por todos los seres humanos.

En los momentos de sufrimiento y de dolor, ésta es la actitud necesaria. Por tanto, quienes trabajan en las múltiples formas de actividad caritativa de la Iglesia no pueden contentarse sólo con una actuación técnica o con resolver problemas y dificultades materiales. La ayuda que ofrecen no debe reducirse nunca a gesto filantrópico, sino que debe ser expresión tangible del amor evangélico. Además, quienes realizan su obra en favor del hombre en organismos parroquiales, diocesanos e internacionales, la realizan en nombre de la Iglesia y están llamados a transparentar en su actividad una auténtica experiencia de Iglesia.

Así pues, una adecuada y eficaz formación en este sector vital no puede menos de tender a formar cada vez mejor a los agentes de las diversas actividades caritativas, para que sean siempre y sobre todo testigos de amor evangélico. Lo serán si su misión no se limita a ser agentes de servicios sociales, sino a anunciar el evangelio de la caridad. Siguiendo los pasos de Cristo, están llamados a ser *testigos del valor de la vida*, en todas sus expresiones, defendiendo especialmente la vida de los débiles y

de los enfermos, imitando el ejemplo de la beata madre Teresa de Calcuta, que amaba y asistía a los moribundos, porque la vida no se mide según su eficiencia, sino que tiene valor siempre y para todos.

En segundo lugar, estos agentes eclesiales están llamados a ser *testigos del amor*, es decir, del hecho de que somos plenamente hombres y mujeres cuando vivimos atentos a las necesidades de los demás; que nadie puede morir y vivir para sí mismo; que la felicidad no se encuentra en la soledad de una vida encerrada en sí misma, sino en la entrega de sí.

Por último, quienes trabajan en el ámbito de las actividades eclesiales deben ser *testigos de Dios*, que es plenitud de amor e invita a amar. La fuente de toda intervención del agente eclesial está en Dios, amor creador y redentor. Como escribí en la encíclica *Deus caritas est*, podemos practicar el amor porque hemos sido creados a imagen y semejanza divina para “vivir el amor y así llevar la luz de Dios al mundo” (n. 39): a eso quise invitar con esta encíclica.

Por tanto, ¡cuánta plenitud de significado podéis encontrar en vuestra actividad! Y ¡cuán valiosa es para la Iglesia! Me alegro de que, precisamente para que sea cada vez más testimonio del Evangelio, el Consejo pontificio “Cor unum” haya organizado para el próximo mes de junio una tanda de ejercicios espirituales en Guadalajara para

presidentes y directores de organismos caritativos del continente americano. Servirá para recuperar plenamente la dimensión humana y cristiana a la que acabo de aludir, y espero que en el futuro la iniciativa se amplíe también a otras regiones del mundo.

Queridos amigos, a la vez que os agradezco lo que hacéis, os aseguro mi afectuoso recuerdo en la oración y sobre cada uno de vosotros y sobre vuestro trabajo imparto de corazón una bendición apostólica especial.

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,
al final del rezo del Rosario con ocasión
de la VI Jornada Europea de los
Universitarios*

Sábado, 1 de marzo de 2008

Queridos jóvenes universitarios:

Al final de esta vigilia mariana, con gran alegría os saludo a todos los que estáis aquí presentes y a quienes participáis en la oración a través de conexiones por satélite. Saludo y expreso mi agradecimiento a los cardenales y obispos, en particular a los que han presidido el rezo del rosario en las sedes conectadas: Aparecida, en Brasil; Aviñón, en Francia; Bucarest, en Rumanía; Ciudad de México, en México; La Habana, en Cuba; Loja, en Ecuador; Minsk, en Bielorrusia; Nápoles, en Italia; Toledo, en España; y Washington,

en Estados Unidos. Cinco sedes en Europa y cinco en América. De hecho, esta iniciativa tiene por tema: “Europa y América unidas para construir la civilización del amor”. Y precisamente sobre este tema se ha celebrado en estos días, en la Universidad Gregoriana, un congreso, a cuyos participantes dirijo un cordial saludo.

Ha sido acertada la decisión de poner de relieve cada vez la relación entre Europa y otro continente, en una perspectiva de esperanza. Hace dos años, Europa y África; el año pasado, Europa y Asia; este año, Europa y América. El cristianismo constituye un vínculo fuerte y profundo entre el así llamado “viejo continente” y el que ha sido llamado “el nuevo mundo”. Basta pensar en el puesto fundamental que ocupan la sagrada Escritura y la liturgia cristiana en la cultura y en el arte de los pueblos europeos y americanos. Sin embargo, por desgracia, la así llamada “civilización occidental” ha traicionado en parte su inspiración evangélica. Por tanto, se impone una reflexión honrada y sincera, un examen de conciencia. Es necesario discernir entre lo que construye la “civilización del amor”, según el designio de Dios revelado en Jesucristo, y lo que en cambio se opone a ella.

Me dirijo ahora a vosotros, queridos jóvenes. En la historia de Europa y de América, los jóvenes siempre han sido promotores de impulsos evangélicos. Basta pensar en jóvenes como san Benito de Nursia, san Francisco de Asís

y el beato Karl Leisner, en Europa; como san Martín de Porres, santa Rosa de Lima y la beata Catalina Tekakwitha, en América. Jóvenes constructores de la civilización del amor. Hoy Dios os llama a vosotros, jóvenes europeos y americanos, a cooperar, junto con vuestros coetáneos de todo el mundo, para que la savia del Evangelio renueve la civilización de estos dos continentes y de toda la humanidad.

Las grandes ciudades europeas y americanas son cada vez más cosmopolitas, pero con frecuencia les falta esta savia capaz de hacer que las diferencias no sean motivo de división o de conflicto, sino más bien de enriquecimiento recíproco. La civilización del amor es convivencia respetuosa, pacífica y gozosa de las diferencias en nombre de un proyecto común, que el beato Papa, Juan XXIII, apoyaba sobre los cuatro pilares del amor, la verdad, la libertad y la justicia.

Ésta es la consigna que hoy os dejo, queridos amigos: sed discípulos y testigos del Evangelio, porque el Evangelio es la buena semilla del reino de Dios, es decir, de la civilización del amor. Sed constructores de paz y de unidad. La iniciativa de entregaros a cada uno de vosotros el texto de la encíclica *Spe salvi* en un disco compacto en cinco idiomas es signo de esta unidad católica, es decir, universal e íntegra en los contenidos de la fe cristiana, que nos une a todos. Que la Virgen María vele sobre vosotros, sobre vuestras familias y sobre todos vuestros seres queridos.

Ahora quiero saludar en los diferentes idiomas a cuantos están unidos con nosotros desde las otras ciudades a través de las conexiones radiotelevisivas.

Queridos jóvenes reunidos en las ciudades de México, La Habana, Loja, y Toledo, sed testigos de la gran esperanza que Cristo ha traído al mundo. Que el Señor os bendiga y os acompañe en vuestros compromisos de estudio.

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los miembros del Comité Pontificio
de Ciencias Históricas*

*Sala de los Papas. Viernes, 7 de marzo
de 2008*

*Reverendo monseñor; ilustres señores y
amables señoras:*

Me alegra dirigiros unas palabras especiales de saludo y de aprecio por el trabajo que realizáis en un campo de gran interés para la vida de la Iglesia. Me congratulo con vuestro presidente y con cada uno de vosotros por el camino recorrido durante estos años.

Como bien sabéis, fue León XIII quien, ante una historiografía orientada por el espíritu de su tiempo y hostil a la Iglesia, pronunció la famosa frase: «No tenemos miedo de la publicidad de los documentos», e hizo accesible el archivo de la Santa Sede a los investigadores. Al mismo tiempo, creó la comisión de car-

denales para la promoción de los estudios históricos que vosotros, profesoras y profesores, podéis considerar como antecesora del Comité pontificio de ciencias históricas, del que sois miembros. León XIII estaba convencido de que el estudio y la descripción de la historia auténtica de la Iglesia no podían por menos de ser favorables a ella.

Desde entonces, el contexto cultural ha experimentado un cambio profundo. Ya no se trata sólo de afrontar una historiografía hostil al cristianismo y a la Iglesia. Hoy es la historiografía misma la que atraviesa una crisis muy profunda y debe luchar por su propia existencia en una sociedad modelada por el positivismo y el materialismo. Estas ideologías han conducido a un entusiasmo descontrolado por el progreso que, animado por espectaculares descubrimientos y éxitos técnicos, a pesar de las desastrosas experiencias del siglo pasado, determina la concepción de la vida de amplios sectores de la sociedad. Así, el pasado aparece sólo como un fondo oscuro, sobre el cual el presente y el futuro resplandecen con promesas atractivas. A esto se une también la utopía de un paraíso en la tierra, a pesar de que dicha utopía se ha demostrado falsa.

Típico de esta mentalidad es el desinterés por la historia, que se traduce en la marginación de las ciencias históricas. Donde están activas estas fuerzas ideológicas, se descuidan la investigación histórica y la enseñanza de la historia

en la universidad y en las escuelas de todos los niveles y grados. Esto produce una sociedad que, olvidando su pasado, y por tanto desprovista de criterios adquiridos a través de la experiencia, ya no es capaz de proyectar una convivencia armoniosa y un compromiso común con vistas a la realización de objetivos futuros. Esta sociedad está muy expuesta a la manipulación ideológica.

El peligro aumenta cada vez más a causa del excesivo énfasis que se da a la historia contemporánea, sobre todo cuando las investigaciones en este sector están condicionadas por una metodología inspirada en el positivismo y en la sociología. Además, se ignoran importantes ámbitos de la realidad histórica, incluso épocas enteras. Por ejemplo, en muchos planes de estudio la enseñanza de la historia comienza solamente desde los acontecimientos de la Revolución francesa. Producto inevitable de este desarrollo es una sociedad que ignora su pasado y, por consiguiente, carece de memoria histórica. Cualquiera puede ver la gravedad de esa consecuencia: así como la pérdida de la memoria provoca en la persona la pérdida de su identidad, de modo análogo este fenómeno se verifica en la sociedad en su conjunto.

Es evidente que este olvido histórico conlleva un peligro para la integridad de la naturaleza humana en todas sus dimensiones. La Iglesia, llamada por Dios Creador a cumplir el deber de defender al hombre y su humanidad,

promueve una cultura histórica auténtica, un progreso efectivo de las ciencias históricas. En efecto, la investigación histórica en un nivel elevado también entra, en el sentido más estricto, en el interés específico de la Iglesia. El análisis histórico, aunque no concierna a la historia propiamente eclesiástica, contribuye en cualquier caso a la descripción del espacio vital en el que la Iglesia ha cumplido y cumple su misión a lo largo de los siglos. Indudablemente, los diversos contextos históricos siempre han determinado, facilitado o dificultado la vida y la acción de la Iglesia. La Iglesia no es de este mundo, pero vive en él y para él.

Si consideramos ahora la historia eclesiástica desde el punto de vista teológico, notamos otro aspecto importante. Su cometido esencial es la compleja misión de indagar y aclarar el proceso de recepción y de transmisión, de *paralepsis* y de *paradosis*, a través del cual se ha fundado, a lo largo de los siglos, la razón de ser de la Iglesia. En efecto, es indudable que la Iglesia para sus opciones se inspira en su tesoro plurisecular de experiencias y memorias.

Por eso, ilustres miembros del Comité pontificio de ciencias históricas, deseo animaros de todo corazón a comprometeros, como habéis hecho hasta ahora, al servicio de la Santa Sede para alcanzar estos objetivos, manteniendo vuestro constante y meritorio compromiso en la investigación y en la enseñanza. Deseo que, en sinergia con

la actividad de otros colegas serios y autorizados, persigáis con eficacia los arduos objetivos que os habéis propuesto y os esforcéis por alcanzar una ciencia histórica cada vez más auténtica.

Con estos sentimientos, y asegurando un recuerdo en mi oración por vosotros y por vuestro delicado compromiso, os imparto a todos una especial bendición apostólica.

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los Prelados y Oficiales del Tribunal
de la Penitenciaría Apostólica*

Viernes, 7 de marzo de 2008

Señor cardenal; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos penitenciararios de las basílicas romanas:

Me alegra recibirlos, mientras llega a su término el curso sobre el fuero interno que la Penitenciaría apostólica organiza desde hace varios años durante la Cuaresma. Con un programa esmeradamente preparado, este encuentro anual presta un valioso servicio a la Iglesia y contribuye a mantener vivo el sentido de la santidad del sacramento de la Reconciliación. Por tanto, expreso mi cordial agradecimiento a quienes lo organizan y, en particular, al penitenciarario mayor, el cardenal James Francis Stafford, a quien saludo y agradezco las amables palabras que me ha dirigido. Saludo asimismo

y manifiesto mi gratitud al regente y al personal de la Penitenciaría, así como a los beneméritos religiosos de diversas Órdenes que administran el sacramento de la Penitencia en las basílicas papales de Roma. Saludo, además, a todos los participantes en el curso.

La Cuaresma es un tiempo muy propicio para meditar en la realidad del pecado a la luz de la misericordia infinita de Dios, que el sacramento de la Penitencia manifiesta en su forma más elevada. Por eso, aprovecho de buen grado la ocasión para proponer a vuestra atención algunas reflexiones sobre la administración de este sacramento en nuestra época, que por desgracia está perdiendo cada vez más el sentido del pecado.

Es necesario ayudar a quienes se confiesan a experimentar la ternura divina para con los pecadores arrepentidos que tantos episodios evangélicos muestran con tonos de intensa conmoción. Tomemos, por ejemplo, la famosa página del evangelio de san Lucas que presenta a la pecadora perdonada (cf. *Lc* 7, 36-50). Simón, fariseo y rico “notable” de la ciudad, ofrece en su casa un banquete en honor de Jesús. Inesperadamente, desde el fondo de la sala, entra una huésped no invitada ni prevista: una conocida pecadora pública. Es comprensible el malestar de los presentes, que a la mujer no parece preocuparle. Ella avanza y, de modo más bien furtivo, se detiene a los pies de Jesús. Había escuchado sus palabras de perdón y de esperanza para todos,

incluso para las prostitutas, y está allí conmovida y silenciosa. Con sus lágrimas moja los pies de Jesús, se los enjuga con sus cabellos, los besa y los unge con un agradable perfume. Al actuar así, la pecadora quiere expresar el afecto y la gratitud que alberga hacia el Señor con gestos familiares para ella, aunque la sociedad los censure.

Frente al desconcierto general, es precisamente Jesús quien afronta la situación: “Simón, tengo algo que decirte”. El fariseo le responde: “Di, maestro”. Todos conocemos la respuesta de Jesús con una parábola que podríamos resumir con las siguientes palabras que el Señor dirige fundamentalmente a Simón: “¿Ves? Esta mujer sabe que es pecadora e, impulsada por el amor, pide comprensión y perdón. Tú, en cambio, presumes de ser justo y tal vez estás convencido de que no tienes nada grave de lo cual pedir perdón”.

Es elocuente el mensaje que transmite este pasaje evangélico: a quien ama mucho Dios le perdona todo. Quien confía en sí mismo y en sus propios méritos está como cegado por su yo y su corazón se endurece en el pecado. En cambio, quien se reconoce débil y pecador se encomienda a Dios y obtiene de él gracia y perdón. Este es precisamente el mensaje que debemos transmitir: lo que más cuenta es hacer comprender que en el sacramento de la Reconciliación, cualquiera que sea el pecado cometido, si lo reconocemos humildemente y acudimos con confianza al sacerdote confe-

sor, siempre experimentamos la alegría pacificadora del perdón de Dios.

Desde esta perspectiva, asume notable importancia vuestro curso, orientado a preparar confesores bien formados desde el punto de vista doctrinal y capaces de hacer experimentar a los penitentes el amor misericordioso del Padre celestial. ¿No es verdad que hoy se asiste a cierto desafecto por este sacramento? Cuando sólo se insiste en la acusación de los pecados, que también debe hacerse y es necesario ayudar a los fieles a comprender su importancia, se corre el peligro de relegar a un segundo plano lo que es central en él, es decir, el encuentro personal con Dios, Padre de bondad y de misericordia. En el centro de la celebración sacramental no está el pecado, sino la misericordia de Dios, que es infinitamente más grande que nuestra culpa.

Los pastores, y especialmente los confesores, también deben esforzarse por poner de relieve el vínculo íntimo que existe entre el sacramento de la Reconciliación y una existencia encaminada decididamente a la conversión. Es necesario que entre la práctica del sacramento de la Confesión y una vida orientada a seguir sinceramente a Cristo se instaure una especie de “círculo virtuoso” imparable, en el que la gracia del sacramento sostenga y alimente el esfuerzo por ser discípulos fieles del Señor.

El tiempo cuaresmal, en el que nos

encontramos, nos recuerda que nuestra vida cristiana debe tender siempre a la conversión y, cuando nos acercamos frecuentemente al sacramento de la Reconciliación, permanece vivo en nosotros el anhelo de perfección evangélica. Si falta este anhelo incesante, la celebración del sacramento corre, por desgracia, el peligro de transformarse en algo formal que no influye en el entramado de la vida diaria. Por otra parte, si, aun estando animados por el deseo de seguir a Jesús, no nos confesamos regularmente, corremos el riesgo de reducir poco a poco el ritmo espiritual hasta debilitarlo cada vez más y, tal vez, incluso hasta apagarlo.

Queridos hermanos, no es difícil comprender el valor que tiene en la Iglesia vuestro ministerio de dispensadores de la misericordia divina para la salvación de las almas. Seguid e imitad el ejemplo de tantos santos confesores que, con su intuición espiritual, ayudaban a los penitentes a caer en la cuenta de que la celebración regular del sacramento de la Penitencia y la vida cristiana orientada a la santidad son componentes inseparables de un mismo itinerario espiritual para todo bautizado. Y no olvidéis que también vosotros debéis ser ejemplos de auténtica vida cristiana.

La Virgen María, Madre de misericordia y de esperanza, os ayude a vosotros y a todos los confesores a prestar con celo y alegría este gran servicio, del que depende en tan gran medida

la vida de la Iglesia. Yo os aseguro un recuerdo en la oración y con afecto os bendigo.

*Palabras del Papa, Benedicto XVI,
VIA CRUCIS EN EL COLISEO*

*Colina del Palatino. Viernes Santo 21
de marzo de 2008*

Queridos hermanos y hermanas:

También este año hemos recorrido el camino de la cruz, el vía crucis, volviendo a evocar con fe las etapas de la pasión de Cristo. Nuestros ojos han vuelto a contemplar los sufrimientos y la angustia que nuestro Redentor tuvo que soportar en la hora del gran dolor, que marcó la cumbre de su misión terrena. Jesús muere en la cruz y yace en el sepulcro. El día del Viernes santo, tan impregnado de tristeza humana y de religioso silencio, se concluye en el silencio de la meditación y de la oración. Al volver a casa, también nosotros, como quienes asistieron al sacrificio de Jesús, nos golpeamos el pecho, recordando lo que sucedió (cf. *Lc 23, 48*). ¿Es posible permanecer indiferentes ante la muerte de un Dios? Por nosotros, por nuestra salvación se hizo hombre y murió en la cruz.

Hermanos y hermanas, dirijamos hoy a Cristo nuestra mirada, con frecuencia distraída por intereses terrenos superficiales y efímeros. Detengámonos a contemplar su cruz. La cruz es manantial de vida inmortal; es escuela

de justicia y de paz; es patrimonio universal de perdón y de misericordia; es prueba permanente de un amor oblativo e infinito que llevó a Dios a hacerse hombre, vulnerable como nosotros, hasta morir crucificado. Sus brazos clavados se abren para cada ser humano y nos invitan a acercarnos a él con la seguridad de que nos va a acoger y estrechar en un abrazo de infinita ternura: «Cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (*Jn 12, 32*).

A través del camino doloroso de la cruz, los hombres de todas las épocas, reconciliados y redimidos por la sangre de Cristo, han llegado a ser amigos de Dios, hijos del Padre celestial. «Amigo», así llama Jesús a Judas y le dirige el último y dramático llamamiento a la conversión. «Amigo» nos llama a cada uno de nosotros, porque es verdadero amigo de todos. Por desgracia, los hombres no siempre logran percibir la profundidad de este amor infinito que Dios tiene a sus criaturas. Para él no hay diferencia de raza y cultura. Jesucristo murió para librar a toda la humanidad de la ignorancia de Dios, del círculo de odio y venganza, de la esclavitud del pecado. La cruz nos hace hermanos.

Pero preguntémosnos: ¿qué hemos hecho con este don?, ¿qué hemos hecho con la revelación del rostro de Dios en Cristo, con la revelación del amor de Dios que vence al odio? También en nuestra época, muchos no conocen a Dios y no pueden encontrarlo en Cristo crucificado. Muchos buscan

un amor y una libertad que excluya a Dios. Muchos creen que no tienen necesidad de Dios.

Queridos amigos, después de vivir juntos la pasión de Jesús, dejemos que en esta noche nos interpele su sacrificio en la cruz. Permitámosle que ponga en crisis nuestras certezas humanas. Abrámosle el corazón. Jesús es la verdad que nos hace libres para amar. ¡No tengamos miedo! Al morir, el Señor salvó a los pecadores, es decir, a todos nosotros. El apóstol san Pedro escribe: «Sobre el madero llevó nuestros pecados en su cuerpo a fin de que, muertos a nuestros pecados, viviéramos para la

justicia; por sus llagas habéis sido curados» (1 P 2, 24). Esta es la verdad del Viernes santo: en la cruz el Redentor nos devolvió la dignidad que nos pertenece, nos hizo hijos adoptivos de Dios, que nos creó a su imagen y semejanza. Permanezcamos, por tanto, en adoración ante la cruz.

Cristo, Rey crucificado, danos el verdadero conocimiento de ti, la alegría que anhelamos, el amor que llene nuestro corazón sediento de infinito. Esta es nuestra oración en esta noche, Jesús, Hijo de Dios, muerto por nosotros en la cruz y resucitado al tercer día. Amén.

HOMILÍAS

Homilía del Papa, Benedicto XVI, en la Santa Misa en el XXV Aniversario del Centro Internacional Juvenil San Lorenzo

Iglesia de San Lorenzo in Piscibus. Roma, V Domingo de Cuaresma, 9 de marzo de 2008

Señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:

Para mí es una gran alegría poder conmemorar juntamente con vosotros, en esta hermosa iglesia románica, el 25° aniversario del Centro internacional juvenil San Lorenzo, que el amado Papa, Juan Pablo II, quiso instituir cerca de la

basílica de San Pedro e inauguró el 13 de marzo de 1983. La santa misa que se celebra aquí todos los viernes por la tarde constituye para muchos jóvenes, que vienen de varias partes del mundo para estudiar en las universidades romanas, una importante cita espiritual y una significativa ocasión para tomar contacto con cardenales y obispos de la Curia romana, así como con obispos de los cinco continentes de paso por Roma para su visita *ad limina*.

Como habéis recordado, también yo vine aquí muchas veces a celebrar la Eucaristía cuando era prefecto de la Congregación para la doctrina de la fe, y fue siempre una hermosa experiencia encontrarme con chicos y chicas de tantas regiones de la tierra para quienes este centro es un importante punto de acogida y de referencia.

Y precisamente a vosotros, queridos jóvenes, dirijo ante todo mi cordial saludo, agradeciéndoo la acogida entusiasta que me habéis dispensado. Saludo, asimismo, a todos los que habéis querido participar en esta celebración, a la vez solemne y familiar. Saludo en especial a los señores cardenales y a los prelados presentes. Permitidme que entre ellos cite en particular al cardenal Paul Josef Cordes, titular de esta iglesia de San Lorenzo in Piscibus, y al cardenal Stanislaw Rylko, presidente del Consejo pontificio para los laicos, a quien agradezco las amables palabras de bienvenida que me ha dirigido al inicio de la santa misa, juntamente con los dos portavoces de los jóvenes.

Saludo a mons. Josef Clemens, secretario del Consejo pontificio, al equipo de jóvenes, sacerdotes y seminaristas que animan este centro bajo la guía de la sección de jóvenes de ese dicasterio, y a todos los que de diferentes maneras brindan su colaboración. Me refiero a las asociaciones, a los movimientos y a las comunidades aquí representadas, con una mención especial para la Comunidad del Emmanuel, que desde hace veinte años coordina con gran fidelidad las diversas iniciativas y ha creado una Escuela de misión en Roma, de la que provienen algunos de los jóvenes aquí presentes. Saludo también a los capellanes y a los voluntarios que han trabajado aquí en estos veinticinco años al servicio de la juventud. A todos y a cada uno va mi afectuoso saludo.

Pasemos ahora al evangelio de este día, dedicado a un tema importante y fundamental: ¿qué es la vida?, ¿qué es la muerte?, ¿cómo vivir?, ¿cómo morir? Con el fin de ayudarnos a comprender mejor este misterio de la vida y la respuesta de Jesús, san Juan usa para esta única realidad de la vida dos palabras diferentes, indicando las diversas dimensiones de la realidad llamada “vida”: la palabra *bíos* y la palabra *zoé*. *Bíos*, como se comprende fácilmente, significa este gran biocosmos, esta biosfera, que va desde las células primitivas hasta los organismos más organizados, más desarrollados, este gran árbol de la vida, en el que se han desarrollado todas las posibilidades de la realidad *bíos*. A este árbol de la vida pertenece el hombre; forma parte de este cosmos de la vida que comienza con un milagro: en la materia inerte se desarrolla un centro vital; la realidad que llamamos organismo.

Pero el hombre, aun formando parte de este gran biocosmos, lo trasciende, porque también forma parte de la realidad que san Juan llama *zoé*. Es un nuevo nivel de la vida, en el que el ser se abre al conocimiento. Ciertamente, el hombre es siempre hombre con toda su dignidad, incluso en estado de coma o en la fase de embrión, pero si sólo vive biológicamente no se realizan ni desarrollan todas las potencialidades de su ser. El hombre está llamado a abrirse a nuevas dimensiones. Es un ser que conoce. Desde luego, también los animales conocen, pero sólo las cosas que

les interesan para su vida biológica. El conocimiento del hombre va más allá; quiere conocerlo todo, toda la realidad, la realidad en su totalidad; quiere saber qué es su ser y qué es el mundo. Tiene sed de conocimiento del infinito; quiere llegar a la fuente de la vida; quiere beber de esta fuente, encontrar la vida misma.

Así hemos tocado una segunda dimensión: el hombre no es sólo un ser que conoce; también vive en relación de amistad, de amor. Además de la dimensión del conocimiento de la verdad y del ser, existe, inseparable de esta, la dimensión de la relación, del amor. Y aquí el hombre se acerca más a la fuente de la vida, de la que quiere beber para tener la vida en abundancia, para tener la vida misma.

Podríamos decir que toda la ciencia es una gran lucha por la vida; lo es, sobre todo, la medicina. En definitiva, la medicina es un esfuerzo por oponerse a la muerte, es búsqueda de inmortalidad. Pero, ¿podemos encontrar una medicina que nos asegure la inmortalidad? Ésta es precisamente la cuestión del evangelio de hoy. Tratemos de imaginar que la medicina llegue a encontrar la receta contra la muerte, la receta de la inmortalidad. Incluso en ese caso, se trataría de una medicina que se situaría dentro de la biosfera, una medicina ciertamente útil también para nuestra vida espiritual y humana, pero de por sí una medicina confinada dentro de la biosfera.

Es fácil imaginar lo que sucedería si la vida biológica del hombre no tuviera fin, si fuera inmortal: nos encontraríamos en un mundo envejecido, en un mundo lleno de viejos, en un mundo que no dejaría espacio a los jóvenes, un mundo en el que no se renovarían la vida. Así comprendemos que éste no puede ser el tipo de inmortalidad al que aspiramos; esta no es la posibilidad de beber en la fuente de la vida, que todos deseamos.

Precisamente en este punto, en el que, por una parte, comprendemos que no podemos esperar una prolongación infinita de la vida biológica y sin embargo, por otra, deseamos beber en la fuente de la vida para gozar de una vida sin fin, precisamente en este punto interviene el Señor y nos habla en el evangelio diciendo: “Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás” (Jn 11, 25-26). “Yo soy la resurrección”: beber en la fuente de la vida es entrar en comunión con el amor infinito que es la fuente de la vida. Al encontrar a Cristo, entramos en contacto, más aún, en comunión con la vida misma y ya hemos cruzado el umbral de la muerte, porque estamos en contacto, más allá de la vida biológica, con la vida verdadera.

Los Padres de la Iglesia llamaron a la Eucaristía *medicina de inmortalidad*. Y lo es, porque en la Eucaristía entramos en contacto, más aún, en comunión con el cuerpo resucitado de Cristo, entramos

en el espacio de la vida ya resucitada, de la vida eterna. Entramos en comunión con ese cuerpo que está animado por la vida inmortal y así estamos ya desde ahora y para siempre en el espacio de la vida misma. Así, este evangelio es también una profunda interpretación de lo que es la Eucaristía y nos invita a vivir realmente de la Eucaristía para poder ser transformados en la comunión del amor. Esta es la verdadera vida.

En el evangelio de san Juan, el Señor dice: “Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10, 10). Vida en abundancia no es, como algunos piensan, consumir todo, tener todo, poder hacer todo lo que se quiera. En ese caso viviríamos para las cosas muertas, viviríamos para la muerte. Vida en abundancia es estar en comunión con la verdadera vida, con el amor infinito. Así entramos realmente en la abundancia de la vida y nos convertimos en portadores de la vida también para los demás.

Los prisioneros de guerra que estuvieron en Rusia durante diez años o más, expuestos al frío y al hambre, después de volver, dijeron: “Pude sobrevivir porque sabía que me esperaban. Sabía que había personas que me esperaban, sabía que yo era necesario y esperado”. Este amor que los esperaba fue la medicina eficaz de la vida contra todos los males.

En realidad, hay alguien que nos espera a todos. El Señor nos espera; y

no sólo nos espera: está presente y nos tiende la mano. Aceptemos la mano del Señor y pidámosle que nos conceda vivir realmente, vivir la abundancia de la vida, para poder así comunicar también a nuestros contemporáneos la verdadera vida, la vida en abundancia. Amén.

*Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante la Celebración Penitencial en
la Basílica de San Pedro*

Jueves, 13 de marzo de 2008

Queridos jóvenes de Roma:

También este año, en la proximidad del domingo de Ramos, nos reunimos para preparar la celebración de la XXIII Jornada mundial de la juventud que, como sabéis, culminará con el encuentro de los jóvenes de todo el mundo que se celebrará en Sydney del 15 al 20 del próximo mes de julio. Desde hace tiempo conocéis el tema de esta Jornada. Está tomado de las palabras que acabamos de escuchar en la primera lectura: «Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos» (Hch 1, 8). No es casualidad que este encuentro tenga forma de liturgia penitencial, con la celebración de las confesiones individuales.

¿Por qué “no es casualidad”? Podemos hallar la respuesta en lo que escribí

en mi primera encíclica. En ella puse de relieve que se comienza a ser cristiano por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva (cf. *Deus caritas est*, 1). Precisamente para favorecer este encuentro os disponéis a abrir vuestro corazón a Dios, confesando vuestros pecados y recibiendo, por la acción del Espíritu Santo y mediante el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz. Así se deja espacio para la presencia en nosotros del Espíritu Santo, la tercera Persona de la santísima Trinidad, que es el «alma» y la «respiración vital» de la vida cristiana: el Espíritu nos capacita para «ir madurando una comprensión de Jesús cada vez más profunda y gozosa, y, al mismo tiempo, hacer una aplicación eficaz del Evangelio» (*Mensaje para la XXIII Jornada mundial de la juventud*, n. 1: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 27 de julio de 2007, p. 6).

Cuando era arzobispo de Munich-Freising, en una meditación sobre Pentecostés me inspiré en una película titulada *Metempsychosis* (*Seelenwanderung*) para explicar la acción del Espíritu Santo en un alma. Esa película narra la historia de dos pobres hombres que, por su bondad, no lograban triunfar en la vida. Un día, a uno de ellos se le ocurrió que, no teniendo otra cosa que vender, podía vender su alma. Se la compraron muy barata y la pusieron en una caja. Desde ese momento, con gran sorpresa suya, todo cambió en su

vida. Logró un rápido ascenso, se hizo cada vez más rico, obtuvo grandes honores y, antes de su muerte, llegó a ser cónsul, con abundante dinero y bienes. Desde que se liberó de su alma ya no tuvo consideraciones ni humanidad. Actuó sin escrúpulos, preocupándose únicamente del lucro y del éxito. Para él el hombre ya no contaba nada. Él mismo ya no tenía alma. La película -concluí- demuestra de modo impresionante cómo detrás de la fachada del éxito se esconde a menudo una existencia vacía.

Aparentemente ese hombre no perdió nada, pero le faltaba el alma y así le faltaba todo. Es obvio -proseguí en esa meditación- que propiamente hablando el ser humano no puede desprenderse de su alma, dado que es ella la que lo convierte en persona. En cualquier caso, sigue siendo persona humana. Sin embargo, tiene la espantosa posibilidad de ser inhumano, de ser persona que vende y al mismo tiempo pierde su propia humanidad. La distancia entre una persona humana y un ser inhumano es inmensa, pero no se puede demostrar; es algo realmente esencial, pero aparentemente no tiene importancia (cf. *Suchen, was droben ist. Meditationem das Jahr hindurch*, LEV, 1985).

También el Espíritu Santo, que está en el origen de la creación y que gracias al misterio de la Pascua descendió abundantemente sobre María y los Apóstoles en el día de Pentecostés, no se manifies-

ta de forma evidente a los ojos externos. No se puede ver ni demostrar si penetra, o no penetra, en la persona; pero eso cambia y renueva toda la perspectiva de la existencia humana. El Espíritu Santo no cambia las situaciones exteriores de la vida, sino las interiores. En la tarde de Pascua, Jesús, al aparecerse a los discípulos, «sopló sobre ellos y dijo: “Recibid el Espíritu Santo”» (*Jn* 20, 22).

De modo aún más evidente, el Espíritu descendió sobre los Apóstoles el día de Pentecostés como ráfaga de viento impetuoso y en forma de lenguas de fuego. También esta tarde el Espíritu vendrá a nuestro corazón, para perdonarnos los pecados y renovarnos interiormente, revistiéndonos de una fuerza que también a nosotros, como a los Apóstoles, nos dará la audacia necesaria para anunciar que «Cristo murió y resucitó».

Así pues, queridos amigos, preparémonos con un sincero examen de conciencia para presentarnos a aquellos a quienes Cristo ha encomendado el ministerio de la reconciliación. Con corazón contrito confesemos nuestros pecados, proponiéndonos seriamente no volverlos a cometer y, sobre todo, seguir siempre el camino de la conversión. Así experimentaremos la auténtica alegría: la que deriva de la misericordia de Dios, se derrama en nuestro corazón y nos reconcilia con él.

Esta alegría es contagiosa. «Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que

vendrá sobre vosotros» -reza el versículo bíblico elegido como tema de la XXIII Jornada mundial de la juventud- y seréis mis testigos” (*Hch* 1, 8). Comunicad esta alegría que deriva de acoger los dones del Espíritu Santo, dando en vuestra vida testimonio de los frutos del Espíritu Santo: «Amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio de sí» (*Ga* 5, 22-23). Así enumera san Pablo en la carta a los Gálatas estos frutos del Espíritu Santo.

Recordad siempre que sois «templo del Espíritu». Dejad que habite en vosotros y seguid dócilmente sus indicaciones, para contribuir a la edificación de la Iglesia (cf. *1 Co* 12, 7) y descubrir cuál es la vocación a la que el Señor os llama. También hoy el mundo necesita sacerdotes, hombres y mujeres consagrados, parejas de esposos cristianos. Para responder a la vocación a través de uno de estos caminos, sed generosos; tratando de ser cristianos coherentes, buscad ayuda en el sacramento de la confesión y en la práctica de la dirección espiritual. De modo especial, abrid sinceramente vuestro corazón a Jesús, el Señor, para darle vuestro «sí» incondicional.

Queridos jóvenes, la ciudad de Roma está en vuestras manos. A vosotros corresponde embellecerla también espiritualmente con vuestro testimonio de vida vivida en gracia de Dios y lejos del pecado, realizando todo lo que el Espíritu Santo os llama a ser,

en la Iglesia y en el mundo. Así haréis visible la gracia de la misericordia sobreabundante de Cristo, que brotó de su costado traspasado por nosotros en la cruz. El Señor Jesús nos lava de nuestros pecados, nos cura de nuestras culpas y nos fortalece para no sucumbir en la lucha contra el pecado y en el testimonio de su amor.

Hace veinticinco años, el siervo de Dios, Juan Pablo II inauguró, no lejos de esta basílica, el Centro internacional juvenil San Lorenzo: una iniciativa espiritual que se sumaba a muchas otras ya activas en la diócesis de Roma, para favorecer la acogida a jóvenes, el intercambio de experiencias y de testimonios de fe, y sobre todo la oración que nos ayuda a descubrir el amor de Dios.

En esa ocasión, Juan Pablo II dijo: «El que se deje colmar de este amor -el amor de Dios- no puede seguir negando su culpa. La pérdida del sentido del pecado deriva en último análisis de otra pérdida más radical y secreta, la del sentido de Dios» (*Homilía en la inauguración del Centro internacional juvenil San Lorenzo*, 13 de marzo de 1983, n. 5: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 10 de abril de 1983, p. 9). Y añadió: «¿A dónde ir en este mundo, con el pecado y la culpa, sin la cruz? La cruz se carga con toda la miseria del mundo que nace del pecado. Y se manifiesta como signo de gracia. Acoge nuestra solidaridad y nos anima a sacrificarnos por los demás» (*ib.*).

Queridos jóvenes, que esta experiencia se renueve hoy para vosotros: en este momento mirad la cruz y acoged el amor de Dios, que se nos da en la cruz, por el Espíritu Santo, pues brota del costado traspasado del Señor. Como dijo el Papa, Juan Pablo II, «transformaos también vosotros en redentores de los jóvenes del mundo» (*ib.*).

Divino Corazón de Jesús, del que brotaron sangre y agua como manantial de misericordia para nosotros, en ti confiamos. Amén.

*Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la Celebración del DOMINGO
DE RAMOS Y DE LA PASIÓN DEL
SEÑOR*

*Plaza de San Pedro. XXIII Jornada
Mundial de la Juventud. Domingo, 16
de marzo de 2008*

Queridos hermanos y hermanas:

Año tras año el pasaje evangélico del domingo de Ramos nos relata la entrada de Jesús en Jerusalén. Junto con sus discípulos y con una multitud creciente de peregrinos, había subido desde la llanura de Galilea hacia la ciudad santa. Como peldaños de esta subida, los evangelistas nos han transmitido tres anuncios de Jesús relativos a su Pasión, aludiendo así, al mismo tiempo, a la subida interior que se estaba realizando en esa peregrinación. Jesús está en

camino hacia el templo, hacia el lugar donde Dios, como dice el *Deuteronomio*, había querido «fijar la morada» de su nombre (cf. *Dt* 12, 11; 14, 23).

El Dios que creó el cielo y la tierra se dio un nombre, se hizo invocable; más aún, se hizo casi palpable por los hombres. Ningún lugar puede contenerlo y, sin embargo, o precisamente por eso, él mismo se da un lugar y un nombre, para que él personalmente, el verdadero Dios, pueda ser venerado allí como Dios en medio de nosotros.

Por el relato sobre Jesús a la edad de doce años sabemos que amaba el templo como la casa de su Padre, como su casa paterna. Ahora, va de nuevo a ese templo, pero su recorrido va más allá: la última meta de su subida es la cruz. Es la subida que la *carta a los Hebreos* describe como la subida hacia una tienda no fabricada por mano de hombre, hasta la presencia de Dios. La subida hasta la presencia de Dios pasa por la cruz. Es la subida hacia «el amor hasta el extremo» (cf. *Jn* 13, 1), que es el verdadero monte de Dios, el lugar definitivo del contacto entre Dios y el hombre.

Durante la entrada en Jerusalén, la gente rinde homenaje a Jesús como Hijo de David con las palabras del *Salmo* 118 de los peregrinos: «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en el cielo!» (*Mt* 21, 9). Después, llega al templo. Pero en el espacio donde debía

realizarse el encuentro entre Dios y el hombre halla a vendedores de palomas y cambistas que ocupan con sus negocios el lugar de oración.

Ciertamente, los animales que se vendían allí estaban destinados a los sacrificios para inmolar en el templo. Y puesto que en el templo no se podían usar las monedas en las que estaban representados los emperadores romanos, que estaban en contraste con el Dios verdadero, era necesario cambiarlas por monedas que no tuvieran imágenes idolátricas. Pero todo esto se podía hacer en otro lugar: el espacio donde se hacía entonces debía ser, de acuerdo con su destino, el atrio de los paganos.

En efecto, el Dios de Israel era precisamente el único Dios de todos los pueblos. Y aunque los paganos no entraban, por decirlo así, en el interior de la Revelación, sin embargo en el atrio de la fe podían asociarse a la oración al único Dios. El Dios de Israel, el Dios de todos los hombres, siempre esperaba también su oración, su búsqueda, su invocación.

En cambio, entonces predominaban allí los negocios, legalizados por la autoridad competente que, a su vez, participaba en las ganancias de los mercaderes. Los vendedores actuaban correctamente según el ordenamiento vigente, pero el ordenamiento mismo estaba corrompido. «La codicia es idolatría», dice la *carta a los Colosenses* (cf. *Col* 3, 5). Esta es la idolatría que Jesús

encuentra y ante la cual cita a Isaías: «Mi casa será llamada casa de oración» (Mt 21, 13; cf. Is 56, 7), y a Jeremías: «Pero vosotros estáis haciendo de ella una cueva de ladrones» (Mt 21, 13; cf. Jr 7, 11). Contra el orden mal interpretado, Jesús, con su gesto profético, defiende el orden verdadero que se encuentra en la Ley y en los Profetas.

Todo esto también nos debe hacer pensar a los cristianos de hoy: ¿nuestra fe es lo suficientemente pura y abierta como para que, gracias a ella también los “paganos”, las personas que hoy están en búsqueda y tienen sus interrogantes, puedan vislumbrar la luz del único Dios, se asocian en los atrios de la fe a nuestra oración y con sus interrogantes también ellas quizá se conviertan en adoradores? La convicción de que la codicia es idolatría, ¿llega también a nuestro corazón y a nuestro estilo de vida? ¿No dejamos entrar, de diversos modos, a los ídolos también en el mundo de nuestra fe? ¿Estamos dispuestos a dejarnos purificar continuamente por el Señor, permitiéndole arrojar de nosotros y de la Iglesia todo lo que es contrario a él?

Sin embargo, en la purificación del templo se trata de algo más que de la lucha contra los abusos. Se anuncia una nueva hora de la historia. Ahora está comenzando lo que Jesús había anunciado a la samaritana a propósito de su pregunta sobre la verdadera adoración: «Llega la hora -ya estamos en ella- en que los adoradores verdaderos adorarán

al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren» (Jn 4, 23). Ha terminado el tiempo en el que a Dios se inmolaban animales. Desde siempre los sacrificios de animales habían sido sólo una sustitución, un gesto de nostalgia del verdadero modo de adorar a Dios.

Sobre la vida y la obra de Jesús, la *carta a los Hebreos* puso como lema una frase del *salmo* 40: «No quisiste sacrificio ni oblación; pero me has formado un cuerpo» (Hb 10, 5). En lugar de los sacrificios cruentos y de las ofrendas de alimentos se pone el cuerpo de Cristo, se pone él mismo. Sólo «el amor hasta el extremo», sólo el amor que por los hombres se entrega totalmente a Dios, es el verdadero culto, el verdadero sacrificio. Adorar en espíritu y en verdad significa adorar en comunión con Aquél que es la verdad; adorar en comunión con su Cuerpo, en el que el Espíritu Santo nos reúne.

Los evangelistas nos relatan que, en el proceso contra Jesús, se presentaron falsos testigos y afirmaron que Jesús había dicho: «Yo puedo destruir el templo de Dios y en tres días reconstruirlo» (Mt 26, 61). Ante Cristo colgado de la cruz, algunos de los que se burlaban de él aluden a esas palabras, gritando: «Tú que destruyes el templo y en tres días lo reconstruyes, sálvate a ti mismo» (Mt 27, 40).

La versión exacta de las palabras, tal como salieron de labios de Jesús mismo, nos la transmitió san Juan en su

relato de la purificación del templo. Ante la petición de un signo con el que Jesús debía legitimar esa acción, el Señor respondió: «Destruid este templo y en tres días lo levantaré» (*Jn 2, 18 s*). San Juan añade que, recordando ese acontecimiento después de la Resurrección, los discípulos comprendieron que Jesús había hablado del templo de su cuerpo (cf. *Jn 2, 21s*).

No es Jesús quien destruye el templo; el templo es abandonado a su destrucción por la actitud de aquéllos que, de lugar de encuentro de todos los pueblos con Dios, lo transformaron en «cueva de ladrones», en lugar de negocios. Pero, como siempre desde la caída de Adán, el fracaso de los hombres se convierte en ocasión para un esfuerzo aún mayor del amor de Dios en favor de nosotros.

La hora del templo de piedra, la hora de los sacrificios de animales, había quedado superada: si el Señor ahora expulsa a los mercaderes no sólo para impedir un abuso, sino también para indicar el nuevo modo de actuar de Dios. Se forma el nuevo templo: Jesucristo mismo, en el que el amor de Dios se derrama sobre los hombres. Él, en su vida, es el templo nuevo y vivo. Él, que pasó por la cruz y resucitó, es el espacio vivo de espíritu y vida, en el que se realiza la adoración correcta. Así, la purificación del templo, como culmen de la entrada solemne de Jesús en Jerusalén, es al mismo tiempo el signo de la ruina inminente del edificio y de

la promesa del nuevo templo; promesa del reino de la reconciliación y del amor que, en la comunión con Cristo, se instaure más allá de toda frontera.

Al final del relato del domingo de Ramos, tras la purificación del templo, san Mateo, cuyo evangelio escuchamos este año, refiere también dos pequeños hechos que tienen asimismo un carácter profético y nos aclaran una vez más la auténtica voluntad de Jesús. Inmediatamente después de las palabras de Jesús sobre la casa de oración de todos los pueblos, el evangelista continúa así: «En el templo, se acercaron a él algunos ciegos y cojos, y los curó». Además, san Mateo nos dice que algunos niños repetían en el templo la aclamación que los peregrinos habían hecho a su entrada de la ciudad: «¡Hosanna al Hijo de David!» (*Mt 21, 14s*).

Al comercio de animales y a los negocios con dinero, Jesús contrapone su bondad sanadora. Es la verdadera purificación del templo. Él no viene para destruir; no viene con la espada del revolucionario. Viene con el don de la curación. Se dedica a quienes, a causa de su enfermedad, son impulsados a los extremos de su vida y al margen de la sociedad. Jesús muestra a Dios como el que ama, y su poder como el poder del amor. Así nos dice qué es lo que formará parte para siempre del verdadero culto a Dios: curar, servir, la bondad que sana.

Y están, además, los niños que rinden homenaje a Jesús como Hijo de

David y exclaman «¡Hosanna!». Jesús había dicho a sus discípulos que, para entrar en el reino de Dios, deberían hacerse como niños. Él mismo, que abraza al mundo entero, se hizo niño para salir a nuestro encuentro, para llevarnos hacia Dios. Para reconocer a Dios debemos abandonar la soberbia que nos ciega, que quiere impulsarnos lejos de Dios, como si Dios fuera nuestro competidor. Para encontrar a Dios es necesario ser capaces de ver con el corazón. Debemos aprender a ver con un corazón de niño, con un corazón joven, al que los prejuicios no obstaculizan y los intereses no deslumbran. Así, en los niños que con ese corazón libre y abierto lo reconocen a él la Iglesia ha visto la imagen de los creyentes de todos los tiempos, su propia imagen.

Queridos amigos, ahora nos asociamos a la procesión de los jóvenes de entonces, una procesión que atraviesa toda la historia. Juntamente con los jóvenes de todo el mundo, vamos al encuentro de Jesús. Dejémosnos guiar por él hacia Dios, para aprender de Dios mismo el modo correcto de ser hombres. Con él demos gracias a Dios porque con Jesús, el Hijo de David, nos ha dado un espacio de paz y de reconciliación que, con la sagrada Eucaristía, abraza al mundo. Invoquémoslo para que también nosotros lleguemos a ser con él, y a partir de él, mensajeros de su paz, adoradores en espíritu y en verdad, a fin de que en nosotros y a nuestro alrededor crezca su reino. Amén.

*Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la SOLEMNE MISA CRISMAL*

*Basilica de San Pedro. Jueves Santo,
20 de marzo de 2008*

Queridos hermanos y hermanas:

Cada año la misa Crismal nos exhorta a volver a dar un «sí» a la llamada de Dios que pronunciamos el día de nuestra ordenación sacerdotal. «Adsum», «Heme aquí», dijimos, como respondió Isaías cuando escuchó la voz de Dios que le preguntaba: «¿A quién enviaré? ¿y quién irá de parte nuestra?» (Is 6, 8). Luego el Señor mismo, mediante las manos del obispo, nos impuso sus manos y nos consagramos a su misión. Sucesivamente hemos recorrido caminos diversos en el ámbito de su llamada. ¿Podemos afirmar siempre lo que escribió san Pablo a los Corintios después de años de arduo servicio al Evangelio marcado por sufrimientos de todo tipo: «No disminuye nuestro celo en el ministerio que, por misericordia de Dios, nos ha sido encomendado»? (cf. 2Co 4, 1). «No disminuye nuestro celo». Pidamos hoy que se mantenga siempre encendido, que se alimente continuamente con la llama viva del Evangelio.

Al mismo tiempo, el Jueves santo nos brinda la ocasión de preguntarnos de nuevo: ¿A qué hemos dicho «sí»? ¿Qué es «ser sacerdote de Jesucristo»? El Canon II de nuestro Misal, que probablemente fue redactado en Roma ya

a fines del siglo II, describe la esencia del ministerio sacerdotal con las palabras que usa el *libro del Deuteronomio* (cf. Dt 18, 5. 7) para describir la esencia del sacerdocio del Antiguo Testamento: *astare coram te et tibi ministrare*.

Por tanto, son dos las tareas que definen la esencia del ministerio sacerdotal: en primer lugar, «estar en presencia del Señor». En el *libro del Deuteronomio* esa afirmación se debe entender en el contexto de la disposición anterior, según la cual los sacerdotes no recibían ningún lote de terreno en la Tierra Santa, pues vivían de Dios y para Dios. No se dedicaban a los trabajos ordinarios necesarios para el sustento de la vida diaria. Su profesión era «estar en presencia del Señor», mirarlo a él, vivir para él.

La palabra indicaba así, en definitiva, una existencia vivida en la presencia de Dios y también un ministerio en representación de los demás. Del mismo modo que los demás cultivaban la tierra, de la que vivía también el sacerdote, así él mantenía el mundo abierto hacia Dios, debía vivir con la mirada dirigida a él.

Si esa expresión se encuentra ahora en el Canon de la misa inmediatamente después de la consagración de los dones, tras la entrada del Señor en la asamblea reunida para orar, entonces para nosotros eso indica que el Señor está presente, es decir, indica la Eucaristía como centro de la vida sacer-

dot. Pero también el alcance de esa expresión va más allá.

En el himno de la liturgia de las Horas que durante la Cuaresma introduce el Oficio de lectura -el Oficio que en otros tiempos los monjes rezaban durante la hora de la vigilia nocturna ante Dios y por los hombres-, una de las tareas de la Cuaresma se describe con el imperativo «*arctius perstemus in custodia*», «estemos de guardia de modo más intenso». En la tradición del monacato sirio, los monjes se definían como «los que están de pie». Estar de pie equivalía a vigilancia.

Lo que entonces se consideraba tarea de los monjes, con razón podemos verlo también como expresión de la misión sacerdotal y como interpretación correcta de las palabras del Deuteronomio: el sacerdote tiene la misión de velar. Debe estar en guardia ante las fuerzas amenazadoras del mal. Debe mantener despierto al mundo para Dios. Debe estar de pie frente a las corrientes del tiempo. De pie en la verdad. De pie en el compromiso por el bien.

Estar en presencia del Señor también debe implicar siempre, en lo más profundo, hacerse cargo de los hombres ante el Señor que, a su vez, se hace cargo de todos nosotros ante el Padre. Y debe ser hacerse cargo de él, de Cristo, de su palabra, de su verdad, de su amor. El sacerdote debe estar de pie, impávido, dispuesto a sufrir incluso ultrajes por el Señor, como refieren los *Hechos de*

los Apóstoles: éstos se sentían «contentos por haber sido considerados dignos de sufrir ultrajes por el nombre de Jesús» (Hch 5, 41).

Pasemos ahora a la segunda expresión que la plegaria eucarística II toma del texto del Antiguo Testamento: «servirte en tu presencia». El sacerdote debe ser una persona recta, vigilante; una persona que está de pie. A todo ello se añade luego el servir. En el texto del Antiguo Testamento esta palabra tiene un significado esencialmente ritual: a los sacerdotes correspondía realizar todas las acciones de culto previstas por la Ley. Pero realizar las acciones del rito se consideraba como servicio, como un encargo de servicio. Así se explica con qué espíritu se debían llevar a cabo esas acciones.

Al utilizarse la palabra «servir» en el Canon, en cierto modo se adopta ese significado litúrgico del término, de acuerdo con la novedad del culto cristiano. Lo que el sacerdote hace en ese momento, en la celebración de la Eucaristía, es servir, realizar un servicio a Dios y un servicio a los hombres. El culto que Cristo rindió al Padre consistió en entregarse hasta la muerte por los hombres. El sacerdote debe insertarse en este culto, en este servicio.

Así, la palabra «servir» implica muchas dimensiones. Ciertamente, del servir forma parte ante todo la correcta celebración de la liturgia y de los sacramentos en general, realizada con par-

ticipación interior. Debemos aprender a comprender cada vez más la sagrada liturgia en toda su esencia, desarrollar una viva familiaridad con ella, de forma que llegue a ser el alma de nuestra vida diaria. Si lo hacemos así, celebraremos del modo debido y será una realidad el *ars celebrandi*, el arte de celebrar.

En este arte no debe haber nada artificioso. Si la liturgia es una tarea central del sacerdote, eso significa también que la oración debe ser una realidad prioritaria que es preciso aprender sin cesar continuamente y cada vez más profundamente en la escuela de Cristo y de los santos de todos los tiempos. Dado que la liturgia cristiana, por su naturaleza, también es siempre anuncio, debemos tener familiaridad con la palabra de Dios, amarla y vivirla. Sólo entonces podremos explicarla de modo adecuado. «Servir al Señor»: precisamente el servicio sacerdotal significa también aprender a conocer al Señor en su palabra y darlo a conocer a todas aquellas personas que él nos encomienda.

Del servir forman parte, por último, otros dos aspectos. Nadie está tan cerca de su señor como el servidor que tiene acceso a la dimensión más privada de su vida. En este sentido, «servir» significa cercanía, requiere familiaridad. Esta familiaridad encierra también un peligro: el de que lo sagrado con el que tenemos contacto continuo se convierta para nosotros en costumbre. Así se apaga el temor reverencial. Condicio-

nados por todas las costumbres, ya no percibimos la grande, nueva y sorprendente realidad: él mismo está presente, nos habla y se entrega a nosotros.

Contra este acostumbrarse a la realidad extraordinaria, contra la indiferencia del corazón debemos luchar sin tregua, reconociendo siempre nuestra insuficiencia y la gracia que implica el hecho de que él se entrega así en nuestras manos. Servir significa cercanía, pero, sobre todo, significa también obediencia. El servidor debe cumplir las palabras: «No se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22, 42). Con esas palabras, Jesús, en el huerto de los Olivos, resolvió la batalla decisiva contra el pecado, contra la rebelión del corazón caído.

El pecado de Adán consistió, precisamente, en que quiso realizar su voluntad y no la de Dios. La humanidad tiene siempre la tentación de querer ser totalmente autónoma, de seguir sólo su propia voluntad y de considerar que sólo así seremos libres, que sólo gracias a esa libertad sin límites el hombre sería completamente hombre. Pero precisamente así nos ponemos contra la verdad, dado que la verdad es que debemos compartir nuestra libertad con los demás y sólo podemos ser libres en comunión con ellos. Esta libertad compartida sólo puede ser libertad verdadera si con ella entramos en lo que constituye la medida misma de la libertad, si entramos en la voluntad de Dios.

Esta obediencia fundamental, que forma parte del ser del hombre, ser que no vive por sí mismo ni sólo para sí mismo, se hace aún más concreta en el sacerdote: nosotros no nos anunciamos a nosotros mismos, sino a él y su palabra, que no podemos idear por nuestra cuenta. Sólo anunciamos correctamente la palabra de Cristo en la comunión de su Cuerpo. Nuestra obediencia es creer con la Iglesia, pensar y hablar con la Iglesia, servir con ella. También en esta obediencia entra siempre lo que Jesús predijo a Pedro: «Te llevarán a donde tú no quieras» (Jn 21, 18). Este dejarse guiar a donde no queremos es una dimensión esencial de nuestro servir y eso es precisamente lo que nos hace libres. En ese ser guiados, que puede ir contra nuestras ideas y proyectos, experimentamos la novedad, la riqueza del amor de Dios.

«Servirte en tu presencia»: Jesucristo, como el verdadero sumo Sacerdote del mundo, confirió a estas palabras una profundidad antes inimaginable. Él, que como Hijo era y es el Señor, quiso convertirse en el Siervo de Dios que la visión del *libro del profeta Isaías* había previsto. Quiso ser el servidor de todos. En el gesto del lavatorio de los pies quiso representar el conjunto de su sumo sacerdocio. Con el gesto del amor hasta el extremo, lava nuestros pies sucios; con la humildad de su servir nos purifica de la enfermedad de nuestra soberbia. Así nos permite convertirnos en comensales de Dios. Él se abajó, y la verdadera elevación del

hombre se realiza ahora en nuestro subir con él y hacia él. Su elevación es la cruz. Es el abajamiento más profundo y, como amor llevado hasta el extremo, es a la vez el culmen de la elevación, la verdadera «elevación» del hombre.

«Servirte en tu presencia» significa ahora entrar en su llamada de Siervo de Dios. Así, la Eucaristía como presencia del abajamiento y de la elevación de Cristo remite siempre, más allá de sí misma, a los múltiples modos del servicio del amor al prójimo. Pidamos al Señor, en este día, el don de poder decir nuevamente en ese sentido nuestro «sí» a su llamada: «Heme aquí. Envíame, Señor» (*Is* 6, 8). Amén.

*Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la MISA «IN CENA DOMINI»*

*Basilica de San Juan de Letrán. Jueves
Santo, 20 de marzo de 2008*

Queridos hermanos y hermanas:

San Juan comienza su relato de cómo Jesús lavó los pies a sus discípulos con un lenguaje especialmente solemne, casi litúrgico. «Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (*Jn* 13, 1). Ha llegado la «hora» de Jesús, hacia la que se orientaba desde el inicio todo su obrar.

San Juan describe con dos palabras el contenido de esa hora: paso (*metabainein, metabasis*) y amor (*agape*). Esas dos palabras se explican mutuamente: ambas describen juntamente la Pascua de Jesús: cruz y resurrección, crucifixión como elevación, como «paso» a la gloria de Dios, como un «pasar» de este mundo al Padre. No es como si Jesús, después de una breve visita al mundo, ahora simplemente partiera y volviera al Padre. El paso es una transformación. Lleva consigo su carne, su ser hombre. En la cruz, al entregarse a sí mismo, queda como fundido y transformado en un nuevo modo de ser, en el que ahora está siempre con el Padre y al mismo tiempo con los hombres.

Transforma la cruz, el hecho de darle muerte a él, en un acto de entrega, de amor hasta el extremo. Con la expresión «hasta el extremo» san Juan remite anticipadamente a la última palabra de Jesús en la cruz: todo se ha realizado, «todo está cumplido» (*Jn* 19, 30). Mediante su amor, la cruz se convierte en *metabasis*, transformación del ser hombre en el ser partícipe de la gloria de Dios.

En esta transformación, Cristo nos implica a todos, arrastrándonos dentro de la fuerza transformadora de su amor hasta el punto de que, estando con él, nuestra vida se convierte en «paso», en transformación. Así recibimos la redención, el ser partícipes del amor eterno, una condición a la que tendemos con toda nuestra existencia.

En el lavatorio de los pies este proceso esencial de la hora de Jesús está representado en una especie de acto profético simbólico. En él, Jesús pone de relieve con un gesto concreto precisamente lo que el gran himno cristológico de la *carta a los Filipenses* describe como el contenido del misterio de Cristo. Jesús se despoja de las vestiduras de su gloria, se ciñe el «vestido» de la humanidad y se hace esclavo. Lava los pies sucios de los discípulos y así los capacita para acceder al banquete divino al que los invita.

En lugar de las purificaciones culturales y externas, que purifican al hombre ritualmente, pero dejándolo tal como está, se realiza un baño nuevo: Cristo nos purifica mediante su palabra y su amor, mediante el don de sí mismo. «Vosotros ya estáis limpios gracias a la palabra que os he anunciado», dirá a los discípulos en el discurso sobre la vida (*Jn* 15, 3). Nos lava siempre con su palabra. Sí, las palabras de Jesús, si las acogemos con una actitud de meditación, de oración y de fe, desarrollan en nosotros su fuerza purificadora. Día tras día nos cubrimos de muchas clases de suciedad, de palabras vacías, de prejuicios, de sabiduría reducida y alterada; una múltiple semi-falsedad o falsedad abierta se infiltra continuamente en nuestro interior. Todo ello ofusca y contamina nuestra alma, nos amenaza con la incapacidad para la verdad y para el bien.

Las palabras de Jesús, si las acogemos con corazón atento, realizan un auténtico

lavado, una purificación del alma, del hombre interior. El evangelio del lavatorio de los pies nos invita a dejarnos lavar continuamente por esta agua pura, a dejarnos capacitar para participar en el banquete con Dios y con los hermanos. Pero, después del golpe de la lanza del soldado, del costado de Jesús no sólo salió agua, sino también sangre (cf. *Jn* 19, 34; *1 Jn* 5, 6. 8).

Jesús no sólo habló; no sólo nos dejó palabras. Se entrega a sí mismo. Nos lava con la fuerza sagrada de su sangre, es decir, con su entrega «hasta el extremo», hasta la cruz. Su palabra es algo más que un simple hablar; es carne y sangre «para la vida del mundo» (*Jn* 6, 51). En los santos sacramentos, el Señor se arrodilla siempre ante nuestros pies y nos purifica. Pidámosle que el baño sagrado de su amor verdaderamente nos penetre y nos purifique cada vez más.

Si escuchamos el evangelio con atención, podemos descubrir en el episodio del lavatorio de los pies dos aspectos diversos. El lavatorio de los pies de los discípulos es, ante todo, simplemente una acción de Jesús, en la que les da el don de la pureza, de la «capacidad para Dios». Pero el don se transforma después en un ejemplo, en la tarea de hacer lo mismo unos con otros.

Para referirse a estos dos aspectos del lavatorio de los pies, los santos Padres utilizaron las palabras *sacramentum* y *exemplum*. En este contexto, *sacramen-*

tum no significa uno de los siete sacramentos, sino el misterio de Cristo en su conjunto, desde la encarnación hasta la cruz y la resurrección. Este conjunto es la fuerza sanadora y santificadora, la fuerza transformadora para los hombres, es nuestra *metabasis*, nuestra transformación en una nueva forma de ser, en la apertura a Dios y en la comunión con él.

Pero este nuevo ser que él nos da simplemente, sin mérito nuestro, después en nosotros debe transformarse en la dinámica de una nueva vida. El binomio don y ejemplo, que encontramos en el pasaje del lavatorio de los pies, es característico para la naturaleza del cristianismo en general. El cristianismo no es una especie de moralismo, un simple sistema ético. Lo primero no es nuestro obrar, nuestra capacidad moral. El cristianismo es ante todo don: Dios se da a nosotros; no da algo, se da a sí mismo. Y eso no sólo tiene lugar al inicio, en el momento de nuestra conversión. Dios sigue siendo siempre el que da. Nos ofrece continuamente sus dones. Nos precede siempre. Por eso, el acto central del ser cristianos es la Eucaristía: la gratitud por haber recibido sus dones, la alegría por la vida nueva que él nos da.

Con todo, no debemos ser sólo destinatarios pasivos de la bondad divina. Dios nos ofrece sus dones como a interlocutores personales y vivos. El amor que nos da es la dinámica del «amar juntos», quiere ser en nosotros vida

nueva a partir de Dios. Así comprendemos las palabras que dice Jesús a sus discípulos, y a todos nosotros, al final del relato del lavatorio de los pies: «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros» (Jn 13, 34). El «mandamiento nuevo» no consiste en una norma nueva y difícil, que hasta entonces no existía. Lo nuevo es el don que nos introduce en la mentalidad de Cristo.

Si tenemos eso en cuenta, percibimos cuán lejos estamos a menudo con nuestra vida de esta novedad del Nuevo Testamento, y cuán poco damos a la humanidad el ejemplo de amar en comunión con su amor. Así no le damos la prueba de credibilidad de la verdad cristiana, que se demuestra con el amor. Precisamente por eso, queremos pedirle con más insistencia al Señor que, mediante su purificación, nos haga maduros para el mandamiento nuevo.

En el pasaje evangélico del lavatorio de los pies, la conversación de Jesús con Pedro presenta otro aspecto de la práctica de la vida cristiana, en el que quiero centrar, por último, la atención. En un primer momento, Pedro no quería dejarse lavar los pies por el Señor. Esta inversión del orden, es decir, que el maestro, Jesús, lavara los pies, que el amo realizara la tarea del esclavo, contrastaba totalmente con su temor reverencial hacia Jesús, con su concepto

de relación entre maestro y discípulo. «No me lavarás los pies jamás» (Jn 13, 8), dice a Jesús con su acostumbrada vehemencia. Su concepto de Mesías implicaba una imagen de majestad, de grandeza divina. Debía aprender continuamente que la grandeza de Dios es diversa de nuestra idea de grandeza; que consiste precisamente en abajarse, en la humildad del servicio, en la radicalidad del amor hasta el despojamiento total de sí mismo. Y también nosotros debemos aprenderlo sin cesar, porque sistemáticamente deseamos un Dios de éxito y no de pasión; porque no somos capaces de caer en la cuenta de que el Pastor viene como Cordero que se entrega y nos lleva así a los pastos verdaderos.

Cuando el Señor dice a Pedro que si no le lava los pies no tendrá parte con él, Pedro inmediatamente pide con ímpetu que no sólo le lave los pies, sino también la cabeza y las manos. Jesús entonces pronuncia unas palabras misteriosas: «El que se ha bañado, no necesita lavarse excepto los pies» (Jn 13, 10). Jesús alude a un baño que los discípulos ya habían hecho; para participar en el banquete sólo les hacía falta lavarse los pies.

Pero, naturalmente, esas palabras encierran un sentido muy profundo. ¿A qué aluden? No lo sabemos con certeza. En cualquier caso, tengamos presente que el lavatorio de los pies, según el sentido de todo el capítulo, no indica un sacramento concreto, sino el *sacramen-*

tum Christi en su conjunto, su servicio de salvación, su abajamiento hasta la cruz, su amor hasta el extremo, que nos purifica y nos hace capaces de Dios.

Con todo, aquí, con la distinción entre baño y lavatorio de los pies, se puede descubrir también una alusión a la vida en la comunidad de los discípulos, a la vida de la Iglesia. Parece claro que el baño que nos purifica definitivamente y no debe repetirse es el bautismo, por el que somos sumergidos en la muerte y resurrección de Cristo, un hecho que cambia profundamente nuestra vida, dándonos una nueva identidad que permanece, si no la arrojamos como hizo Judas.

Pero también en la permanencia de esta nueva identidad, dada por el bautismo, para la comunión con Jesús en el banquete, necesitamos el «lavatorio de los pies». ¿De qué se trata? Me parece que la *primera carta de san Juan* nos da la clave para comprenderlo. En ella se lee: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos y la verdad no está en nosotros. Si reconocemos -si confesamos- nuestros pecados, fiel y justo es él para perdonarnos los pecados y purificarnos de toda injusticia» (1Jn 1, 8-9).

Necesitamos el «lavatorio de los pies», necesitamos ser lavados de los pecados de cada día; por eso, necesitamos la confesión de los pecados, de la que habla san Juan en esta carta. Debemos reconocer que incluso en nuestra nue-

va identidad de bautizados pecamos. Necesitamos la confesión tal como ha tomado forma en el sacramento de la Reconciliación. En él el Señor nos lava sin cesar los pies sucios para poder así sentarnos a la mesa con él.

Pero de este modo también asumen un sentido nuevo las palabras con las que el Señor ensancha el *sacramentum* convirtiéndolo en un *exemplum*, en un don, en un servicio al hermano: «Si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros» (Jn 13, 14). Debemos lavarnos los pies unos a otros en el mutuo servicio diario del amor. Pero debemos lavarnos los pies también en el sentido de que nos perdonamos continuamente unos a otros.

La deuda que el Señor nos ha condonado, siempre es infinitamente más grande que todas las deudas que los demás puedan tener con respecto a nosotros (cf. Mt 18, 21-35). El Jueves santo nos exhorta a no dejar que, en lo más profundo, el rencor hacia el otro se transforme en un envenenamiento del alma. Nos exhorta a purificar continuamente nuestra memoria, perdonándonos mutuamente de corazón, lavándonos los pies los unos a los otros, para poder así participar juntos en el banquete de Dios.

El Jueves santo es un día de gratitud y de alegría por el gran don del amor hasta el extremo, que el Señor nos ha hecho. Oremos al Señor, en

esta hora, para que la gratitud y la alegría se transformen en nosotros en la fuerza para amar juntamente con su amor. Amén.

*Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la CELEBRACIÓN DE LA VIGILIA PASCUAL*

*Basilica de San Pedro. Sábado Santo,
22 de marzo de 2008*

Queridos hermanos y hermanas:

En su discurso de despedida, Jesús anunció a los discípulos su inminente muerte y resurrección con una frase misteriosa: «Me voy y vuelvo a vuestro lado» (Jn 14, 28). Morir es partir. Aunque el cuerpo del difunto aún permanece, él personalmente se marchó hacia lo desconocido y nosotros no podemos seguirlo (cf. Jn 13, 36). Pero en el caso de Jesús existe una novedad única que cambia el mundo. En nuestra muerte el partir es algo definitivo; no hay retorno. Jesús, en cambio, dice de su muerte: «Me voy y vuelvo a vuestro lado». Precisamente al irse, regresa. Su marcha inaugura un modo totalmente nuevo y más grande de su presencia. Con su muerte entra en el amor del Padre. Su muerte es un acto de amor. Ahora bien, el amor es inmortal. Por este motivo su partida se transforma en un retorno, en una forma de presencia que llega hasta lo más profundo y no acaba nunca.

En su vida terrena Jesús, como todos nosotros, estaba sujeto a las condiciones externas de la existencia corpórea: a un lugar determinado y a un tiempo determinado. La corporeidad pone límites a nuestra existencia. No podemos estar simultáneamente en dos lugares diferentes. Nuestro tiempo está destinado a acabarse. Entre el yo y el tú está el muro de la alteridad. Ciertamente, por el amor podemos entrar, de algún modo, en la existencia del otro. Sin embargo, queda la barrera infranqueable de que somos diversos.

En cambio, Jesús, que por el acto de amor ha sido transformado totalmente, está libre de esas barreras y límites. No sólo es capaz de atravesar las puertas exteriores cerradas, como nos narran los Evangelios (cf. *Jn* 20, 19). También puede atravesar la puerta interior entre el yo y el tú, la puerta cerrada entre el ayer y el hoy, entre el pasado y el porvenir. Cuando, en el día de su entrada solemne en Jerusalén, un grupo de griegos pidió verlo, Jesús respondió con la parábola del grano de trigo que, para dar mucho fruto, tiene que morir. De ese modo predijo su propio destino: no quería limitarse a hablar unos minutos con algunos griegos. A través de su cruz, de su partida, de su muerte como el grano de trigo, llegaría realmente a los griegos, de modo que ellos pudieran verlo y tocarlo por la fe.

Su partida se convierte en un venir en el modo universal de la presencia del Resucitado ayer, hoy y siempre. Él

viene también hoy y abraza todos los tiempos y todos los lugares. Ahora puede superar también el muro de la alteridad que separa el yo del tú. Esto sucedió a san Pablo, que describe el proceso de su conversión y su bautismo con las palabras: «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí» (*Ga* 2, 20). Con la llegada del Resucitado, san Pablo obtuvo una identidad nueva. Su yo cerrado se abrió. Ahora vive en comunión con Jesucristo en el gran yo de los creyentes que se han convertido -como él afirma- en «uno en Cristo» (*Ga* 3, 28).

Queridos amigos, así se pone de manifiesto que las palabras misteriosas que pronunció Jesús en el Cenáculo ahora -mediante el bautismo- se hacen de nuevo presentes para vosotros. En el bautismo el Señor entra en vuestra vida por la puerta de vuestro corazón. Nosotros no estamos ya uno junto a otro o uno contra otro. Él atraviesa todas estas puertas. Esta es la realidad del bautismo: él, el Resucitado, viene, viene a vosotros y une su vida a la vuestra, introduciéndoos en el fuego vivo de su amor. Formáis una unidad; sí, sois uno con él y de este modo sois uno entre vosotros.

En un primer momento esto puede parecer muy teórico y poco realista. Pero cuanto más viváis la vida de bautizados, tanto más podréis experimentar la verdad de estas palabras. En realidad, las personas bautizadas y creyentes nunca son extrañas las unas para las otras. Pueden separarnos continentes, culturas,

estructuras sociales o también distancias históricas. Pero cuando nos encontramos nos conocemos en el mismo Señor, en la misma fe, en la misma esperanza, en el mismo amor, que nos conforman. Entonces experimentamos que el fundamento de nuestra vida es el mismo. Experimentamos que en lo más profundo de nosotros mismos estamos enraizados en la misma identidad, a partir de la cual todas las diversidades exteriores, por más grandes que sean, resultan secundarias. Los creyentes no son nunca totalmente extraños el uno para el otro. Estamos en comunión a causa de nuestra identidad más profunda: Cristo en nosotros. Así la fe es una fuerza de paz y reconciliación en el mundo; la lejanía ha sido superada, pues estamos unidos en el Señor (cf. *Ef* 2, 13).

Esta naturaleza íntima del bautismo, como don de una nueva identidad, es representada por la Iglesia en el sacramento a través de elementos sensibles. El elemento fundamental del bautismo es el agua. En segundo lugar, viene la luz, que en la liturgia de la Vigilia pascual destaca con gran eficacia. Reflexionemos brevemente sobre estos dos elementos.

En el último capítulo de la *carta a los Hebreos*, se encuentra una afirmación sobre Cristo en la que el agua no aparece directamente, pero que, por su relación con el Antiguo Testamento, deja traslucir el misterio del agua y su sentido simbólico. Allí se lee: «El Dios de la paz hizo volver de entre los muertos

al gran Pastor de las ovejas en virtud de la sangre de la alianza eterna» (cf. *Hb* 13, 20). Esta frase guarda relación con unas palabras del *libro de Isaías*, en las que Moisés es calificado como el pastor que el Señor ha hecho salir del agua, del mar (cf. *Is* 63, 11). Jesús se presenta ahora como el nuevo y definitivo Pastor que lleva a cabo lo que Moisés hizo: nos saca de las aguas letales del mar, de las aguas de la muerte.

En este contexto podemos recordar que Moisés fue colocado por su madre en una cesta en el Nilo. Luego, por providencia divina, fue sacado de las aguas, llevado de la muerte a la vida, y así -salvado él mismo de las aguas de la muerte- pudo conducir a los demás haciéndolos pasar a través del mar de la muerte. Jesús descendió por nosotros a las aguas oscuras de la muerte. Pero, como nos dice la *carta a los Hebreos*, en virtud de su sangre fue arrancado de la muerte: su amor se unió al del Padre y así, desde la profundidad de la muerte, pudo subir a la vida. Ahora nos eleva de las aguas de la muerte a la vida verdadera.

Sí, esto es lo que ocurre en el bautismo: él nos atrae hacia sí, nos atrae a la vida verdadera. Nos conduce por el mar de la historia, a menudo tan oscuro, en cuyas confusiones y peligros frecuentemente corremos el riesgo de hundirnos. En el bautismo nos toma de la mano, nos conduce por el camino que atraviesa el Mar Rojo de este tiempo y nos introduce en la vida eterna, en

la vida verdadera y justa. Apretemos su mano. Pase lo que pase, no soltemos su mano. Caminemos, pues, por la senda que conduce a la vida.

En segundo lugar está el símbolo de la luz y del fuego. San Gregorio de Tours, en el siglo IV, narra la costumbre, que se ha mantenido durante mucho tiempo en ciertas partes, de tomar el fuego nuevo para la celebración de la Vigilia pascual directamente del sol a través de un cristal: así se recibía la luz y el fuego nuevamente del cielo para encender luego todas las luces y fuegos del año. Se trata de un símbolo de lo que celebramos en la Vigilia pascual. Con la radicalidad de su amor, en el que el corazón de Dios y el corazón del hombre se han entrelazado, Jesucristo ha tomado verdaderamente la luz del cielo y la ha traído a la tierra: la luz de la verdad y el fuego del amor que transforma el ser del hombre. Él ha traído la luz, y ahora sabemos quién es Dios y cómo es Dios. Así también sabemos cómo están las cosas con respecto al hombre; qué somos y para qué existimos.

Ser bautizados significa que el fuego de esta luz ha penetrado hasta lo más íntimo de nosotros mismos. Por esto, en la Iglesia antigua, al bautismo se le llamaba también el sacramento de la iluminación: la luz de Dios entra en nosotros; así nos convertimos nosotros mismos en hijos de la luz. No queremos dejar que se apague esta luz de la verdad que nos indica el camino. Queremos protegerla frente a todas las fuerzas que

pretenden extinguirla para arrojarnos en la oscuridad sobre Dios y sobre nosotros mismos. La oscuridad, de vez en cuando, puede parecer cómoda. Puedo esconderme y pasar mi vida durmiendo. Pero nosotros no hemos sido llamados a las tinieblas, sino a la luz.

En las promesas bautismales, por decirlo así, encendemos nuevamente año tras año esta luz: sí, creo que el mundo y mi vida no provienen del azar, sino de la Razón eterna y del Amor eterno; han sido creados por Dios omnipotente. Sí, creo que en Jesucristo, en su encarnación, en su cruz y resurrección, se ha manifestado el Rostro de Dios; que en él Dios está presente entre nosotros, nos une y nos conduce hacia nuestra meta, hacia el Amor eterno. Sí, creo que el Espíritu Santo nos da la Palabra de verdad e ilumina nuestro corazón. Creo que en la comunión de la Iglesia nos convertimos todos en un solo Cuerpo con el Señor y así caminamos hacia la resurrección y la vida eterna. El Señor nos ha dado la luz de la verdad. Al mismo tiempo esta luz es también fuego, fuerza de Dios, una fuerza que no destruye, sino que quiere transformar nuestro corazón, para que seamos realmente hombres de Dios y para que su paz actúe en este mundo.

En la Iglesia antigua existía la costumbre de que el obispo o el sacerdote, después de la homilía, exhortara a los creyentes exclamando: «*Conversi ad Dominum*», «Volveos ahora hacia el Señor». Eso significaba ante todo

que ellos se volvían hacia el este, en la dirección por donde sale el sol como signo de Cristo que vuelve, a cuyo encuentro vamos en la celebración de la Eucaristía. Donde, por alguna razón, eso no era posible, dirigían su mirada a la imagen de Cristo en el ábside o a la cruz, para orientarse interiormente hacia el Señor. Porque, en definitiva, se trataba de este hecho interior: de la *conversio*, de dirigir nuestra alma hacia Jesucristo y, de ese modo, hacia el Dios vivo, hacia la luz verdadera.

Además, se hacía también otra exclamación que aún hoy, antes del Canon, se dirige a la comunidad creyente: «*Sursum corda*», «Levantemos el corazón», fuera de la maraña de nuestras preocupaciones, de nuestros deseos, de nuestras angustias, de nuestra distracción. Levantad vuestro corazón, vuestra interioridad. Con ambas exclamaciones se nos exhorta de alguna

manera a renovar nuestro bautismo. *Conversi ad Dominum*: siempre debemos apartarnos de los caminos equivocados, en los que tan a menudo nos movemos con nuestro pensamiento y nuestras obras. Siempre tenemos que dirigirnos a él, que es el camino, la verdad y la vida. Siempre hemos de ser «convertidos», dirigir toda la vida a Dios. Y siempre tenemos que dejar que nuestro corazón sea sustraído de la fuerza de gravedad, que lo atrae hacia abajo, y levantarlo interiormente hacia lo alto: hacia la verdad y el amor.

En esta hora damos gracias al Señor, porque en virtud de la fuerza de su palabra y de los santos sacramentos nos indica el itinerario correcto y atrae hacia lo alto nuestro corazón. Y lo pedimos así: Sí, Señor, haz que nos convirtamos en personas pascuales, hombres y mujeres de la luz, llenos del fuego de tu amor. Amén

MENSAJES

*Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
para la XLV Jornada Mundial de
Oración por las Vocaciones*

*13 de abril de 2008 - IV Domingo de
Pascua*

***Tema: «Las vocaciones al servicio
de la Iglesia–misión»***

Queridos hermanos y hermanas:

1. Para la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, que se celebrará el 13 de abril de 2008, he escogido como tema: *Las vocaciones al servicio de la Iglesia–misión*. Jesús Resucitado confió a los Apóstoles el mensaje: «Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo» (Mt 28, 19), garantizándoles: «Y sabed que yo estoy con vosotros todos

los días, hasta el fin del mundo» (*Mt* 28, 20). La Iglesia es misionera en su conjunto y en cada uno de sus miembros. Si por los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación cada cristiano está llamado a dar testimonio y a anunciar el Evangelio, la dimensión misionera está especial e íntimamente unida a la vocación sacerdotal. En la alianza con Israel, Dios confió a hombres escogidos, llamados por Él y enviados al pueblo en su nombre, la misión profética y sacerdotal. Así lo hizo, por ejemplo, con Moisés: «Ve, pues, —le dijo el Señor— yo te envío al faraón para que saques de Egipto a mi pueblo... cuando hayas sacado al pueblo de Egipto, me daréis culto en este monte» (*Ex* 3, 10.12). Y lo mismo hizo con los profetas.

2. Las promesas hechas a los padres se realizaron plenamente en Jesucristo. A este respecto, el Concilio Vaticano II dice: «Vino, pues, el Hijo, enviado por el Padre, que nos eligió en Él antes de la creación del mundo, y nos predestinó a ser sus hijos adoptivos... Cristo, por tanto, para hacer la voluntad del Padre, inauguró en la tierra el reino de los cielos, nos reveló su misterio, y nos redimió con su obediencia» (Const. dogm. *Lumen gentium*, 3). Y Jesús escogió como estrechos colaboradores suyos en el ministerio mesiánico a unos discípulos, ya en su vida pública, durante la predicación en Galilea. Por ejemplo, cuando en la multiplicación de los panes, dijo a los Apóstoles: «Dadles vosotros de comer» (*Mt* 14,

16), impulsándolos así a hacerse cargo de las necesidades del gentío, al que quería ofrecer pan que lo saciara, pero también revelar el pan «que perdura, dando vida eterna» (*Jn* 6, 27). Al ver a la gente, sintió compasión de ellos, porque mientras recorría pueblos y ciudades, los encontraba cansados y abatidos «como ovejas que no tienen pastor» (cf. *Mt* 9, 36). De aquella mirada de amor brotaba la invitación a los discípulos: «Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies» (*Mt* 9, 38), y envió a los Doce «a la ovejas perdidas de Israel», con instrucciones precisas. Si nos detenemos a meditar el pasaje del Evangelio de Mateo denominado «discurso misionero», descubrimos todos los aspectos que caracterizan la actividad misionera de una comunidad cristiana que quiera permanecer fiel al ejemplo y a las enseñanzas de Jesús. Corresponder a la llamada del Señor comporta afrontar con prudencia y sencillez cualquier peligro e incluso persecuciones, ya que «un discípulo no es más que su maestro, ni un esclavo más que su amo» (*Mt* 10, 24). Al hacerse una sola cosa con el Maestro, los discípulos ya no están solos para anunciar el Reino de los cielos, sino que el mismo Jesús es quien actúa en ellos: «El que os recibe a vosotros, me recibe a mí, y el que me recibe, recibe al que me ha enviado» (*Mt* 10, 40). Y además, como verdaderos testigos, «revestidos de la fuerza que viene de lo alto» (cf. *Lc* 24, 49), predicando «la conversión y el perdón de los pecados» (*Lc* 24, 47) a todo el mundo.

3. Precisamente porque el Señor los envía, los Doce son llamados «apóstoles», destinados a recorrer los caminos del mundo anunciando el Evangelio como testigos de la muerte y resurrección de Cristo. San Pablo escribe a los cristianos de Corinto: «Nosotros –es decir, los Apóstoles– predicamos a Cristo crucificado» (1 Co 1, 23). En ese proceso de evangelización, el libro de los Hechos de los Apóstoles atribuye un papel muy importante también a otros discípulos, cuya vocación misionera brota de circunstancias providenciales, incluso dolorosas, como el ser expulsados de la propia tierra por ser seguidores de Jesús (cf. 8, 1-4). El Espíritu Santo permite que esta prueba se transforme en ocasión de gracia, y se convierta en oportunidad para que el nombre del Señor sea anunciado a otras gentes y se ensanche así el círculo de la comunidad cristiana. Se trata de hombres y mujeres que, como escribe Lucas en el libro de los Hechos, «han dedicado su vida a la causa de nuestro Señor Jesucristo» (15, 26). El primero de todos, llamado por el mismo Señor a ser un verdadero Apóstol, es sin duda alguna Pablo de Tarso. La historia de Pablo, el mayor misionero de todos los tiempos, lleva a descubrir, bajo muchos puntos de vista, el vínculo que existe entre vocación y misión. Acusado por sus adversarios de no estar autorizado para el apostolado, recurre repetidas veces precisamente a la vocación recibida directamente del Señor (cf. Rm 1, 1; Ga 1, 11-12.15-17).

4. Al principio, como también después, lo que «apremia» a los Apóstoles (cf. 2 Co 5, 14) es siempre «el amor de Cristo». Fieles servidores de la Iglesia, dóciles a la acción del Espíritu Santo, innumerables misioneros han seguido a lo largo de los siglos las huellas de los primeros apóstoles. El Concilio Vaticano II hace notar que «aunque la tarea de propagar la fe incumbe a todo discípulo de Cristo según su condición, Cristo Señor llama siempre de entre sus discípulos a los que quiere para que estén con Él y para enviarlos a predicar a las gentes (cf. Mc 3, 13-15)» (Decr. *Ad gentes*, 23). El amor de Cristo, de hecho, viene comunicado a los hermanos con ejemplos y palabras; con toda la vida. «La vocación especial de los misioneros *ad vitam* –escribió mi venerado predecesor Juan Pablo II– conserva toda su validez: representa el paradigma del compromiso misionero de la Iglesia, que siempre necesita donaciones radicales y totales, impulsos nuevos y valientes» (Encl. *Redemptoris missio*, 66).

5. Entre las personas dedicadas totalmente al servicio del Evangelio se encuentran de modo particular los sacerdotes llamados a proclamar la Palabra de Dios, administrar los sacramentos, especialmente la Eucaristía y la Reconciliación, entregados al servicio de los más pequeños, de los enfermos, de los que sufren, de los pobres y de cuantos pasan por momentos difíciles en regiones de la tierra donde hay tal vez multitudes que aún hoy no han tenido un

verdadero encuentro con Jesucristo. A ellos, los misioneros llevan el primer anuncio de su amor redentor. Las estadísticas indican que el número de bautizados aumenta cada año gracias a la acción pastoral de esos sacerdotes, totalmente consagrados a la salvación de los hermanos. En ese contexto, se expresa un agradecimiento especial «a los presbíteros *fidei donum*, que con competencia y generosa dedicación, sin escatimar energías en el servicio a la misión de la Iglesia, edifican la comunidad anunciando la Palabra de Dios y partiendo el Pan de Vida. Hay que dar gracias a Dios por tantos sacerdotes que han sufrido hasta el sacrificio de la propia vida por servir a Cristo... Se trata de testimonios conmovedores que pueden impulsar a muchos jóvenes a seguir a Cristo y a dar su vida por los demás, encontrando así la vida verdadera» (Exhort. apost. *Sacramentum caritatis*, 26). A través de sus sacerdotes, Jesús se hace presente entre los hombres de hoy hasta los confines últimos de la tierra.

6. Siempre ha habido en la Iglesia muchos hombres y mujeres que, movidos por la acción del Espíritu Santo, han escogido vivir el Evangelio con radicalidad, haciendo profesión de los votos de castidad, pobreza y obediencia. Esas pléyades de religiosos y religiosas, pertenecientes a innumerables Institutos de vida contemplativa y activa, «han tenido hasta ahora y siguen teniendo gran participación en la evangelización del mundo» (Decr. *Ad gentes*, 40). Con su oración continua

y comunitaria, los religiosos de vida contemplativa interceden incesantemente por toda la humanidad; los de vida activa, con su multiforme acción caritativa, dan a todos el testimonio vivo del amor y de la misericordia de Dios. Refiriéndose a estos apóstoles de nuestro tiempo, el Siervo de Dios, Pablo VI escribió: «Gracias a su consagración religiosa, ellos son, por excelencia, voluntarios y libres para abandonar todo y lanzarse a anunciar el Evangelio hasta los confines de la tierra. Ellos son emprendedores y su apostolado está frecuentemente marcado por una originalidad y una imaginación que suscitan admiración. Son generosos: se les encuentra no raras veces en la vanguardia de la misión y afrontando los más grandes riesgos para su santidad y su propia vida. Sí, en verdad, la Iglesia les debe muchísimo» (Exhort. apost. *Evangelii nuntiandi*, 69).

7. Además, para que la Iglesia pueda continuar y desarrollar la misión que Cristo le confió, y no falten los evangelizadores que el mundo tanto necesita, es preciso que nunca deje de haber en las comunidades cristianas una constante educación en la fe de los niños y de los adultos; es necesario mantener vivo en los fieles un sentido activo de responsabilidad misional y una participación solidaria con los pueblos de toda la tierra. El don de la fe llama a todos los cristianos a cooperar en la evangelización. Esta toma de conciencia se alimenta por medio de la predicación y la catequesis, la liturgia y una constante

formación en la oración; se incrementa con el ejercicio de la acogida, de la caridad, del acompañamiento espiritual, de la reflexión y del discernimiento, así como de la planificación pastoral, una de cuyas partes integrantes es la atención vocacional.

8. Las vocaciones al sacerdocio ministerial y a la vida consagrada sólo florecen en un terreno espiritualmente bien cultivado. De hecho, las comunidades cristianas que viven intensamente la dimensión misionera del ministerio de la Iglesia nunca se cerrarán en sí mismas. La misión, como testimonio del amor divino, resulta especialmente eficaz cuando se comparte «para que el mundo crea» (cf. *Jn* 17, 21). El don de la vocación es un don que la Iglesia implora cada día al Espíritu Santo. Como en los comienzos, reunida en torno a la Virgen María, Reina de los Apóstoles, la comunidad eclesial aprende de ella a pedir al Señor que florezcan nuevos apóstoles que sepan vivir la fe y el amor necesarios para la misión.

9. Mientras confío esta reflexión a todas las Comunidades eclesiales, para que la hagan suya y, sobre todo, les sirva de inspiración para la oración, aliento el esfuerzo de cuantos trabajan con fe y generosidad en favor de las vocaciones, y envío de corazón a los educadores, a los catequistas y a todos, especialmente a los jóvenes en etapa vocacional, una especial Bendición Apostólica.

Vaticano, 3 diciembre 2007

*Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
a los Obispos de Cuba con motivo del
X Aniversario de la visita de Juan Pablo II al país*

Jueves, 21 febrero 2008

Queridos Hermanos en el Episcopado:

«El Dios de la esperanza os colme de todo gozo y paz en vuestra fe, hasta rebosar de esperanza por la fuerza del Espíritu Santo» (*Rm* 15,13). Estas palabras del Apóstol resuenan de nuevo entre vosotros al celebrar con emoción la memorable visita del Siervo de Dios, Juan Pablo II, a tierras cubanas, a las que llegó con el propósito de «animarlos en la esperanza, alentarlos en la caridad» (*Ceremonia de llegada, 21-1-1998,3*).

El recordar diez años después aquellas inolvidables jornadas para la Iglesia y el pueblo cubano, vividas también bajo la mirada emocionada de todo el mundo, es sin duda un deber de gratitud para con mi venerado Predecesor, así como manifestación de un ardiente propósito de renovar el auténtico impulso evangelizador que él dejó profundamente impreso en el corazón de todos.

Saludo entrañablemente al Señor Cardenal Jaime Lucas Ortega y Alamino, Arzobispo de La Habana, al Presidente de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba, Mons. Juan Gar-

cía Rodríguez, así como a cada uno de los demás Obispos que la componen. Me siento espiritualmente entre vosotros, como testimonia la presencia del Cardenal Tarcisio Bertone, Secretario de Estado, y renuevo al mismo tiempo la estima del Sucesor de Pedro por vuestros desvelos pastorales, así como mi cercanía a las aspiraciones y preocupaciones de todos los cubanos. Pido constantemente al Señor que les dé fortaleza y generosidad para vivir cada vez más intensamente su fe y trabajar en favor de un mundo iluminado por el Evangelio.

El anuncio del Evangelio de Cristo sigue encontrando en Cuba corazones bien dispuestos para acogerlo, lo que conlleva una responsabilidad constante para ayudarles a crecer en la vida espiritual, proponiéndoles ese «alto grado de la vida cristiana ordinaria» (*Novo millennio ineunte*, 19) propio de la vocación a la santidad de todo bautizado. Anunciar la recta doctrina, iniciar en la escucha y profundización de la Palabra de Dios, promover la participación en los sacramentos y fomentar la vida de oración, son metas primarias de la acción pastoral, pues llevar a todos la salvación de Cristo es el núcleo mismo de la misión de la Iglesia.

En ocasiones, algunas comunidades cristianas se ven abrumadas por las dificultades, por la escasez de recursos, la indiferencia o incluso el recelo, que pueden inducir al desánimo. En estos casos, el buen discípulo se verá confor-

tado por las palabras del Maestro: «No temas, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el Reino» (*Lc* 12, 32). El creyente sabe que siempre puede poner su esperanza en Cristo Jesús, nuestro Señor, que no defrauda (cf. *1 Ts* 1,3) y colma de alegría su corazón (cf. *1 P* 1,6), dando sentido y fecundidad a su vida de fe.

En efecto, una pequeña luz puede iluminar toda la casa, la levadura es poca cosa, pero hace fermentar toda la masa (cf. *Mt* 13,33). Cuántas veces pequeños gestos de amistad y buena voluntad, gestos sencillos y cotidianos de respeto, atención al que sufre o entrega desinteresada al bien de los demás, hacen entrever el amor sin límites de Dios por todos y cada uno.

Por eso, adquiere también una gran importancia la misión que la Iglesia en Cuba desarrolla en favor de los más necesitados, con obras concretas de servicio y atención a los hombres y mujeres de cualquier condición, que merecen ser sostenidos no sólo en sus necesidades materiales, sino acogidos con afecto y comprensión. El Papa agradece profundamente el esfuerzo y el sacrificio de las personas y comunidades entregadas a estas tareas, siguiendo el ejemplo de Cristo, que «no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por todos» (*Mc* 10,45).

Queridos Hermanos, tenéis en vuestras manos el cuidado de la viña del Señor en Cuba, donde el anuncio del

Evangelio llegó hace cinco siglos y cuyos valores tuvieron gran influencia en el nacimiento de la Nación, por obra sobre todo del Siervo de Dios, Félix Varela, y el propagador del amor entre los cubanos y entre todos los hombres, que fue José Martí. En esos valores veían un elemento vital también para la concordia y el porvenir venturoso de la Patria.

Esta herencia ha calado hondo en el alma cubana, que hoy necesita de vuestra generosa solicitud pastoral para reavivarla cada vez más, mostrando que la Iglesia, centrando su mirada en Jesucristo, tiende a hacer el bien, a promover la dignidad de la persona y, sembrando sentimientos de comprensión, misericordia y reconciliación, contribuye a la mejora del hombre y de la sociedad.

Sabéis que contáis con la cercanía del Papa y la fraterna oración y colaboración de otras Iglesias particulares diseminadas por el mundo entero.

Os ruego que llevéis mi afectuoso saludo a los sacerdotes, comunidades religiosas y fieles laicos, así como a todos los cubanos, por los que invoco a la Virgen de la Caridad del Cobre con las mismas palabras con las que oró ante ella mi venerado Predecesor, Juan Pablo II, durante la visita que estamos conmemorando: «Haz de la nación cubana un hogar de hermanos y hermanas para que este pueblo abra de par en par su mente, su corazón y su vida a Cristo, único Salvador y Redentor» (*Homilía en Santiago, 24-1-1998, 6*).

Con una especial Bendición Apostólica

SANTA SEDE

CONGREGACIÓN PARA LAS IGLESIAS ORIENTALES

Carta a la Jerarquía Católica con ocasión de la Colecta «Pro Terra Sancta» Cuaresma 2008

Excelencia Reverendísima:

En la visita a este Dicasterio por el 90º aniversario de su fundación, el Papa, Benedicto XVI, hizo una llamada paternal a la paz en Tierra Santa y en el Medio Oriente. Era el 9 de junio de 2007, y en esa circunstancia el Santo Padre me nombraba Prefecto de la Congregación para las Iglesias Orientales.

En el mismo mes habrían seguido otros dos pronunciamientos pontificios, llenos de inquietud por la incierta situación de dicha área geográfica, y de benevolencia hacia todos sus habitantes.

Deseo unir a esta carta aquellas luminosas palabras, mientras por primera vez me dirijo a los hermanos Obispos de todo el mundo y a sus respectivas Iglesias para pedir, precisamente en nombre del Santo Padre, que continúen sosteniendo espiritual y materialmente a la Comunidad católica en Tierra Santa. Son aquellas palabras el más convincente y autorizado llamamiento a la solidaridad.

Comenzando mi servicio a las Iglesias Orientales he advertido esta especial responsabilidad y, junto con los Colaboradores del Dicasterio y a un grupo de Embajadores y Amigos, he querido encender de-

lante del Icono de la Santa Madre de Dios, una simple lámpara, como invitación a la constante y tenaz oración por la paz.

Es la ausencia de una paz estable la que agudiza antiguos problemas en los Santos Lugares y crea otros nuevos, además de agravar la pobreza. Los cristianos que viven allí merecen, por tanto, la atención prioritaria de la Iglesia católica y de las otras Iglesias y Comunidades eclesiales, las cuales tienen siempre necesidad del “carisma vivo de los orígenes” y de la singular vocación ecuménica e interreligiosa de las que aquéllos son portadores.

La Colecta del Viernes Santo asume un especial relieve. Ha sido colocada por los Sumos Pontífices en un día tan significativo para dar testimonio de la común pertenencia a la Tierra que en el fluir de la historia permanece como la “silenciosa testigo de la vida terrena del Salvador”, según la feliz expresión del Papa, Benedicto XVI.

Se espera que dicha Colecta reciba una constante acogida por parte de todas las Iglesias locales, para que pueda crecer el movimiento de caridad que, por mandato del Papa, nuestra Congregación coordina con el fin de garantizar a la Tierra Santa, de manera ordenada y proporcionada, la ayuda que requieren la ordinaria vida eclesial y otras particulares necesidades.

De este modo, la comunidad latina, congregada en torno al Patriarcado de Jerusalén y a la Custodia Franciscana, pero también las otras Iglesias orientales católicas, según prudentes y probadas normas pontificias, podrán beneficiarse de la caridad de todos los católicos, no con carácter ocasional, sino con la suficiente seguridad y continuidad que permita mirar al futuro con esperanza. Por medio de la comunidad católica, además, la caridad se extenderá sin distinción religiosa, cultural o política, sobre todo a favor de las generaciones jóvenes, que –por citar sólo el más apreciado entre los servicios que les son ofrecidos– podrán seguir beneficiándose de la cualificada y difundida obra educativa católica.

Entre las urgencias que han de afrontarse está siempre el fenómeno imparable de la emigración, por la que las comunidades cristianas se exponen al peligro de perder sus mejores recursos humanos. No podemos dejar de promover nada que pueda servir para garantizar que, junto a los monumentales testimonios históricos del cristianismo, sean siempre las comunidades vivas las que celebren el misterio de Cristo, nuestra paz.

Deseo elogiar a las Iglesias particulares por lo mucho que hacen de modo directo para el bien de la Tierra Santa, especialmente gracias a las peregrinaciones y a las iniciativas promovidas por crecientes formas de voluntariado, y al empeño, siempre laudable, de las parroquias y de las familias religiosas,

así como también de las instituciones históricas, fundaciones y asociaciones.

Pero animo cordialmente de modo singular a todos los Obispos, hermanos en el episcopado, a privilegiar, por su finalidad y características específicas, la “Colecta Pro Terra Sancta”.

Y, con gusto, uno a esta carta un documento informativo, preparado por esta Congregación y la Custodia Franciscana, sobre las obras realizadas en el año 2007, quedando a disposición especialmente de los Obispos, y de los sacerdotes a quienes aquéllos hayan encomendado este encargo, para cualquier ayuda que pueda servir en el cumplimiento del deber de fraterna caridad que a todos une con la Tierra del Señor Jesús.

Concluyo haciendo presente, desde ahora, la profunda gratitud del Santo Padre por el apoyo a una causa de importancia tan vital para la Iglesia y para la humanidad. Es un agradecimiento que también comparten nuestra Congregación y todas las comunidades latinas y orientales de Tierra Santa.

Con los sentimientos de la más cordial y fraterna consideración.

Suyo devmo.

Leonardo Card. Sandra

Prefecto

Antonio Maria Vegliò

Arzobispo Secretario

CONGREGACIÓN PARA LAS IGLESIAS ORIENTALES

La Congregación para las Iglesias Orientales recibe parte de la Colecta “Pro Terra Sancta” directamente de las Nunciaturas Apostólicas y, según el porcentaje establecido por las relativas normas pontificias, concede las ayudas ordinarias y extraordinarias a las Circunscripciones Eclesiásticas, a las Órdenes religiosas y a otras personas jurídicas eclesiológicas en los siguientes Países: Líbano, Siria, Irak, Jordania, Egipto y, particularmente, Israel y Palestina.

Una atención especial se reserva para las instituciones de enseñanza, como la Universidad de Belén y las Escuelas Católicas de diversos grados. En este ámbito se sostienen también los gastos de la actividad de coordinación escolar del Secretariado de Solidaridad, con sede en Jerusalén.

También se han aportado contribuciones al U.C.S.E.I. (Ufficio Centrale Studenti Esteri in Italia [Oficina Central para los Estudiantes Extranjeros en Italia]), a favor de estudiantes laicos provenientes de los Países arriba indicados y otras contribuciones para sacerdotes provenientes de los mismos Países y dedicados al estudio en las Universidades Pontificias.

Aparte de esta obra de asistencia ordinaria, durante el año 2007 se ha destinado una suma de 500.000 dólares

USA para edificar diez apartamentos en Belén y otra suma de otros 500.000 dólares USA para la reconstrucción de la escuela melquita de Magar.

La Congregación atiende a la sensibilización a favor de Tierra Santa ante todos los Obispos del mundo, la recaudación y la asignación de parte de las ofrendas, y asimismo la verificación general sobre el desarrollo de toda la Colecta, para garantizar así el respeto de las finalidades pontificias institucionales, lo que comporta un considerable peso económico.

CUSTODIA DE TIERRA SANTA Orden de los Franciscanos Menores

Relación sumaria de los gastos de 2006-2007

La Custodia de Tierra Santa ha continuado sosteniendo proyectos y actividades en los Santos Lugares de la Redención, en la asistencia a los peregrinos y en el mantenimiento de las obras apostólicas (cfr. Pablo VI, Exhortación Apostólica *Nobis in animo*). Éstos han sido los principales proyectos de 2006-2007:

I. Lugares Santos / Peregrinos

A. Ain Karem

1. Restauración del Asilo, dedicado a la acogida de pequeños grupos de peregrinos con programas parti-

culares de experiencia de meditación y de oración.

2. Santuario de San Juan Bautista en el Desierto: construcción de la zona de aparcamiento, restauración del antiguo muro del cercado y de algunos ambientes para la acogida de grupos concretos de peregrinos y para la experiencia de la soledad.

B. Belén

1. Renovación del antiguo Santuario de la Gruta de la Leche, que ha consistido en la restauración de la antigua Capilla y en su conexión con la nueva Iglesia, bendecida en el mes de enero de 2007. Al mismo tiempo se han proseguido y completado (mayo de 2007) los trabajos de restauración, así como de construcción de una nueva ala, en el Convento adyacente, donde se hospedan las monjas que colaboran en el servicio del Santuario.

2. Renovación del Convento y del Santuario del Campo de los Pastores, con particular atención a la protección de los restos arqueológicos (abril de 2006).

3. Restauración completa de la Capilla de Santa Elena en el interior del Santuario de Belén, aumentando su espacio para la acogida de los peregrinos y la celebración de la Santa Misa.

C. Caná de Galilea

Renovación del techo de la Iglesia, así como del patio y de los espacios

anejos, y añadido de un piso a la casa que aloja a las religiosas que colaboran en el servicio del Santuario.

D. Jerusalén

1. Restauración completa de un piso y del techo del convento de la Flagelación, y restauraciones parciales del Santuario de la Flagelación y la Condena.

2. Intervenciones de diversa naturaleza en el Santuario de Getsemaní y en la Gruta de los Apóstoles, para facilitar el acceso y la acogida de los peregrinos. Inicio del proyecto de reordenación del Valle del Cedrón, entre el Santuario y la muralla de la Jerusalén antigua.

E. Jaffa

Conclusión de la primera fase de la restauración del Santuario de San Pedro en Jaffa, que consiste en la renovación completa del externo de la Iglesia y del Convento.

F. Nazaret

1. Proyecto de las vías de acceso, de las visitas al Santuario y de las procesiones. La conclusión del proyecto está prevista para el mes de mayo de 2008.

2. Conclusión de la restauración del convento de Séforis. La realización del proyecto de la cubierta de la antigua Iglesia espera a la obtención de los permisos de las autoridades civiles.

II. Lugares Santos / Comunidades Locales

A. Obras a favor de los jóvenes

1. 290 becas de estudio universitarias. La beca de estudio prevé el financiamiento completo de los estudios, de una duración de cuatro años, para los estudiantes cristianos que frecuentan las diversas Universidades de la Región (Universidades de Belén, Hebraica, de Bir Zeit, de Amman y otras).

2. Construcción del *Catholic Action Sport Center* en Belén. Este complejo ha sido terminado en el mes de marzo de 2007.

3. (Belén) Proyecto de Formación e introducción en el mundo del trabajo de Licenciados noveles. Se ha sostenido en 2006 la inserción de veinte jóvenes, cualificados y con méritos, en el mundo del trabajo, ofreciendo para ello a empresas e instituciones seleccionadas el pago de dos tercios del coste retributivo durante doce meses. De este modo, los jóvenes tienen la posibilidad de adquirir una experiencia laboral y las empresas, a su vez, de conocer y formar nuevo personal en vistas de una eventual posterior contratación.

4. (Belén) Proyecto de formación y reinserción en el mundo laboral de los parados. Es un proyecto análogo al anterior, pero que tiene como objetivo la recualificación y la reinserción en el mundo del trabajo de cuarenta y dos personas que, a causa del cierre de los Territorios,

han perdido el empleo que tenían en Jerusalén o en otras partes de Tierra Santa.

5. (Belén) Sostenimiento de las empresas artesanales. En 2006 se ha sostenido a una decena de pequeñas empresas artesanas mediante la dotación de piezas de recambio, de equipos para la producción y de auxilios para garantizar la seguridad en su actividad laboral.

B. Obras a favor de las familias

1. (Belén) El Franciscan Family Center desarrolla un conjunto de actividades de consultoría familiar cristiana, es decir, de apoyo, prevención y ayuda al crecimiento de las familias, y sobre todo de los matrimonios jóvenes. El Centro asiste mensualmente al menos a un centenar de familias.

2. (Belén) Casa Franciscana del Niño. acoge más de veinte niños de edades entre seis y doce años provenientes de familias pobres y con diversos tipos de dificultad. Los niños, además de la acogida y de la asistencia en el estudio, son seguidos por un educador, un asistente social y un psicólogo. El proyecto se desarrolla en estrecho contacto con el Centro Franciscano de la Familia y con voluntarios locales.

3. (Belén) Asistencia médica. Este proyecto se actúa desplegando diversos tipos de asistencia sanitaria y se pone en coordinación con el Franciscan Family Center, con Caritas, y con la Bethlehem Arab Society for Rehabilita-

tion. Este proyecto asegura cobertura, parcial o completa, de los gastos médicos de los pacientes mediante el pago del costo de los fármacos de las visitas médicas y del de las hospitalizaciones. En 2006 han sido cuarenta las familias que han recibido un sostenimiento fijo y un centenar las que lo han recibido ocasionalmente.

C. Obras de sostenimiento escolar

1. Construcción de un nuevo piso en la Escuela Femenina de Belén. Con la nueva construcción se ha añadido un laboratorio y algunas aulas que han permitido potenciar la enseñanza en la escuela.

2. Restauración y ampliación de los espacios en la Escuela Masculina de Belén. Los nuevos ambientes permitirán aumentar el número de alumnos.

3. Proyecto de restauración y de reestructuración del teatro de la Escuela Masculina de Jerusalén.

4. Ampliación de la Escuela Elemental de Jericó (cuya conclusión está prevista para el 2008).

5. Conclusión de la reestructuración de la escuela de Jaffa.

D. Construcción de apartamentos para los pobres y para jóvenes matrimonios

1. St. Francis Housing Project en Belén. Consiste en la construcción de

veinte apartamentos para otras tantas familias; se trata, sobre todo, de matrimonios jóvenes con dificultades para encontrar un apartamento o a quienes resulta imposible hacer frente al coste de un alquiler a precio de mercado. A la vez, la construcción misma de los apartamentos ha permitido crear trabajo para noventa y cinco familias de la clase trabajadora de Belén. El proyecto terminado será inaugurado en enero de 2008.

2. St. Catherin Housing Project en Belén. Fue inaugurado en octubre de 2006 y consiste en la construcción de veinticuatro apartamentos para asegurar un vivienda a las familias cristianas.

3. Restauración de viviendas en la ciudad Vieja de Jerusalén. Las viejas casas, frecuentemente del período otomano, ya no resultan habitables y sus moradores se ven obligados a abandonarlas. El Proyecto prevé una restauración progresiva de esas viviendas, de manera que más de trescientas familias cristianas puedan permanecer en la Ciudad Vieja.

E. Otras obras culturales

1. Todos los años la Custodia de Tierra Santa mantiene económicamente a la Facultad de Ciencias Bíblicas y de Arqueología del Studium Biblicum Franciscanum de Jerusalén. Aparte del sostenimiento de toda la actividad de la Facultad, se ofrecen a unos treinta alumnos provenientes de diversas diócesis y

provincias religiosas becas de estudio, que incluyen la pensión completa.

2. El Franciscan Multimedia Center es un Centro de medios de difusión

para el apoyo a las televisiones y radios católicas, que permite ofrecerles material audiovisual en diversas lenguas sobre la Tierra Santa y la presencia cristiana en ella.

PONTIFICIO CONSEJO PARA EL DIÁLOGO INTERRELIGIOSO

Declaración final de la reunión anual de la Comisión Mixta entre el Comité Permanente de Al-Azhar para el Diálogo entre las Religiones Monoteístas y el Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso (El Cairo, 25/26-2-2008)

La fe en Dios y el amor al prójimo, fundamentos del diálogo interreligioso

- Creyendo en la importancia del papel de las religiones monoteístas a la hora de aportar unas bases sólidas a valores como la paz, la verdad, la justicia, la rectitud de conducta y la cooperación en el uso y desarrollo de los recursos de la tierra en beneficio de toda la humanidad, para hacer así realidad la fraternidad, la paz y la felicidad para todos los pueblos;

- afirmando la importancia de que tan nobles principios y valores ejemplares rijan la conducta de los hombres, especialmente en la actualidad, cuando, al tiempo que se reducen las fronteras y las diferencias entre los pueblos, se incrementan fenómenos como la violencia, el extremismo y el terrorismo, junto con el desprecio por las religiones, por los valores religiosos y por todo lo sagrado;

- considerando el lugar que ocupa Al-Azhar Al-Sharif, con su historia y su relevante función en el seno del mundo islámico;

- considerando igualmente la misión específica del Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso en el seno de la Iglesia católica;

- reconociendo ambas partes la importancia del conocimiento mutuo y de la búsqueda de un terreno común a ambas religiones que sirva de base para una cooperación más amplia y una mejora de sus relaciones;

- la Comisión Mixta ha celebrado su reunión anual en la sede de Al-Azhar los días 25 y 26 de febrero de 2008 bajo la presidencia conjunta del profesor y jeque Abd al-Fattah Alaam, representante del Al-Azhar y presiden-

te del Comité Permanente de Al-Azhar para el Diálogo con las Religiones Monoteístas, y de Su Eminencia el cardenal Jean-Louis Tauran, presidente del Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso.

La Comisión, valiéndose de unas ponencias a cargo del reverendo padre René-Vincent de Grandlaunay y del profesor Abdallah Mabrouk al-Naggar, ha estudiado el siguiente tema: «La fe en Dios y el amor al prójimo como fundamentos del diálogo interreligioso».

Durante sus debates, la Comisión ha puesto en evidencia los principios comunes y subrayado los valores espirituales y morales compartidos, que ayudan a la formación de la conciencia y a la iluminación de la razón y orientan el pensamiento y la conducta, particularmente en lo que atañe a las relaciones con hermanos y hermanas de la otra religión. También se ha debatido la cuestión de la libertad de expresión, observando que no tiene justificación alguna la ofensa a los sentimientos religiosos de los creyentes, que tensa la relaciones y destruye el amor fraterno.

La Comisión ha condenado firmemente la reedición de viñetas ofensivas y el incremento de los ataques contra el islam y su Profeta y, en general, contra la religión, y ha tomado buena nota de las palabras del Papa, Benedicto XVI, en su discurso al embajador de Marruecos ante la Santa Sede, en las que el Pontífice expresaba su con-

vicción de que «para favorecer la paz y la comprensión entre los hombres, es necesario y urgente que se respeten las religiones y sus símbolos, y que los creyentes no sean objeto de provocaciones que hieran su compromiso y sus sentimientos religiosos».

Los miembros de la Comisión han expresado su satisfacción por el acuerdo alcanzado, acuerdo que consideran un estímulo para seguir dialogando.

Al terminar la reunión, los participantes acuerdan las siguientes recomendaciones:

1) Afirmar que todas las religiones respetan la dignidad y el honor del ser humano con independencia de su raza, color, religión o convicción, y condenar toda ofensa a la integridad, a la propiedad y al honor de la persona;

2) fomentar un respeto auténtico hacia las religiones, las creencias, los símbolos religiosos, los libros sagrados y todo objeto que goce de igual consideración. Los líderes religiosos musulmanes y cristianos, al igual que los intelectuales y los educadores, no deben escatimar esfuerzo alguno por inculcar dichos valores en sus actividades educativas y en todos los niveles de la sociedad;

3) invitar a los responsables de los medios de comunicación de prensa, radio y televisión de todos los países a velar por que la libertad de expresión

no se transforme en pretexto para ofender religiones, convicciones, símbolos religiosos y cualquier objeto sagrado, sino más bien en medio para luchar contra los extremismos y ara promover la aceptación y el amor mutuos y el respeto a todos los seres humanos, con independencia de su religión;

4) promover intercambios de opinión sobre asuntos de interés común

que pudieran surgir;

5) verificar la aplicación de las presentes recomendaciones durante las próximas reuniones de la Comisión.

La Comisión acuerda que su próxima reunión se celebre en Roma los días 24 y 25 de febrero de 2009.



CRÓNICA DIOCESANA

CRÓNICA DIOCESANAMARZO

Durante este mes el Sr. Obispo ha finalizado la Santa Visita Pastoral al arciprestazgo Ourense-Sur.

Día 1: Celebración Eucarística en la iglesia parroquial de Celanova con motivo de la fiesta de San Rosendo.

Visita Pastoral a la Parroquia de Santa Mariña do Monte

Día 2: Visita Pastoral a la Parroquia de Santa Lucía de Rairo.

Día 7: Curso de Doctrina Social de la Iglesia, en el Seminario Mayor.

Día 8: III Encuentro diocesano de niños, celebrado en Monforte y organizado por las delegaciones de Misiones, Infancia y Juventud.

Días 8 y 9: Visita Pastoral a la Parroquia de la Santísima Trinidad.

Día 12: Reunión de la Comisión Permanente del Consejo Presbiteral.

Día 13: Viacrucis Diocesano da Mocidade desde la Parroquia de Vistahermosa hasta el Seminario Mayor.

Día 15: Ordenación de un nuevo Diácono en la iglesia del Seminario Mayor. D. Santiago González Carballo, natural de la parroquia de San Bernabé de A Valenzá.

Días 16 al 23: Celebración de la Semana Santa.

Día 17: Presentación a los medios de comunicación de la Campaña del Domingo, Día del Señor.

Día 18: Reunión del Consejo Episcopal.

Día 19: Retiro Espiritual de sacerdotes en la iglesia parroquial de Santa Eufemia la Real del Centro.

Celebración de la Misa Crismal en la S. I. Catedral Basílica de San Martín de Tours.

Día 21: Procesión del Santo Entierro por las calles de la ciudad.

Día 22: Procesión «dos Caladiños». Procesionan las imágenes de la Virgen Dolorosa y de la Soledad desde la iglesia parroquial de la Santísima Trinidad, con Vía crucis y sermón en la S. I. Catedral para regresar a la misma iglesia parroquial.

Día 23: Misa del Domingo de Resurrección en la S. I. Catedral y Procesión de retorno de la imagen de Santa María Madre a su iglesia titular.

Día 28: Curso de Doctrina Social de la Iglesia, en el Seminario Mayor.



Beati Misericordes